

L

330614



Universidad Nacional Autónoma de México
INSTITUTO CULTURAL HELENICO



**EL MEXICANO ANTE SI MISMO: UNA
BUSQUEDA DE IDENTIDAD A TRAVES DE LA
NOVELA CORTA. (1836 - 1846)**

**Tesis que para obtener el título de
Licenciada en Historia presenta**

GUADALUPE CECILIA GOMEZ-AGUADO DE ALBA

ASESORA: LAURA BEATRIZ SUAREZ DE LA TORRE

287951

MEXICO, 2001



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mi papá, que me enseñó a amar la Historia

A mi mamá

A Jorge, Mariana y Felipe

AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi más profundo agradecimiento a todas las personas e instituciones que me apoyaron en la elaboración de esta tesis.

En primer lugar, a su directora, la doctora Laura Suárez de la Torre, quien me invitó como becaria del proyecto "Empresarios-editores en la Ciudad de México, 1830-1855" que ella misma coordina en el Instituto Mora, y sin cuya cuidadosa asesoría no habría sido posible la realización de este trabajo. De igual manera, le agradezco su apoyo, su amistad y su generosidad, así como sus invaluable enseñanzas.

Agradezco al Instituto Helénico, a la coordinadora de la licenciatura en Historia, Maestra Guillermina Mayorga, a mis maestros y amigos.

También doy las gracias al Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora y al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, por haberme otorgado una beca para llevar a cabo esta investigación.

Estoy en deuda con todas las personas que aportaron sus ideas y su tiempo para que mi trabajo mejorara. Gracias a Miguel Ángel Castro, Miguel Soto, Lilia Guiot de la Garza, Estela Báez Villaseñor, Virginia Ávila García y Octavio Contreras Borceguí.

Gracias también a mi papá, que ha sido mi más grande apoyo, el mejor ejemplo y continua fuente de amor.

A mi mamá, por los pensamientos positivos y por su cariño incondicional.

Sin el amor y la paciencia constantes de Jorge y de mis hijos, Mariana y Felipe, todo habría sido más difícil. Los quiero muchísimo.

A Nacho y a Pepe Toño, porque me acompañan y me quieren siempre.

Gracias a Cristina y a Elia, mis hermanas escogidas, por estar en todo momento conmigo.

Ciudad de México, enero de 2001.

ÍNDICE

	PÁG.
INTRODUCCIÓN.....	2
I. MARCO HISTÓRICO: DE CÓMO SE PENSÓ ORGANIZAR AL PAÍS Y DE OTRAS CUESTIONES IMPORTANTES. (1821-1855).....	12
II. DE LA FORMA EN QUE SE DESARROLLARON LA SOCIEDAD Y LA CULTURA EN MÉXICO EN LAS PRIMERAS DÉCADAS DEL SIGLO XIX.....	24
III. DEL DESENVOLVIMIENTO DE LA LITERATURA MEXICANA.....	41
IV. LOS AUTORES DE LAS NOVELAS CORTAS.....	58
V. DE LO QUE DICEN LAS NOVELAS CORTAS SOBRE“LO MEXICANO”.....	65
PAISAJE.....	67
SITUACIÓN POLÍTICA Y ASPECTOS SOCIALES EN MÉXICO.....	77
RECREACIÓN DEL PASADO HISTÓRICO.....	85
LA MORAL PÚBLICA Y PRIVADA EN LAS NOVELAS CORTAS.....	97
IMAGEN FEMENINA.....	106
CONCLUSIONES.....	116
APÉNDICE. BIOGRAFÍAS DE LOS AUTORES DE NOVELAS.....	123
BIBLIOGRAFÍA.....	133

INTRODUCCIÓN

Desde que se dio el encuentro de dos culturas, como se le ha llamado al descubrimiento de América a partir de su quinto centenario, las diversas etnias que habitaban gran parte del territorio que hoy es México, se enfrentaron a los españoles que llegaron a conquistarlos. Su llegada trajo una lengua, una religión y unas costumbres que cambiaron para siempre la faz del nuevo mundo, y dieron origen a una cultura peculiar, que aunque predominantemente española, conservó, sin embargo, profundas raíces indígenas.

En palabras de Octavio Paz, “en nuestro territorio conviven no sólo distintas razas y lenguas, sino varios niveles históricos. Hay quienes viven antes de la historia; otros... al margen de ella. Varias épocas se enfrentan, se ignoran o se entrededoran sobre una misma tierra.”² Ante una variedad cultural tan grande, surgen las interrogantes: ¿existe realmente lo mexicano? ¿hay elementos comunes que identifiquen a los habitantes de México?.

Estas preguntas han sido motivo de polémicas entre aquellos que se dedican a cuestiones políticas, sociales o culturales en nuestro país. Esto nos habla de un sentimiento común de búsqueda de identidad nacional, lo que también indica que hay un problema de fondo en la concepción que el mexicano tiene de sí mismo.

Ahora bien, la respuesta a la interrogante acerca de la existencia de “lo mexicano” como tal, podemos encontrarla en la historia, porque el hombre no es fruto de ella y de las fuerzas que la mueven. El hombre no está en la historia: es historia.

²Octavio Paz. *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992. p.11. Es evidente que no hay quien viva “antes” o “después” de la historia, pero se entiende lo que quiere decir Paz al reflexionar sobre el pasado de México, un país en donde las diferencias culturales, económicas y sociales son tan grandes.

Sin embargo, la búsqueda de la identidad nacional y de una conciencia de la "mexicanidad" nos enfrenta a varios problemas; en primer lugar, ¿cuándo se puede hablar del mexicano?, es decir, ¿a partir de qué momento podemos decir que los habitantes del vastísimo territorio que constituye lo que hoy es México, tuvieron conciencia de pertenecer a un determinado país y de las diferencias que existían entre ellos y el mundo español del cual querían alejarse? Es evidente que esto no ocurrió un día específico, y que, en cambio, fue un proceso que se realizó de manera gradual y, no en todos los sectores de la sociedad.

Por otra parte, sabemos que hubo un grupo privilegiado, constituido en su mayoría por criollos, que fueron quienes llevaron a cabo la independencia y dieron a conocer lo que pensaban acerca de cómo debía ser una nación. Esto no quiere decir que esas ideas se pusieran en práctica inmediatamente, y que todos los habitantes de lo que hoy conocemos como México, hayan transformado su manera de vivir y de entender el mundo, pero sí se produjeron cambios paulatinos. Además, no hay que olvidar que ya desde la época colonial había voces que hablaban acerca de las particularidades de los habitantes de la Nueva España, y había cierto interés en buscar una identidad propia, distinta de la que caracterizaba a los españoles.

Hoy en día no se ha llegado al consenso acerca de la existencia de un determinado ser nacional, y hay quienes incluso afirman que no hay tal, excepto en la literatura y a nivel mitológico.³ Esta idea nos lleva nuevamente a preguntarnos si realmente el habitante de este suelo tiene características comunes, y si existe la conciencia patriótica.

A lo largo de su historia, el mexicano ha condenado su tradición "que es un conjunto de gestos, actitudes y tendencias en el que ya es difícil distinguir lo español de lo indio".⁴ Sin embargo, se llega al extremo de negar la tesis hispanista tanto como la indígena. No se quiere descender ni de los españoles ni de los

³Roger Bartra, *La jaula de la melancolía*, México, Grijalbo, 1996. p. 15.

⁴Paz, *op. cit.*, p. 78.

indios. Nuestra historia, en ciertos momentos, ha sido una lucha encarnizada por acabar con las tradiciones. Octavio Paz dice al respecto que es pasmoso que un país con un pasado tan vivo, atado a sus raíces, rico en antigüedad legendaria, sólo se conciba como negación de su origen.

Los prejuicios en torno a la conquista y al surgimiento de México como nación, siguen vivos y dividen a la sociedad. No hay acuerdos en torno a esa cuestión. Sin embargo, es un hecho que es un país mestizo; podemos verlo en su lengua, su comida, sus costumbres, su arte y en suma, en su historia: “Cortés... puso los cimientos de una nueva nacionalidad, de una nueva patria que sólo será entendida si se acepta que ella es la conjunción de dos patrias, de dos almas, dos sangres, dos modos de cultura y civilización sumados”.⁵

Ahora bien, si nos remitimos a la época de la independencia no debemos perder de vista que los hombres que la llevaron a cabo se enfrentaron a problemas muy serios, y que aunque hayan entrado a la vida independiente con un gran optimismo, las cosas fueron más difíciles de lo que se imaginaban. Al respecto, Samuel Ramos habla del sentimiento de inferioridad del mexicano —que muchos hemos experimentad— y explica que éste tuvo su origen en la conquista y la colonización, aunque se manifestó ostensiblemente a partir de la independencia, cuando el país tuvo que buscar por sí solo una fisonomía nacional propia. “Siendo todavía un país muy joven, quiso, de un salto, ponerse a la altura de la vieja civilización europea, y entonces estalló el conflicto.”⁶ Es decir, los políticos mexicanos, influidos por las ideas ilustradas que habían llegado de Europa, quisieron para México un progreso semejante al que veían en Francia y en los Estados Unidos, aunque no contaron con que las condiciones imperantes en

⁵Andrés Henestrosa. “Apéndice” en *Historia de Nueva España, escrita por su esclarecido conquistador Hernán Cortés, aumentada con otros documentos y notas por el Ilustrísimo Señor don Francisco Antonio Lorenzana*, 3a. ed. facsimilar, México, Universidad de Castilla-La Mancha, Miguel Ángel Porrúa, 1992. p.vii.

⁶Samuel Ramos. *El perfil del hombre y la cultura en México*, 28a. reimpr., México, Espasa-Calpe, 1997. p. 12.

México eran muy diferentes, y el proceso de la fundación de una nación sería mucho más complicado de lo que esperaban.

Podemos ver que algunos intelectuales como Octavio Paz y Samuel Ramos sostienen que sí existe un mexicano con características determinadas y con elementos comunes, y otros consideran que son mitos creados por el poder político; en este sentido, Roger Bartra señala que la definición del carácter nacional “es una necesidad política de primer orden, que contribuye a sentar las bases de una unidad nacional a la que debe corresponder la soberanía monolítica del Estado mexicano.”⁷ Y, por su parte, Enrique Florescano afirma que no hay una sola identidad mexicana, sino de ellas en conflicto, que además han cambiado a lo largo del desenvolvimiento histórico del país.⁸

Como ya señalé antes, a lo largo de la historia de México ha habido distintas interpretaciones acerca del ser nacional y de sus características. Sin embargo, durante los años decisivos de su formación como Estado independiente es posible advertir los elementos que pretenden identificar al mexicano como tal.

Si bien ciertas características nacionales se plasmaron en los escritos de carácter político, también es cierto que esas ideas se vieron reflejadas en la producción literaria de la época, ya se trate de cuentos, novelas o ensayos, lo que nos abre un panorama más amplio para acercarnos al pensamiento de la época y, sobre todo, a la vida cotidiana. En vista de que no existen muchos estudios que nos ilustren sobre la manera de vivir de los mexicanos durante los primeros años de vida independiente, debemos acercarnos a las fuentes literarias para tener una idea de la realidad en torno a cómo se vivían los cambios políticos y sociales a los que, tarde o temprano, tuvieron que enfrentarse, y cuál era su concepción frente a ese mundo.

Ahora bien, el estudio de este tema a través de la literatura nos presenta un panorama amplio y rico, ya que la novela puede

⁷Bartra, *op. cit.*, p. 188.

⁸Enrique Florescano, *Etnia, Estado y nación*, México, Aguilar, 1998. pp. 20-21.

expresar la experiencia nacional por su capacidad de abarcar tanto lo visible como aquellos elementos que no se presentan a la vista.⁹ Aunque el novelista no pretenda específicamente plasmar su experiencia o interpretarla, en toda manifestación humana, ya se trate de literatura, escultura o pintura por mencionar algunas, podemos encontrar elementos que reflejen las características de la época en que determinada obra se llevó a cabo, y convertirlos, de alguna manera, en una fuente documental para la historia.

Ante la discusión acerca de “lo que es ‘real’ y lo que es ‘imaginado’ en la novela, la historia ha servido como un arquetipo de polo ‘realista’ de la representación”.¹⁰ Hayden White nos dice que no es más fácil percibir la realidad de un mundo pasado al que se la ha dado forma a partir del estudio de gran número de documentos históricos, que sondear las profundidades de una sola obra literaria, y que la supuesta concreción y accesibilidad del medio histórico son resultado de la capacidad fictiva de los historiadores, que de este modo, también deben recurrir a la fantasía al momento de realizar sus interpretaciones, así como los literatos no pueden menos que inspirarse en la vida para llevar a cabo sus obras de imaginación, y apelar también a la historia para enmarcar una temporalidad, una forma de conducir en un tiempo y espacio su propia creación.¹¹

Ahora bien, al concebir la ficción como una representación de lo figurado, y la historia como la interpretación de lo que en realidad sucedió, no debemos olvidar que sólo se puede conocer lo que efectivamente aconteció contrastándolo con lo imaginable. White nos dice que la disciplina histórica ha perdido de vista sus orígenes en la inventiva literaria, y “por el interés de parecer científica y objetiva, se ha reprimido y negado a sí misma su propia y más grande fuente de fuerza y renovación.”¹²

⁹John S. Brushwood, *México en su novela*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998. p.9.

¹⁰Hayden White, “El texto historiográfico como artefacto literario”, en *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, núm. 2, 1994. p. 21.

¹¹*Idem.*

¹²*Ibid.*, p. 34.

Por otra parte, la historia no es únicamente lo que sucedió, sino “lo que ocurrió en el contexto de lo que pudo haber ocurrido”¹³. Debemos tener en cuenta las alternativas y, en ese sentido, el estudio de obras de ficción es un auxiliar, ya que la literatura es un depósito siempre valioso de la historia del pasado. Tal vez lo que en un documento histórico no se menciona, se vea reflejado en la invención y, de esta manera, sirva como complemento al quehacer del historiador.

El uso de las novelas en la historia debe llevarse a cabo con cuidado; éstas deben ser sometidas al mismo examen crítico que cualquier otro documento, ya que, así como no debemos confiar en todo lo que un éste nos dice, tampoco podemos creer que la totalidad de lo que se describe en una novela debe ser tomado al pie de la letra. Aquí entra la capacidad del estudioso de la historia para enfrentarse a las fuentes e interpretarlas.

Si un historiador, que pretendé ser objetivo, siempre desliza entre líneas su forma de entender el mundo y la realidad que lo circunda, no es distinto cuando se trata de la novela, ya que aunque la pretensión del autor sea crear una obra imaginaria, siempre se va a reflejar su entorno.

A este respecto, Carlo Ginzburg se refiere a la necesidad de estudiar los indicios mínimos que nos presenta cualquier documento, ya que dichos indicios pueden ser elementos reveladores de fenómenos más generales. Al analizar un documento, más que poner en práctica reglas preexistentes, deben entrar en juego elementos imponderables: olfato, golpe de vista e intuición.¹⁴ Muchas veces debemos buscar las respuestas en lo que se omite, más que en lo que se dice, porque lo que parece más evidente puede, en realidad, ocultar la verdad de los hechos.

¹³R. H. Trevor-Roper, “Historia e imaginación”, en *Vuelta*, México, Amigos del Arte, A. C., núm. 114, mayo de 1986. p. 15.

¹⁴Carlo Ginzburg, “Señales. Raíces de un paradigma indiciario”, en Adolfo Gilly, Subcomandante Marcos, Carlo Ginzburg, *Discusión sobre la historia*, México, Taurus, 1995.

Según Hayden White, considerados como evidencia histórica, todos los textos están igualmente saturados de elementos ideológicos o son igualmente transparentes en lo que pueden contarnos del “clima mental” en el que surgieron: para el historiador, cualquier texto puede representar el mundo objeto de reflexión.¹⁵

Ahora bien, en el caso específico de México, podemos decir que en los primeros años de vida independiente se trataba de encontrar el mejor sendero a seguir, al igual que en la expresión literaria de la época, por lo que la novela de la primera mitad del siglo XIX “no es sólo un buen reflejo de la nación, sino que es la conciencia que está tratando de señalar el camino al sentido común y a la visión de la Independencia.”¹⁶

Por lo anteriormente expuesto, me parece que en la narrativa literaria podemos encontrar un reflejo de las corrientes de pensamiento de la época, y por lo tanto, existe la posibilidad de acercarnos de este modo a la visión que los mexicanos tenían de sí mismos, así como a ciertas características propias. Por otra parte, las costumbres y manera de vivir que son descritas en las novelas son una fuente de acceso a la cotidianidad, lo que nos interesa rescatar para poder entender cuál fue la reacción ante los cambios que ocurrieron a raíz de la consumación de la independencia y, así, descubrir lo que somos hoy en día y por qué vivimos como lo hacemos. No hay que olvidar que la historia es “un diálogo sin fin entre el presente y el pasado”.¹⁷

De este modo, en el presente trabajo se intenta rescatar a la novela corta como fuente documental para descubrir las distintas manifestaciones de lo que los autores elegidos entendieron por concepto de lo mexicano. Esta investigación consta de cinco capítulos. En el primero de ellos se hace un análisis de la situación política durante la primera mitad del siglo XIX, para

¹⁵ Hayden White. “El contexto del texto: método e ideología en la historia intelectual”, en *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992. p. 196.

¹⁶Brushwood, *op. cit.*, p. 170.

¹⁷Edward H. Carr. *¿Qué es la historia?*, México, Planeta, 1992. p. 40.

contar con un marco referencial que permita al lector ubicar el tiempo mexicano en el que los novelistas llevaron a cabo sus creaciones literarias. Si bien las novelas que se analizan ocupan el periodo que va de 1836 a 1846 únicamente, el marco histórico es más amplio porque es importante situar a los escritores en su contexto histórico, tanto anterior como posterior a la publicación de sus obras.

El segundo capítulo trata acerca del desenvolvimiento cultural y social que se vivió en México en esas décadas iniciales de vida independiente, y que sería el marco del desarrollo de la literatura nacional, indispensable para comprender los anhelos y los ideales de los escritores analizados. Asimismo, en él haremos un breve repaso de la importancia de la prensa decimonónica para comprender los espacios en los que trabajaron los autores nacionales.

El recuento del desenvolvimiento creativo a partir de que empiezan a surgir las primeras novelas —en este caso narraciones cortas— en las principales revistas literarias de la época, es el sujeto de estudio del tercer capítulo. En él, hacemos énfasis del ambiente que privó durante la primera mitad del siglo XIX y que propició el progreso de una nuestras letras.

Un breve esbozo de los autores de las novelas cortas a analizar en este trabajo, para ubicarlos y conocer algunos datos acerca de su vida y su producción literaria, constituye el cuarto capítulo.

Por último, el análisis de las novelas cortas desde distintos temas que nos dan indicios acerca de las características del mexicano de la época, según la visión de esos primeros escritores, se convierte en el quinto y último capítulo de la presente investigación.

Para poder llevar a cabo el análisis de lo “mexicano”, se escogieron diez novelas cortas escritas por autores nacionales, que son una muestra representativa de las que se escribieron en

la época; aunque quedan muchas sin analizar, me parece que éstas son un buen ejemplo de la literatura de entonces, porque se escribieron en los años de sedimentación de las letras nacionales, en las más importantes revistas literarias de la época, así como en periódicos, y porque sus autores fueron, además de escritores, políticos comprometidos con su patria.

La razón de haber elegido novelas cortas es que en los años inmediatamente posteriores a la consumación de la independencia no se escribió ninguna obra de ficción de gran extensión; no fue sino hasta 1846 con la aparición de *El pistol del diablo*, de Manuel Payno, que la tendencia literaria cambió. Como las narraciones que se publicaron en esos años intermedios son todas de pocas cuartillas, se les clasifica como novelas cortas o “novelitas”, nombre con el que las conocieron sus contemporáneos.

Todos los relatos se insertan dentro del romanticismo que prevaleció en aquellos años¹⁸, y aunque tienen las características de esta corriente literaria, también nos presentan rasgos nacionales en los que vemos el deseo de todos esos escritores de mexicanizar la literatura. Este punto es la clave dentro de esta investigación en la que analizaremos aquellos aspectos que fueron una constante en el desarrollo de estas obras, a saber: el paisaje, la imagen femenina que presentan los autores, las alusiones a la situación política y social en el México de la época, el rescate del pasado histórico y la moralidad imperante entonces.

Las novelas cortas analizadas en esta tesis son: *Aventura de un veterano*, de Manuel Payno; *El criollo*, de José Ramón Pacheco; *Manolito el pisaverde*, de Ignacio Rodríguez Galván; *El inquisidor de México*, de José Joaquín Pesado; *Una pasión*, de Domingo Revilla; *La condesa de Peña Aranda*, de Ramón Isaac Alcaraz;

¹⁸ El romanticismo fue, según Isaiah Berlin, “el mayor movimiento reciente destinado a transformar la vida y el pensamiento del mundo occidental”. Esta forma de pensamiento se originó en Inglaterra y Francia, pero sobre todo en Alemania. Los valores a los que les asignaban más importancia los románticos, eran la integridad, la sinceridad, y el empeño en un ideal. Cfr. Isaiah Berlin. *Las raíces del romanticismo*, Madrid, Taurus, 2000. pp. 26-28.

Margarita, de Juan N. Navarro; *Manuelita*, de Guillermo Prieto, *Netzula*, de José María Lacunza y *Mi paisano*, firmada por F. C., y cuya autoría se atribuye a Fernando Calderón o Francisco Campero.

El sentido de esta investigación es el tratar de ensayar un nuevo modo de interpretación histórica a partir de fuentes literarias que pueden ser analizadas como si se tratara de cualquier otro documento. De esta manera, como ya hemos afirmado en otra parte de la introducción, el campo del historiador se amplía y podemos acercarnos a las distintas representaciones de la realidad que nos presentan este tipo de escritos que también son un modo de interpretación de lo ocurrido en la época de su elaboración.

Soy consciente de que este trabajo tiene limitaciones, y de que las novelas pueden analizarse desde muy diversos puntos de vista. En este caso se trata de una egresada de la Licenciatura en Historia que incursiona en el mundo literario, y cuyo análisis pretende ser muy completo, siempre desde el punto de vista de la crítica histórica.

I. MARCO HISTÓRICO: DE CÓMO SE PENSÓ ORGANIZAR AL PAÍS Y DE OTRAS CUESTIONES IMPORTANTES. (1821-1855)

La historia de México es la historia de un pueblo libre que escoge entre diversas opciones; de esta característica viene su esplendor intrínseco. No hay nada místico o divino en una nacionalidad. Contar su historia significa optar por una o varias alternativas, con total apertura y conocimiento de la razón para elegir las. La historia es un debate.

Timothy E. Anna.¹⁹

Desde el inicio de la lucha por conseguir la independencia, y a partir de su consumación, hubo en Nueva España, después México, un enorme cambio de ideas, opiniones e intereses, y los garantes de ese movimiento se enfrentaron a la inercia de una sociedad que seguía viviendo, en muchos aspectos, como en la época virreinal. Se puede hablar de un continuo choque entre las nuevas ideas liberales en proceso de asimilación, y el conservadurismo imperante, y aunque todavía no existían los partidos políticos como tales, sí había facciones o corrientes de opinión que se inclinaban por distintas opciones de gobierno, o bien defendían la continuidad de los fueros y privilegios de la milicia y el clero, frente a quienes propugnaban por la disminución de los mismos.

Podemos decir que los enfrentamientos que caracterizaron la lucha por la autodeterminación fueron el resultado de tratar de implantar nuevas ideas políticas en un ámbito totalmente ajeno a las formas democráticas. Sin embargo, los cambios que tuvieron lugar no sólo en España, sino en gran parte del mundo occidental,

¹⁹Timothy E. Anna. *Forging Mexico 1821-1835*, Nebraska, Universidad de Nebraska, Lincoln y Londres, 1998. P. xiii.

no tardaron en penetrar a la colonia y hubo quienes decidieron llevar a la práctica los deseos de emancipación y "libertad".

Es claro que no fue fácil para los habitantes del país que surgía de la lucha insurgente, desprenderse de sus antiguas ideas y formas de vida para adaptarse a un nuevo orden que en muchos sentidos no acarrearía la paz y prosperidad que se buscaba para la nación en ciernes. Sin embargo, y a pesar de las guerras intestinas que caracterizaron esos primeros años, poco a poco se formó un nuevo país que, con luces y sombras, emergía al concierto de las naciones libres.

Según nos dice Lorenzo de Zavala, "todos los mexicanos deseaban la independencia" cuando ésta finalmente se consumó, y era la primera base del Plan de Iguala, que "conciliaba todos los intereses... todos los hijos del país se unían en el principio de nacionalidad; cada uno reservaba para después sus pretensiones diferentes"²⁰, que serían claramente opuestas, según queda de manifiesto al estudiar el curso que tomaron los acontecimientos.

En 1821 se veía con gran optimismo el futuro de México, aunque no existía una idea muy clara de lo que esa libertad recién conquistada iba a significar. En primera instancia, los límites de la nación se conocían apenas, y en un territorio inmenso había un número reducido de habitantes, aproximadamente seis millones, de los cuales la mayoría eran indígenas que vivían principalmente en sus comunidades. Por otra parte estaban los criollos y peninsulares, así como las castas que en conjunto constituían un mundo heterogéneo, en el cual las ideas políticas pertenecían a una elite ilustrada que tenía muchos y diversos conflictos entre sí, el mayor de los cuales era la definición del sistema de gobierno que sería más conveniente para el nuevo Estado. Algunos eran partidarios de la monarquía, otros de la república, y los conflictos políticos suscitados por las discrepancias en ese sentido,

²⁰ Lorenzo de Zavala. *Ensayo histórico de las revoluciones en México desde 1808 hasta 1830*, ed. facsimilar, México, Fondo de Cultura Económica - Instituto Cultural Helénico, 1985. Tomo I, p. 89.

caracterizaron la vida de los habitantes de México durante la primera mitad del siglo XIX.

El nombramiento de Agustín de Iturbide como emperador fue el detonante de lo que serían las luchas de facciones. El flamante monarca ocupó el trono por menos de un año, y tuvo que abdicar y partir al exilio, porque los problemas políticos, entre ellos la oposición del Congreso —una entidad novedosa, que no compartía fácilmente el poder— a la mayoría de las acciones de su gobierno, le habían hecho imposible gobernar.²¹ Hay que tomar en cuenta, además, el grave estado de la hacienda pública, ya que después de once años de lucha independiente, el comercio y demás actividades económicas se habían visto seriamente afectadas. En pocas palabras, no había dinero para echar a andar el país, y la nueva nación implicaba muchos gastos.

Por otra parte, no únicamente el clero quería mantener sus privilegios, sino que el ejército era una fuerza que podía encumbrar o acabar con un hombre. Por ello los militares de alto rango no estaban dispuestos a perder sus prebendas a pesar de todos los problemas, ya que siempre estuvieron cerca del poder y se constituyeron en un factor decisivo de las relaciones políticas de su grupo.

El fracaso del primer imperio dio lugar a una nueva organización de gobierno; se promulgó una Constitución que adoptaba el sistema federal. Al respecto Lucas Alamán dice en su *Historia de Méjico...* que dicha acta constitutiva era una copia de la de Estados Unidos, pero si en este país “sirvió para ligar entre sí partes distintas que desde su origen estaban separadas”, en México “tuvo por objeto dividir lo que estaba unido, y hacer naciones diversas de lo que era y debía ser una sola”.²² Al parecer, no iba a ser tarea fácil implantar un régimen federal en donde

²¹ *Ibid.*, p. 136.

²² Alamán, Lucas. *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, México, Imprenta de J.M. Lara, 1852. Tomo V, p. 777.

por largos años se había vivido bajo una monarquía, y un sistema centralizado.

A raíz de la promulgación de la Constitución de 1824, comenzó a manifestarse la división de partidos, ya para entonces más identificados con las logias a las que pertenecían sus integrantes, ya fueran la escocesa o la yorkina, las que, a fin de cuentas, representaban los anhelos republicanos centralistas o federalistas. Esa oposición de ideales, a la postre llevaría a enfrentamientos; no obstante, la primera república federal, inaugurada en 1824, logró sobrevivir hasta mediados de la década de los años treinta.

Fue en el periodo federalista cuando el fuerte de San Juan de Ulúa cayó en poder de las tropas mexicanas, con lo que España perdió el último reducto que le quedaba en el antiguo virreinato. Para evitar que los peninsulares que vivían en México conspiraran con el fin de recuperar sus posesiones, se dictó su expulsión, lo que significó un duro golpe por la separación de familias enteras y el abandono de los españoles del lugar que había sido su hogar.²³ Esto fue una muestra del odio que se sentía en algunas esferas de la sociedad por España, a la que los partidarios del liberalismo acusaban de todos los males que se habían sucedido hasta entonces. Era evidente que se quería terminar de golpe con todo lo que oliera a vida "colonial".

El periodo que va de 1824 a 1836 no trajo la paz y estabilidad que habían esperado los mexicanos. En 1832 se suscitó un levantamiento contra el gobierno, lo que dio como resultado la ascensión de Antonio López de Santa Anna al poder. En este punto, la elección presidencial se volvió irrelevante porque podía anularse. Según Timothy Anna, en este proceso los mexicanos se dieron cuenta de que quien controlara los instrumentos de fuerza, determinaría el futuro político, lo que reducía la Constitución a poco menos que una herramienta para ser manipulada.²⁴

²³ *Ibid.*, pp. 824-829.

²⁴ Anna, *op. cit.*, p. 256.

Durante el primer régimen federal también se intentó la puesta en marcha de una reforma eclesiástica, educativa y militar. La supresión del diezmo obligatorio y la ocupación de bienes de órdenes religiosas; la pretensión de quitar el monopolio educativo al clero y la cancelación de los fueros del ejército —al mismo tiempo que se pretendía la sustitución de tropas permanentes por voluntarios— fueron algunos de los cambios, cuyos promotores se enfrentaron a la feroz oposición de un importante sector del gobierno y de la sociedad, que no comprendían una transformación en la relación entre los poderes civil, religioso y militar; la independencia era una realidad, el cambio de estructuras una alteración de la tranquilidad.²⁵

Aunque en el país había constantes luchas por la forma de gobierno que era más conveniente, nunca ocurrió lo mismo en cuanto a la religión católica, que sería la única opción posible. Ya fueran liberales o conservadores, federalistas o centralistas, casi todos los personajes más representativos de la vida política y cultural en México eran católicos convencidos, y no pensaban dejar de serlo. Esto es muy importante para entender los conflictos que se suscitaron en el país al intentar modificar el trato que se dispensaba al clero. Si bien se hablaba de ideas novedosas, el poder del clero y la inercia de los años vividos bajo el régimen colonial hicieron imposible aplicar los cambios propuestos en esos momentos. La religión católica permeaba la vida de la sociedad mexicana de la época, y sus sacerdotes contaban con el apoyo popular sin restricciones.

En ese estado de cosas, el gobierno tuvo que hacer frente a un conflicto con Texas, territorio que a partir de 1821 se había poblado con colonos provenientes de Estados Unidos. Para la época de que hablamos, los texanos, en su mayoría protestantes y angloparlantes, no tenían nada qué ver con los habitantes del resto del territorio nacional; querían, ante todo, libertad y

²⁵ Enrique de Olavarria. "México Independiente", en Vicente Riva Palacio, *et. al.*, *México a través de los siglos*, México, Cumbre, 1985. Tomo XII, pp. 33-38.

autonomía, anhelos que consiguieron tras una infructuosa guerra finiquitada por los Tratados de Velasco.²⁶

El régimen federal de 1824-36 no se caracterizó por su estabilidad, aunque a punto de sucumbir a manos de los partidarios del centralismo, sus apologistas lo defendían como el mejor sistema de gobierno para el país. Al respecto el político e historiador José María Luis Mora decía que

aunque al principio este sistema tuvo fuertes y poderosos enemigos, con el tiempo desaparecieron muchos, y otros dejaron de serlo, de manera que en el estado actual de la opinión de México, la federación con poca diferencia cuenta en esta República con los mismos apoyos que la independencia nacional.²⁷

Sin embargo, los acontecimientos pronto desmentirían a Mora, ya que en 1836 el Congreso decidió promulgar una nueva Constitución, conocida como las Siete Leyes Constitucionales, que reforzaba el poder presidencial, organizaba a la nación bajo el régimen central y restringía las libertades del pueblo. A los tres poderes –ejecutivo, legislativo y judicial- se agregó uno más, el Supremo Poder Conservador, cuya labor sería regular las acciones de los otros entre sí.²⁸ Comenzaba, así, la época de la república centralista.

Los años de este régimen, tal como había sucedido con el federalismo, no fueron precisamente estables, demostrando que la problemática nacional era más compleja que el simple cambio de organización política. A la primera Constitución centralista, siguió la de las Bases Orgánicas, que se promulgó después de un golpe

²⁶ *Ibid.*, p. 74.

²⁷ José María Luis Mora. "Constitución y administración de la República Mexicana y reformas que deben hacerse a ambas" en *El Indicador*, 8 de enero de 1834, *apud. Obras completas. Histórica 1. México y sus revoluciones, 1*. México, Secretaría de Educación Pública - Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, 1987. p. 198.

²⁸ Alamán, *op. cit.*, p. 869.

militar en 1841.²⁹ Poco antes, en 1840, dadas las condiciones del país, José María Gutiérrez de Estrada había publicado una carta dirigida al presidente Bustamante en la que le sugería que lo mejor sería intentar una nueva forma de gobierno, ya que el centralismo y el federalismo habían fracasado estrepitosamente:

...atribuir exclusivamente nuestras desgracias a la Constitución de 836 [sic] y esperar su inmediato y completo remedio únicamente del restablecimiento de la de 824 [sic], sería una grata ilusión, que hartamente nos pesa no poder abrigar [porque] estamos convencidos de que una constitución por sabia que sea, es un documento muerto si no hay hombres que sepan, quieran y puedan poner en práctica sus benéficas disposiciones.³⁰

De esta manera el monarquista daba voz a las inquietudes de aquellos que veían que el país no salía adelante con el sistema republicano a pesar de las buenas intenciones de quienes trataban de manejar su destino.

En ese periodo, la situación nacional se vio agravada por el enfrentamiento con Francia en el conflicto conocido como "Guerra de los pasteles". Por si eso no bastara, Yucatán intentó separarse de México, aunque no lo logró de manera definitiva. Ante la larga serie de conflictos que se vivían, el doctor Mora declaraba en su obra *México y sus revoluciones*:

gobiernos de la clase de los que hemos tenido... con muy pocas excepciones son el mayor obstáculo para los progresos de la población, que tiene de luchar no sólo con los obstáculos morales y los de la naturaleza de la cosa, sino con las extrañas pretensiones de los que mandan, comúnmente en conflicto con la prosperidad pública.³¹

²⁹ Josefina Zoraida Vázquez. "Dos décadas de desilusiones: en búsqueda de una fórmula adecuada de gobierno (1832-1851)", en *Planes en la Nación Mexicana*, Berta Ulloa/ Joel Hernández Santiago (coord.), México, Senado de la República- El Colegio de México, 1987. Libro dos, p. 28.

³⁰ Carta de J. M. Gutiérrez de Estrada a Bustamante. 25 de agosto de 1840, en *Planes ...*, Libro tres, p. 197.

³¹Mora, *op. cit.*, p. 121.

Lo dicho anteriormente nos da una idea de lo que en esos momentos se pensaba en México ante los acontecimientos: no se había podido consolidar el gobierno, los cambios dentro del sistema eran constantes, se había perdido un territorio muy importante y, lo peor de todo, parecía que los problemas no tendrían fin, pues a los existentes se agregarían otros.

En 1845 Texas declaró su anexión a Estados Unidos y ante la oposición de los mexicanos a que su territorio se desgranara, la guerra contra los vecinos del norte fue inevitable. Entre 1846 —año en que el vecino del norte declaró la guerra a México— y 1848, el país padeció la presencia del ejército estadounidense que, día con día, conquistaba posiciones y se adentraba cada vez más en territorio nacional.

La crisis interna era terrible, y no había fondos para hacer frente a la invasión. Para tener una idea del momento que se vivía, baste decir que de 1846 a 1848 hubo varios cambios de presidente, el Congreso se debatía más que en resolver el conflicto mismo con el vecino del norte, en modificar el sistema de gobierno; además, el regionalismo que caracterizó a la nación impedía ver la dimensión de la guerra que se vivía con los Estados Unidos y, por si esto fuera poco, no había recursos humanos ni materiales para evitar la posterior pérdida de más de la mitad del territorio, misma que se consumó con la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo en el que México tuvo que ceder a Estados Unidos las provincias de Texas, Nuevo México y California.

Como resultado de la guerra la nación vivió un gran pesimismo, que contrastaba con el optimismo reinante veinte años atrás. El país no sólo no había podido gobernarse a sí mismo con estabilidad y firmeza, sino que había perdido una gran parte de su territorio y seguía sin contar con recursos para enfrentar los graves problemas internos que hacían prácticamente imposible lograr ese periodo de paz y prosperidad que se había buscado desde el triunfo de la independencia. Muchos de quienes movían los destinos de la nación creían que el país estaba acabado, sin posibilidades de solución. De ahí que se escucharan algunas

voces que pedían la ayuda de las potencias europeas para hacer frente a un poderoso vecino que había resultado invencible. Empezaron a surgir las grandes dudas acerca de la existencia del sentimiento nacional y de la unión que debía existir entre los habitantes de México. No obstante ese panorama, la guerra había dado una lección porque demostró la realidad del estado en que se encontraba el país.

El periodo entre 1848 y 1851 fue tranquilo comparado con lo vivido anteriormente, tal vez porque los mexicanos estaban cansados de todos los desastres que habían visto de manera casi ininterrumpida en los años anteriores. Ya para esta época, se delineaban dos facciones claramente opuestas: liberal y conservadora, integradas por los intelectuales más notables de la época. Los segundos querían la vuelta del añorado orden español, pero sin España. Eran unitarios o centralistas y enemigos de los federalistas.³² Los liberales, en cambio, negaban la tradición española y querían libertades en todos los ámbitos: social, político, religioso y económico. Pero a pesar de sus opiniones contrarias, tanto unos como otros, según Charles Hale, “reafirmaron con crecido vigor sus primeros programas para la salvación nacional”³³, y buscaron que el país se reorganizara y ahora sí, con la experiencia adquirida a lo largo de treinta años de independencia, se pudiera lograr la estabilidad anhelada.

En un recuento de los males que había sufrido México desde su independencia, Lucas Alamán publicó en su *Historia de Méjico...* diversas sugerencias para salvar a la nación de la ruina, y recomendaba la aplicación de reformas que eran necesarias para que la situación mejorara, aunque advertía que

...si en vez de hacer los esfuerzos necesarios para lograr este fin, seguimos el camino de ruina en que nos hallamos

³²Francois Chevalier. “Conservadores y liberales en México”, en *Secuencia*, México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, marzo 1985, vol. 1, p. 137.

³³ Charles A. Hale. “La guerra con Estados Unidos y la crisis del pensamiento mexicano”, en *Secuencia*, nueva época, México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, enero-abril de 1990. p. 61.

empeñados, los resultados van a ser los más funestos... todo lo que México como nación ha perdido desde que se hizo independiente: mas de la mitad de su territorio; una deuda extranjera de 52 millones... las rentas reducidas a la mitad y el ejército a la nada.³⁴

A ello habría que agregar las nuevas disputas por el poder; Mariano Arista, que había sido nombrado presidente en 1851, fue destituido y los conservadores, mediante el Plan del Hospicio, llamaron a Santa Anna para que ocupara nuevamente la presidencia, con la esperanza de rectificar los errores del pasado. El nuevo gobierno contrarió a los sectores liberales con la centralización del poder público, la imposición de la censura y sus medidas represivas. Parecía que nada nuevo había bajo el sol.

El gobierno de Santa Anna desprestigió a los conservadores y reunió a la oposición liberal en su contra; con el general Juan Álvarez a la cabeza, se proclamó el Plan de Ayutla, que exigía el derrocamiento del dictador y la convocatoria a un Congreso Constituyente. El plan se propagó en varias partes del país y el apoyo que encontraron los sublevados obligó a Santa Anna a dejar el poder, esta vez de manera definitiva, y a partir al exilio en 1855. En palabras de Edmundo O'Gorman,

en Ayutla se desencadenó una ofensiva contra Santa Anna, eso es cierto; pero más profundamente, contra la razón histórica que había hecho posible el fenómeno del santannismo en el escenario de la vida mexicana.³⁵

A partir de la victoria de Ayutla, se dio la consolidación de los liberales en el poder, y posteriormente el triunfo de la Reforma, aunque no por ello llegarían a su término las luchas de facciones, siempre presentes en la primera mitad del siglo XIX. Las pugnas entre federalistas y centralistas, que después de todo eran un reflejo de la búsqueda de conciliación de los diferentes intereses

³⁴ Alamán, *op. cit.*, pp. 952-953.

³⁵ Edmundo O'Gorman. "Precedente y sentido de la revolución de Ayutla", en *Secuencia*, nueva época, México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, enero-abril 1990. pp. 70.

que prevalecían en el país, nos dan la medida del trabajo arduo que enfrentaron los primeros forjadores de nuestra nación para encontrar la mejor manera de autogobernarse.

Por otra parte, las contradicciones que se vivieron durante las décadas iniciales de vida independiente no se limitaron al ámbito político, y la vida de los habitantes de México se vio muy afectada por los conflictos que caracterizaron la primera mitad del siglo XIX, ya que el antiguo orden había variado radicalmente, si bien no con la rapidez que querían algunos, sí de manera definitiva. Las reformas educativas, los cambios en el sistema político, la búsqueda de un proyecto de nación que uniera a todos los mexicanos, transformaron poco a poco la fisonomía del país.

Es claro que en un principio, ni los hombres que iniciaron ni los que continuaron con la labor reformista, sabían bien a bien lo que querían, y pensaban que una vez lograda la independencia de España, todo sería fácil. Sin embargo, la realidad los enfrentó a luchas internas por el ejercicio del poder, y mientras se decidía la mejor forma de gobierno, los representantes de las distintas tendencias políticas se manifestaban por una u otra. De cualquier manera, en este escenario conflictivo en muchos aspectos, había una sociedad que se desarrollaba y creaba paulatinamente una identidad; vivía una cotidianeidad y trataba de salir adelante a pesar de todos los problemas. La vida continuaba aun cuando el país estuviera en guerra, cambiara de sistema de gobierno o impusiera nuevas formas de educar a la sociedad. Estos estratos anónimos, que también hacen la historia, nos enseñan mucho acerca de cómo se vivió en México la transición de colonia a república independiente.

En el terreno educativo, por lo demás, también se reflejó lo que sucedía en el ámbito político, ya que así como los grupos antagónicos se enfrentaban entre sí, también había pugnas por la forma en que la educación debía llevarse a cabo. Cada cual interpretaba la realidad presente y los hechos pasados a su manera, aunque todos compartían la inquietud de buscar una identidad y la necesidad de transmitir esos conocimientos a las

nuevas generaciones.³⁶ No debemos perder de vista que existió un proyecto cultural para el país, y que quienes lo gobernaban estaban conscientes de la importancia que tenía la educación como un medio para acceder al progreso. Además, esa empresa incluyó la búsqueda y exaltación de los valores representativos del país y la creación de una literatura que fuera expresión de la nueva nación. El primer siglo de vida independiente fue, en palabras de José Luis Martínez, “un largo esfuerzo de aprendizaje y formación”.³⁷

De cualquier manera, el “violento diálogo de nuestra historia”, como lo llama Edmundo O’Gorman,³⁸ y que como hemos visto se dio en todos los ámbitos, tuvo que continuar para lograr, finalmente, el triunfo del liberalismo y del orden, aunque eso ocurriría más tarde, gracias a la consolidación del sistema político y de un proyecto de nación que incluiría un importante desarrollo cultural.

³⁶ Patricia Escandón. “La historia antigua de México en los textos escolares del siglo XIX”, en **Secuencia**, México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, enero-abril 1988, núm. 10. p. 33.

³⁷ José Luis Martínez. **La expresión nacional**, México, Oasis, 1984. p. 13.

³⁸ O’Gorman, *op. cit.*, p. 81.

II. DE LA FORMA EN QUE SE DESARROLLARON LA SOCIEDAD Y LA CULTURA EN MÉXICO EN LAS PRIMERAS DÉCADAS DEL SIGLO XIX

Lo que lucho por caracterizar y no acierto cómo, es la fisonomía de aquella sociedad heterogénea, formada de secciones completas, pero sin relacionarse con las demás que formaba conjunto a lo lejos y de cerca se componía de lo más disímulo, por ejemplo: el español con caudal o empleo y protección de España y el español antiguo en México, postergado, aunque rico, con sus ínfulas de conquistador. El hijo de español aborreciendo al advenedizo que le quitaba posición social y porvenir; las castas, residuos de todas las miserias y todas las impurezas en las que tenía abrigo el hijo sacrílego y el adulterino, el morisco y el judaizante y los indios explotados por todos, embrutecidos, degradados, objeto de explotación del fraile y del rico.

Guillermo Prieto.³⁹

Al comenzar el siglo XIX la Nueva España tenía una población cercana a los seis millones de habitantes, divididos en españoles nacidos en España o peninsulares; españoles nacidos en América o criollos; indios; negros y castas. De éstos, el español y el criollo constituían el estrato superior o privilegiado y aunque, según la ley tenían los mismos derechos y obligaciones, en realidad la supremacía de los hispanos era absoluta a principios de la era decimonónica, lo que propició un tremendo antagonismo entre ambos grupos y, a la postre, constituiría un detonante de la guerra de independencia, ya que el descontento criollo sería

³⁹ Guillermo Prieto. *Memorias de mis tiempos. 1828 a 1840*, México, Librería de la viuda de C. Bouret, Cinco de Mayo 14, 1906. p. 314.

cuestión fundamental entre los distintos intereses que llevaron a la emancipación política de la Nueva España.⁴⁰

Del total de la población, se ha calculado que de cada cien habitantes, dieciocho eran blancos, veintidós pertenecían a alguna casta y sesenta eran indios.⁴¹ Los criollos pobres ambicionaban un cambio radical que los ayudara a modificar sus condiciones de vida y a terminar con las desventajas que tenían frente a los españoles; por su parte, los indios y castas, en su mayoría, ocupaban puestos menores en la administración, la Iglesia y el ejército, o vivían en el medio rural, por lo que no tenían acceso a mayores oportunidades de progreso. Si con la independencia se quería lograr una sociedad más igualitaria, los cambios afectaron sólo a un pequeño sector de la población y la mayoría restante mantuvo en lo esencial sus costumbres y su posición en la escala social.⁴²

La propiedad territorial era un problema que se relacionaba directamente con el modo de vida de los habitantes de la nación. La tierra estaba repartida en bienes comunales indígenas, predios de la Iglesia y latifundios en manos de una elite. Los cambios que se quería implantar una vez consumada la independencia tendían a redistribuir la tierra por medio del incremento de los pequeños propietarios rurales y la colonización extranjera, aunque no había un consenso general en cuanto a la conveniencia de esta última medida por la problemática que implicaba aceptar extranjeros. Con respecto a los latifundios, no se tomó en cuenta que sería muy difícil convertirlos en pequeña propiedad, por lo que los planes de redistribución territorial no tuvieron el éxito esperado.⁴³

⁴⁰ Miguel Othón de Mendizábal. "El origen histórico de nuestras clases medias", en *Las clases sociales en México*, 15ª. ed., México, Nuestro Tiempo, 1989. p. 10.

⁴¹ Josefina Zoraida Vázquez. "Los primeros tropiezos", en *Historia General de México. Versión 2000*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2000. p. 560.

⁴² *Idem*

⁴³ Charles Hale. *El liberalismo mexicano en la época de Mora*, 9ª. ed., México, Siglo XXI, 1991. pp. 183-185.

La república que se estaba gestando se enfrentaba a un panorama desolador donde la desunión, valga la paradoja, era el distintivo de los pobladores. En ese sentido, el proyecto insurgente unió la idea de nación independiente con la concepción de una “nación indígena” anterior a la conquista, lo que legitimó a los gobiernos ante los grupos nativos y le dio al nuevo país un pasado remoto alejado del mundo hispano que rechazaba; sin embargo, esto no terminó con las desigualdades ni eliminó las diferencias que existían en cuanto a la posesión de la tierra o la posición social de cada uno de los grupos que componían la sociedad mexicana. El mito de una “nación indígena”, según Florescano, unió tres convicciones:

La creencia en la posibilidad de restaurar un imaginario imperio mexicano, el repudio de la dominación española y la definición de la guerra de independencia como una venganza contra las injusticias de la conquista.⁴⁴

Esta visión que idealizaba el pasado indio contra la tiranía española, se enfrentó a la de aquellos que defendían el legado hispano, lo que desembocaría más adelante en las continuas disputas ideológicas que caracterizarían los años posteriores a la consumación de la independencia.

El catolicismo, por su parte, jugó un papel muy importante como factor de cohesión del patriotismo criollo y fue una presencia muy poderosa en el nuevo Estado. Esta unidad en torno a los valores de la religión católica fue el factor de mayor identificación entre los partidarios de la insurgencia, y más adelante, entre los miembros de todos los estratos sociales.⁴⁵ De alguna manera, el catolicismo, como lo señalaría más adelante Alamán⁴⁶, era lo que mantenía unido al país a la luz de los

⁴⁴ Florescano, *Etnia...*, p. 334.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 335.

⁴⁶ En una carta escrita a Santa Anna el 23 de marzo de 1853, decía “...manifestar a usted cuáles son los principios que profesamos los conservadores [...] Es lo primero conservar la religión católica, porque creemos en ella y aun cuando no la tuviéramos por divina, la consideramos como el único lazo común que liga a todos los mexicanos...” Cfr. Lucas Alamán. “Carta a Santa Anna. 23 de marzo de 1853”, en

problemas que se enfrentaron durante las primeras décadas de vida independiente, ya que así fueran de diferentes tendencias políticas o de distintos estratos sociales, casi todos los mexicanos eran católicos, y la tolerancia religiosa ni siquiera estaba contemplada en la Constitución.⁴⁷

Ahora bien, aunque la igualdad era uno de los ideales perseguidos por la elite ilustrada que dirigía los destinos del país, la sociedad mexicana se caracterizó por sus marcados contrastes a lo largo de todo el siglo XIX, ya que desde el nacimiento de la república, las fuerzas políticas que se disputaban el poder se esforzaron en destruir la estructura corporativa que había dado estabilidad al país durante la época colonial, además de que no dieron cabida a las naciones indígenas en su proyecto histórico.⁴⁸ Al respecto, el viajero alemán Carl Christian Sartorius decía que aunque la Constitución considerara jurídicamente iguales a todos los habitantes del país, cualquiera que fuera su color, “las costumbres profundamente arraigadas entre la gente [...] no pueden ser eliminadas fácilmente por ninguna ley”, y la discriminación de que había sido objeto el indígena por parte de las clases privilegiadas iba a continuar a pesar de todo.⁴⁹ La tradición indígena no se tomó en cuenta y se trató de borrar la designación de “indio” de la vida nacional⁵⁰, lo que demuestra que se pensaba que con la intención de lograr la igualdad, bastaba para que así fuera que se “decretara” la desaparición de las diferencias. No obstante, lo real no siempre se apega a lo ideal y los indios siguieron ahí, demostrando a las clases políticas que los problemas nacionales eran más profundos de lo que se había pensado, y que la integración de la sociedad no era una tarea fácilmente alcanzable.

Álvaro Matute. *México en el siglo XIX. Antología de fuentes e interpretaciones históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992. pp. 284-286.

⁴⁷ Hale, *El liberalismo...* pp. 168-169.

⁴⁸ Florescano, *Etnia...*, p. 363.

⁴⁹ Carl Christian Sartorius. *México hacia 1850*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección de Publicaciones, 1990. p. 118.

⁵⁰ Hale, *El liberalismo...*, p. 223.

Las ideas de la época se reflejan en lo que escribió José María Luis Mora en cuanto a la distribución de la sociedad, que según él se dividía en indios, negros y blancos, esta última la raza dominante

Por el número de sus individuos, por su ilustración y riqueza, por el influjo excesivo que ejerce en los negocios públicos y por lo ventajoso de su posición con respecto a los demás; en ella es donde se ha de buscar el carácter mexicano y ella es la que ha de fijar en todo el mundo el concepto que se deba formar de la República.⁵¹

Según lo dicho por el historiador y político, era una elite la que definía los destinos de los demás y sólo ella era fiel reflejo de la nación. Lo que se quería destacar como característica propia, únicamente podía encontrarse entre los blancos, que aunque eran una minoría, tenían fe en la ilustración y la aplicación irrestricta de la ley como medio para llevar al país al progreso. Si las instituciones republicanas eran tan avanzadas, la sociedad pronto sería muestra viva de dicho avance. No se tomaba en cuenta que la mayoría de la población era de origen indígena o mestizo y vivía en un gran atraso social. La independencia parecía confabular contra indios y castas, a quienes los nuevos gobernantes no tomaban en cuenta.

El Estado colonial había sido defensor de la tierra y la vida comunitaria de los pueblos autóctonos y al consumarse la independencia y triunfar la república, estas barreras protectoras se derrumbaron y con las dificultades que se suscitaron por la falta de consolidación del orden del Estado, se creó un vacío político que fue ocupado por una disputa por el poder entre las elites del centro y las regionales. Esto también fomentó el surgimiento de conflictos étnicos conocidos como “guerras de castas”, lo que redundó en un mayor alejamiento entre las distintas capas de la sociedad, ya que dichos conflictos se

⁵¹ Mora, *op. cit.*, vol. 4, p. 61.

convirtieron en una amenaza contra la propiedad y la civilización.⁵²

Las divisiones sociales que se vivían en la primera mitad del siglo XIX, llevaron a los ideólogos de la época a buscar soluciones para que México saliera adelante y el progreso social fuera un hecho. Así, se pensó que las mezclas raciales serían una buena opción para “blanquear” la sociedad. Tal es el caso de Lucas Alamán, quien además aceptaba que aunque legalmente se pretendía hacer desaparecer las distinciones, no se había logrado la deseada igualdad por la influencia de costumbres inveteradas que no permitían la total asimilación de las nuevas leyes. En cuanto a los indios y castas, el mismo autor decía que:

se han conservado distintas y separadas, difiriendo entre sí en idioma, traje, ocupaciones, alimentos y género de vida. La raza española, por efecto de la persecución de que fue objeto la parte europea, ha quedado reducida a la americana [...] y como las otras dos razas no están en estado de tomar parte en los negocios públicos, ellos son los que los han manejado exclusivamente.⁵³

Alamán, al igual que Mora, hace patente que quien dirigía los destinos del país y estaba consciente de los cambios era, en su mayoría, la elite criolla que había llevado a cabo la independencia y tenía un nivel económico y educativo más amplio que el común de la población.

Según Mariano Otero, en su ensayo de 1842, el desorden y la miseria reinaban en el seno de la sociedad mexicana porque la propiedad estaba en quiebra, y si las clases altas eran débiles, y las bajas estaban reducidas a la nulidad, era en el estrato medio en donde estaba la mayor suma de la riqueza y en el sitio que debía buscarse el carácter de la población, ya que en ese nivel

⁵² Florescano, *Etnia...*, p. 379.

⁵³ Alamán, *op. cit.*, tomo V, p. 879.

estaba el germen del progreso y el elemento político más favorable para la constitución de la república.⁵⁴

Como se puede apreciar, Otero también veía en los blancos — los más favorecidos— la raíz del progreso de la sociedad ya que los indígenas, al igual que las castas, eran “una población abyecta y miserable”, cuya mayor dificultad era el estar destinados a vivir en la mayor pobreza por la escasez de medios para satisfacer sus mínimas necesidades.⁵⁵

Hacia mediados de siglo, el estado en que se encontraba el país era un problema terriblemente complicado, ya que los capitales estaban en quiebra, la industria y la agricultura sufrían un atraso de muchos años, el número de habitantes era escaso y la educación estaba poco difundida y como consecuencia de lo anterior, el pueblo estaba atacado por la miseria, la corrupción y el analfabetismo.⁵⁶

Los mexicanos debían aspirar a la conservación de la unidad nacional y al progreso social, ya que de otra manera no saldrían avantes de los graves conflictos que los aquejaban. Un elemento de suma importancia para lograr que México saliera adelante era la educación, ya que por medio de ésta, se formarían hombres progresistas, que promoverían el comercio, la agricultura, la minería y la navegación; además, habría orden y moralidad en el pueblo.⁵⁷

Para hablar de los cambios que trataron de implantarse en la enseñanza a partir de la independencia, debemos remontarnos a mediados del siglo XVIII, a raíz de las reformas borbónicas que trajeron diversas transformaciones, entre las que destacan la introducción de la filosofía moderna y el rechazo de la escolástica;

⁵⁴ Mariano Otero. *Ensayo sobre el verdadero estado de la cuestión social y política que se agita en la República Mexicana*, 2ª. ed., Guadalajara, 1952. p.49.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 50.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 98.

⁵⁷ Dorothy Tank de Estrada. “La educación en la nueva nación”, en *Historia de México Salvat*, México, Salvat, 1978. T. 9, p. 1982.

la creación de colegios y seminarios con programas de estudio novedosos, y la difusión del liberalismo español en materias sociales y económicas. Todo ello trajo consigo la formación de sacerdotes y bachilleres imbuidos de las nuevas ideas ilustradas. De este modo, los hombres que después llevarían a cabo la independencia, tenían una gran influencia del siglo de las luces, bajo el cual habían sido formados.⁵⁸

A partir de 1821, la función educativa en México estuvo íntimamente ligada al desenvolvimiento del país. Todos los pensadores de la época, cualquiera que fuera su inclinación política, estaban conscientes de la necesidad de extender la enseñanza de las primeras letras a todos los rincones de la nación. La fe en la educación y, por consiguiente, el logro de una ciudadanía instruida, fue el anhelo de los grupos dirigentes. Sin embargo, la marginación de los indígenas y el abandono que sufrían los pobres de las ciudades no pudo remediarse a pesar de las buenas intenciones, cobijadas en distintos proyectos de gobierno.⁵⁹

De cualquier manera, los hombres que tenían en sus manos los destinos de la patria estaban marcados por un espíritu ilustrado: creían firmemente en la necesidad de instruir a todos, de hacer llegar los más variados conocimientos por medio de escritos sencillos con la finalidad de entretener y enseñar. Educar se convirtió en una empresa nacional.⁶⁰

Desde que los estados comenzaron a organizarse después de la promulgación de la Constitución de 1824, las autoridades se preocuparon por los progresos de la instrucción primaria. Según explica Lorenzo de Zavala, se establecieron escuelas de primeras

⁵⁸ Enrique Florescano y Margarita Menegus. "La época de las reformas borbónicas y el crecimiento económico 1750-1808", en *Historia general de México...*, p. 427.

⁵⁹ Anne Staples. "Panorama educativo al comienzo de la vida independiente", en Josefina Zoraida Vázquez, *et. al.*, *Ensayos sobre historia de la educación en México*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1981. p. 119.

⁶⁰ Laura Suárez de la Torre. "Introducción", en Luis de la Rosa Oteiza. *Obras. Periodismo y obra literaria*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, 1996. p. 38.

letras en los pueblos en donde no había, aunque no era fácil encontrar maestros capaces y además, se enfrentaban a la escasez de libros elementales y la falta de un buen sistema.⁶¹

Un ejemplo de los afanes educativos de los nuevos gobiernos, lo constituyó la Compañía Lancasteriana que utilizaba el método de enseñanza mutua.⁶² Esta Compañía estableció corresponsales en las capitales de provincia para fundar escuelas y vigilar su funcionamiento, y tuvo la fuerza política necesaria para encargarse de la Dirección General de Instrucción Primaria para toda la república durante al presidencia de Santa Anna en 1842.⁶³

Según afirma José María Luis Mora, los colegios de primeras letras crecieron mucho a raíz de la independencia, ya que se crearon instituciones pedagógicas en haciendas, rancherías, villas, pueblos y ciudades, al menos para aprender a leer y escribir.⁶⁴ Sin embargo, la fundación de establecimientos escolares fue desigual. En el sureste y en la frontera norte, el método lancasteriano no fue adoptado en todos los nuevos centros docentes, y fue en el corazón del país en donde se tuvo un campo de acción más amplio.⁶⁵ A pesar de esto, no podía hablarse de un logro educativo en general.

Las novedades compitieron con los viejos patrones de la instrucción clerical. Las escuelas primarias estaban bajo su inmediata dirección y la enseñanza de las ciencias estaba enteramente en sus manos porque dirigían todos los centros educativos, a excepción del Colegio de Minería.⁶⁶ Junto a ello, florecieron en algunos lugares de la república los llamados institutos literarios que ocupaban el lugar de las universidades y

⁶¹ Zavala, *op. cit.*, t. 1, p. 294.

⁶² El sistema Lancasteriano funcionaba con alumnos avanzados que instruían grupos pequeños, primero en una materia, después en otra, según las aptitudes de cada niño. Permitía el aprendizaje de lectura, escritura, aritmética y doctrina cristiana durante el mismo día escolar. Cfr. Staples, *op. cit.*, p. 120.

⁶³ *Ibid.*, p. 121.

⁶⁴ Mora, *op. cit.*, p. 74.

⁶⁵ Staples, *op. cit.*, p. 121.

⁶⁶ Otero, *op. cit.*, p. 40.

en donde se enseñaba matemáticas, física experimental, dibujo y algunos elementos de griego.⁶⁷

En este panorama la educación parecía estar enfocada únicamente a los varones. Las cartas de la marquesa Calderón de la Barca parecen confirmar este hecho; en ellas explica que comparada con la instrucción que se impartía a las jóvenes en Inglaterra o Estados Unidos, la de México era de grandes contrastes y las mexicanas salían mal paradas. Para la autora no había ninguna escuela digna de tal nombre, aunque podían encontrarse algunos buenos maestros extranjeros.⁶⁸ El estado de la enseñanza femenina parecía contar con dos aliados poderosos: los padres, y en ocasiones el clero, que se oponían a que la mujer ampliara su cultura.⁶⁹

Sin embargo, había maestros a domicilio que proporcionaban fundamentos educativos a las capas más favorecidas de la sociedad, lo que hacía que aventajaran mucho a las alumnas de colegios privados o del ayuntamiento. Muchos de los profesores que impartían clases en casa eran extranjeros, como afirma madame Calderón, y enseñaban idiomas, pintura, baile, música y caligrafía.⁷⁰

Las niñas de los estratos populares tenían acceso a algunas escuelas públicas, pero éstas se abrían únicamente si alcanzaba el dinero y si ya existía un colegio para varones, es decir, no podía haber escuelas para mujeres si no había antes una para hombres. En cuanto a la educación superior, no se admitían señoritas, por lo que sólo podían continuar sus estudios con mentores

⁶⁷ Zavala, *op. cit.*, p. 171.

⁶⁸ Madame Calderón de la Barca. *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, 9ª. ed., México, Porrúa, 1990. pp. 167-168.

⁶⁹ A nivel político se consideraba indispensable dotar de mayores conocimientos a las futuras madres del país, aunque siempre con la certeza de que las mujeres no podrían igualar a los varones en el desempeño de sus carreras. De esta manera, no había peligro en educar a las niñas porque no desplazarían al hombre, así que a pesar de la renuencia de los padres para educar a sus hijas, se crearon escuelas para tal fin. Staples, *op. cit.*, p. 144.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 133.

particulares. Pocas veces seguían en la "amiga" después de los diez años de edad y a los catorce terminaban incluso sus clases de bordado y música. Por este motivo, la marquesa llegó a afirmar que aunque algunas niñas de familias acomodadas recibían instrucción por parte de sus padres, éstas eran una minoría y "era muy difícil encontrar media docena de mujeres que leyeran más de un libro al año".⁷¹

Que la docencia en México era incipiente lo demuestran las opiniones encontradas de los ideólogos de la época, ya que si bien algunos, como Mora y Zavala, destacaban los logros conseguidos, Alamán señalaba que el plan de estudios que regía a mediados del siglo XIX había tenido especial cuidado de excluir al clero de la enseñanza pública, y por la influencia de los principios de la convención francesa, se pensaba en formar únicamente abogados, médicos y naturalistas, y se multiplicaban los objetos pedagógicos aunque sin profundizar bien en ninguno. El historiador destacaba la necesidad de fomentar el estudio de las artes y la agricultura, materias para las cuales no se había formado ningún establecimiento.⁷²

Con las críticas y los panegíricos que se escribían en la época sobre el estado de la educación, se puede decir que durante las primeras décadas de vida independiente hubo muchos cambios y fue muy difícil unificar criterios para que se pudiera implantar un sistema que rigiera en todo el país. Cada presidente, cada ministro, cada rector de colegio y cada maestro tenían un método particular. De esta manera, los planes cambiaron constantemente, con el consiguiente descontrol que esto traía consigo. De cualquier manera, hubo innovaciones que llevaron a extender la enseñanza y la cultura a capas más amplias de la población, aunque sin perder de vista que siempre fue una elite la que recibió la instrucción más esmerada.

Baste señalar aquí el proyecto liberal llevado a cabo durante la administración de Valentín Gómez Farías en 1833. Dicho plan

⁷¹ Calderón, *op. cit.*, p.168.

⁷² Alamán, *op. cit.*, pp. 912-913.

representó una oportunidad para arrebatarse al clero la enseñanza e imponer al Estado como rector de la educación. Sin embargo, estas reformas se aplicaron un tiempo muy corto, ya que Santa Anna, al retomar la presidencia y darse cuenta del revuelo que causaron, consideró mejor dar marcha atrás y derogarlas, por lo que las cosas volvieron al estado en que se encontraban antes.⁷³

Si bien no se logró consolidar los proyectos relativos a la instrucción, no debemos perder de vista la intención de llevarla a todas las capas de la sociedad por medio de libros, periódicos y revistas, factores indispensables para la difusión de la cultura. Se crearon en las principales ciudades pequeños gabinetes de lectura en los que podían encontrarse novelas francesas, textos educativos, manuales técnicos, periódicos y diversos escritos de tipo religioso que eran puestos en renta para quienes querían acercarse al mundo de la letra impresa. La importación de libros en aumento, aunque era difícil de adquirir por su alto precio.⁷⁴

No obstante la inestabilidad en la época que se reseña, hubo personajes dedicados a la investigación histórica, al estudio de la filosofía y la contemplación de la naturaleza, aun sin tener la tranquilidad necesaria para llevar a cabo sus investigaciones. De cualquier manera, se empeñaron en una tarea útil para el país, al producir una serie de obras que demuestran el quehacer intelectual de las primeras décadas de vida independiente.⁷⁵

En cuanto a la producción literaria posterior al movimiento insurgente, tuvo una nueva expresión con la publicación de obras que hablaban sobre la historia de México. Surgió entonces la necesidad de una literatura nacional que intentó encontrar en el pasado la explicación de los acontecimientos y la justificación de sus proyectos. Lorenzo de Zavala, José María Luis Mora, Lucas Alamán, Mariano Otero, Carlos María de Bustamante y Melchor

⁷³ Hale, *El liberalismo...*, pp. 175-176.

⁷⁴ Mora, *op. cit.*, t. 4, p. 74.

⁷⁵ Julio Jiménez Rueda. *Letras mexicanas en el siglo XIX*, México, Coordinación de Difusión Cultural, Dirección de Literatura, Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad de Colima, 1998. p. 138.

Ocampo, por mencionar algunos, representan esta nueva generación de políticos, literatos e historiadores comprometidos con México.⁷⁶

En lo que se refiere a la publicación de obras de escritores mexicanos, el siglo XIX no fue especialmente propicio para la difusión de las letras, ya que los creadores no tenían recursos y les era muy difícil publicar sus obras. Por esta razón, el periódico fue el vehículo de divulgación más favorable para el narrador, y las asociaciones literarias que surgieron en esa época, el medio más adecuado para satisfacer las necesidades de los primeros representantes de la literatura nacional.⁷⁷ Casi todos los escritores decimonónicos tuvieron conexión con alguna de estas reuniones que tenían diversos nombres y en donde se comentaban sus obras. En dichas sociedades también se combinaban los intereses científicos, culturales y políticos.⁷⁸

Los centros del tipo que hemos mencionado no duraban mucho, pero a pesar de ello, hubo algunos como la Academia de Letrán y el Liceo Hidalgo, que se mantuvieron durante algunas décadas aunque con interrupciones. Del resto, muy pocas tuvieron una permanencia considerable.⁷⁹ Los creadores que pertenecían a alguna agrupación artística adquirían prestigio profesional e intelectual, que era aprovechado como propaganda de sus trabajos, además de ser el vehículo para obtener la aprobación de sus obras.

Fue necesario que pasaran algunos años para que surgiera la idea de buscar una independencia cultural, ya que la libertad política no fue suficiente para alcanzarla. Por mucho tiempo subsistieron reductos coloniales, y fue en la Academia de Letrán en donde se iniciaron los trabajos para lograrlo, aunque de manera paulatina. Los jóvenes escritores observaron la realidad y

⁷⁶ *Ibid.*, p. 103.

⁷⁷ Alicia Perales Ojeda. *Asociaciones literarias mexicanas. Siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, 1957. p. 16.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 12.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 15.

buscaron las bases para hacer creaciones autóctonas.⁸⁰ José Zorrilla afirmaba que esta academia fue “el verdadero punto de partida de lo que hoy puede llamarse literatura original mexicana”.⁸¹

El ideal patriótico de la Academia de Letrán coincidió felizmente con un sentimiento análogo en los grandes impresores del siglo XIX; entre ellos Mariano Galván, Ignacio Cumplido, José Mariano Lara y Vicente García Torres, se dieron a la tarea de editar lujosas revistas, periódicos, semanarios y calendarios, en cuyas páginas dieron oportunidad de expresión a nuestras plumas.⁸²

La actividad narrativa durante el siglo XIX estuvo acompañada de una amplia autorreflexión de quienes ejercieron el oficio de escribir, y sobre todo, resaltaron su utilidad e importancia para mejorar la sociedad, robustecer la opinión pública, afirmar la identidad y, con todo ello, fortalecer la conciencia nacional. Nuestros literatos decimonónicos, según expresa Ruedas de la Serna, “tuvieron clara conciencia de los valores intrínsecos de su arte y su oficio”.⁸³

En ese sentido, varios de los representantes de las letras mexicanas de entonces escribieron sobre el motivo y el sentido de la literatura. Dentro del gran proyecto civilizatorio en el que estaban comprometidos, apelaban a la creación de instituciones formadoras de nuevos artistas y estudiosos que el país requería con urgencia, y al fomento de la lectura mediante el establecimiento de escuelas, academias y bibliotecas públicas.⁸⁴

⁸⁰ *Ibid.*, p. 19.

⁸¹ José Zorrilla. *La flor de los recuerdos: ofrenda que hace a los pueblos hispano-americanos...*, México, Imprenta del Correo de España, 1855-1859. p. 419.

⁸² Jorge Ruedas de la Serna. “La novela corta de la Academia de Letrán”, en Celia Miranda Cárabes, *op. cit.*, p. 60.

⁸³ Jorge Ruedas de la Serna. “Presentación”, en *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, México, Coordinación de Humanidades, Dirección General de Publicaciones, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996. p. 8.

⁸⁴ *Ibid.*, p.9.

Por su parte, el periodismo, una vez consumada la independencia, tuvo un desarrollo paralelo al desenvolvimiento político del país. Surgieron publicaciones editadas por los representantes de distintas tendencias y en sus páginas convergieron los principales intelectuales del país. Fue en éstas en donde se desarrolló una creación literaria paralela a la actividad pública de sus principales colaboradores; en sus páginas escribían artículos, crónicas, comentarios, cuentos, poesías y noticias. La prensa mexicana decimonónica, podríamos afirmar, fue hecha por literatos.

El periodismo predominantemente político y polémico que distingue esta época —ligado al movimiento de los partidos o de las facciones— se prolongó incluso después de la aparición de las grandes empresas editoriales. Hasta antes de la Constitución centralista de 1836, la prensa nacional reflejó la pugna de las dos tendencias contrarias, que adoptaron diversas denominaciones: centralistas y federalistas, yorkinos y escoceses, liberales y conservadores, y un partido intermedio o moderado.⁸⁵ Más adelante surgieron diarios que alternadamente apoyaban o atacaban al gobierno, según fueran las simpatías del editor. De ahí que la libertad de imprenta haya sido un tema muy socorrido durante el siglo XIX. Lucas Alamán, por ejemplo, opinaba que ésta llevaría al caos. Francisco Zarco, por su parte, la defendía como un derecho del ciudadano y calificaba la censura de “verdadero ultraje a la razón”.⁸⁶ La polémica que suscitó fue ardua y los impresores y escritores sufrieron las consecuencias.

La prensa jugó un papel preponderante en la vida cultural del México de la época. Los pensadores de entonces tenían gran fe en ese medio impreso como un vehículo de información y cultura. Los periódicos y panfletos, así como las revistas literarias, tuvieron una mayor difusión que los libros, ya que su impresión

⁸⁵ Luis Reed Torres / María del Carmen Ruiz Castañeda. *El periodismo en México: 500 años de historia*, 3ª. ed., México, Edamex, 1995. p. 127.

⁸⁶ Francisco Zarco. “Libertad de imprenta”, en Boris Rosen (Comp.), *Francisco Zarco. Periodismo político y social*, México, Centro de Investigación Científica Ingeniero Jorge L. Tamayo A.C., 1989. p. 57.

era más fácil y rápida y su costo mucho más bajo. Al respecto Zavala decía de las publicaciones de la época que en ellas

los ciudadanos expresan sus resentimientos y sus opiniones, descubren su alma al intentar pintar la de otros, dan idea del estado de la civilización, de las costumbres y de la situación política del país, y conducen a fuerza de sacudimientos y del choque de intereses a resultados útiles a las siguientes generaciones.⁸⁷

En los periódicos editados en las primeras décadas del siglo XIX las noticias tenían un papel secundario y un espacio reducido, ya que se dedicaban a las crónicas de acontecimientos políticos, extranjeros y de diversos temas. Se insertaban afirmaciones comerciales y documentos oficiales. En lugares preferentes aparecían poemas, cuentos, estudios históricos y científicos, artículos y cuadros de costumbres y novelas por entregas o de folletín.⁸⁸ Los editores cedieron sus páginas a las nóveles plumas mexicanas y con el tiempo, desterraron los modelos extranjeros.

La prensa fue expresión de las ideas de la época, y baluarte de las diversas facciones, así como medio de difusión de la literatura nacional. Para dar idea de la importancia que tuvo en las primeras décadas de independencia, Francisco Zarco decía que

ella sostiene esa lucha entre el progreso y el retroceso, entre la libertad y la opresión[...] y los escritores que abrazan la causa del pueblo emprenden la noble tarea de ilustrarlo y prepararlo a todas las reformas sociales que procuran con calor. La prensa entonces es un arma terrible que arrebató a los tiranos sus secretos, que revela sus absurdos y destruye los errores.⁸⁹

Como puede apreciarse, durante la primera mitad del siglo XIX el país se enfrentó a una serie de cambios políticos y sociales

⁸⁷ Zavala, *op. cit.*, t. 1, p. 295.

⁸⁸ Martínez, *op. cit.*, p. 43.

⁸⁹ Francisco Zarco. "Influencia de la prensa", en Rosen, *op. cit.*, p. 173.

que transformaron poco a poco el panorama cultural. El interés por instruir al pueblo y la creación de una literatura verdaderamente nacional, que fuera fiel reflejo de los mexicanos, demuestran que el país adquiría una fisonomía propia y buscaba su camino.

En el desenvolvimiento de las letras decimonónicas, que pretendían afirmar la identidad y fortalecer la conciencia nacional, encontramos el germen de ese gran proyecto civilizador cuyo mayor anhelo era hacer de México una nación a la vanguardia de las grandes potencias mundiales. El estudio de su evolución durante las primeras décadas de vida independiente y lo que éstas reflejan, nos da la pauta para entender a la sociedad que se formó en un país que estrenaba su independencia y que vivía cambios constantes.

III. DEL DESENVOLVIMIENTO DE LA LITERATURA MEXICANA.

¿Qué sería un pueblo sin oradores y por lo mismo sin tribunas, sin púlpito, ni foro? ¿Qué sería un país sin poetas y en el que todos los espíritus fuesen incapaces de percibir las bellezas de la naturaleza, de pintar los delirios de la imaginación, las creaciones del genio, las turbaciones del corazón, los afectos y las pasiones de nuestra alma? ¿Qué sería, en fin, una sociedad sin anales ni recuerdos, sin historia ni tradiciones, sin ejemplos de virtud en lo pasado, sin entusiasmo por la gloria, sin esperanza de fama y sin deseo de celebridad para el porvenir?

Luis de la Rosa.⁹⁰

La dominación de España sobre las colonias americanas es un hecho que marcó su desenvolvimiento en todos los órdenes, que tuvo un significado especial en cuanto al desarrollo cultural de los países de Hispanoamérica, y si bien fue tardía la aparición de una literatura autóctona debido a las estrictas normas que privaban durante la época colonial —no hay que olvidar que a ello contribuyó la Inquisición, cuya labor se orientaba principalmente a censurar la importación y la lectura de libros prohibidos⁹¹— ésta se alimentó de las obras clásicas españolas que lógicamente fueron una fuerte influencia en América.

En la Nueva España, así como en el resto de Hispanoamérica, la manifestación más importante y original de las letras novohispanas fueron las crónicas de Indias, escritas por los conquistadores y por los vencidos, que querían dar noticia al

⁹⁰ Luis de la Rosa. "Utilidad de la literatura en México", en *Ateneo Mexicano*, Imprenta de Vicente G. Torres, México, 1844, t. I, p. 206.

⁹¹ Jean Franco. *Historia de la literatura hispanoamericana*, 5ª. ed., Barcelona, Ariel, 1975. p. 17.

mundo de los nuevos descubrimientos, y dejar su testimonio sobre lo ocurrido.

Los intelectuales que habitaban el Nuevo Mundo eran en su mayoría clérigos o pertenecían a los estratos sociales privilegiados; su educación había corrido a cargo de la Iglesia y su tradición literaria era clásica y española, por lo que aquellos que escribían, lo hacían de forma tradicional: elegías, romances, comedias o dramas religiosos. Los temas también eran convencionales: el idilio pastoril, el poema de amor, el soneto religioso. Por otra parte, no se podía importar ni publicar novelas, ya que, entre otros motivos, “los indios debían ser preservados de una literatura de ficción que podía hacerles concebir dudas acerca de las verdades religiosas”⁹², además de no presentarse el ambiente propicio para fomentar una nueva expresión literaria. De esta manera, la originalidad no se dio frecuentemente en los escritos anteriores a la independencia. No obstante esta situación, Juan Ruiz de Alarcón, Carlos de Singüenza y Góngora y Sor Juana Inés de la Cruz sobresalieron como representantes de la literatura novohispana.

Hacia mediados del siglo XVIII, el panorama cultural cambió; la clase culta, formada por criollos y mestizos, hombres de letras y de iglesia, se dio a la tarea de leer las obras de autores españoles y franceses, ya que por las ideas ilustradas del gobierno de Carlos III se produjo una considerable renovación intelectual y, por lo tanto, se relajaron las prohibiciones para la importación de libros a las colonias. Voltaire, Rousseau y Montesquieu eran leídos por curas de las aldeas, canónigos de provincia y los abogados de la capital. Los textos pasaban de mano en mano, aunque clandestinamente por la vigilancia que todavía ejercía el Santo Oficio. La lectura del francés se puso de moda y al finalizar el siglo había un clima propicio para que en la Nueva España se pusieran en práctica las ideas que estos autores exponían en sus obras.⁹³

⁹² *Ibid.*, p. 19.

⁹³ José Luis Martínez. *Unidad y diversidad de la literatura hispanoamericana*, México, Joaquín Mortiz, 1979. p. 85.

Ya desde fines del siglo XVIII los habitantes de la Nueva España, y de toda la América hispana, se daban cuenta de las disimilitudes que tenían con respecto a Europa: el clima, el paisaje, la fauna y la flora, el hombre americano eran distintos, y aunque las obras literarias todavía no producían un tipo diferenciado, ya había una conciencia de las discrepancias entre americanos y europeos.⁹⁴ La obra del jesuita Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México*, es una expresión de ese sentimiento, pues en ella exaltó la cultura nativa sobre la realidad hispana.⁹⁵

Es a partir del movimiento independentista cuando surgió la necesidad de buscar autenticidad en todas las manifestaciones literarias. Cuando la mayor parte de los países hispanoamericanos lograron la emancipación política, los intelectuales y escritores se dieron cuenta que en la mente de los habitantes de las nuevas naciones subsistían ataduras mentales en las que predominaba el espíritu colonial. Ante este hecho, apareció una generación de pensadores cuyo ideal era transformar esta mentalidad para alcanzar una "emancipación mental", que educase para la libertad y liberase a los americanos del despotismo del pasado.⁹⁶

Como reacción a este anhelo, España se convirtió en símbolo de todos los males, de atraso cultural y tiranía. Algunos países, entre ellos México, se empeñaron en realizar reformas sociales y políticas que llevaran a un orden social más avanzado y moderno; esta aspiración también estuvo imbuida de un antiespañolismo que para muchos redujo la obra de la madre patria en América a una sucesión de crímenes, codicia e ignorancia intelectual. Este sentimiento desató persecuciones políticas contra los españoles

⁹⁴ Jiménez Rueda, *op. cit.*, pp. 56-57.

⁹⁵ Clavijero fue expulsado, junto con otros padres de la Compañía de Jesús, por órdenes del rey Carlos III. En el caso de la Nueva España, abandonaron el territorio el 25 de octubre de 1767, lo que constituyó un trauma muy grande para todos aquellos que habían nacido y realizado su ministerio en territorio mexicano. Cfr. Jiménez Rueda, *ibid.*, pp. 35-43.

⁹⁶ *Ibid.*, p. 82.

residentes en este continente,⁹⁷ lo que se explica por el deseo de los habitantes de los países que habían conquistado su independencia, de alejarse de los cánones peninsulares para adquirir un rostro propio.

En este sentido, al hablar de la literatura mexicana de las primeras décadas de la centuria, Ruedas de la Serna dice que la fase de la cultura en formación de un pueblo puede compararse con la etapa de la adolescencia en la vida humana, durante la cual para afirmarnos a nosotros mismos, nos rebelamos contra nuestros padres. “Por ello, el discurso ideológico de la literatura mexicana, durante la primera mitad del siglo XIX, se propone, sobre todo, negar el pasado colonial.”⁹⁸

Esta reacción es resultado, además, de las rivalidades que existían entre criollos e hispanos, se remontaban a los primeros años que siguieron a la conquista, se habían acrecentado con el paso del tiempo y aumentado la inequidad entre ambos grupos, ya que los peninsulares tenían mayores oportunidades de trabajo y mejores cargos en el gobierno, lo que molestaba enormemente a los hijos de españoles nacidos en América, que se sentían con el mismo o mayor derecho para ocupar puestos públicos de importancia, precisamente por pertenecer a este suelo. El mestizo se unió a sus demandas de igualdad con respecto a los españoles, ya que sentía que al descender del conquistador y el indio, tenía aun mayores derechos sobre la propiedad de la tierra y el gobierno del país.⁹⁹

Como reacción ante el rechazo a lo español y el deseo de buscar la expresión de lo nacional, durante el primer tercio de la época decimonónica la literatura adquirió una intensa carga ideológica que la haría participar de manera sobresaliente en el complejo proceso de creación y difusión cultural. Los intelectuales

⁹⁷ *Ibid.* p. 87.

⁹⁸ Jorge Ruedas de la Serna. “Presentación”, en ***Historiografía de la literatura mexicana. Ensayos y comentarios***, Jorge Ruedas de la Serna (coord.), Seminario de Crítica Literaria, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, División de Estudios de Posgrado, 1996. p. 9.

⁹⁹ Jiménez Rueda, *op. cit.*, p. 83.

lucharon por establecer la existencia misma de la expresión literaria mexicana. Poetas, ensayistas, dramaturgos y novelistas se dieron a la tarea de cantar los esplendores de la naturaleza americana y a reproducir y explorar las peculiaridades del carácter y costumbres de sus habitantes, tal como lo proponía el movimiento romántico.¹⁰⁰

El romanticismo que se vivía entonces en México, no se circunscribía a una forma de expresión escrita. Según explica Julio Jiménez Rueda, se extendía a todas las actividades de la vida, era “una forma de interpretación que el hombre y la mujer del segundo tercio del siglo XIX le daban al fenómeno vital”.¹⁰¹

El ser humano buscaba su felicidad y para ello tenía la pretensión de romper con las trabas que se oponían a ella. Del mismo modo, los ideólogos también buscaban el bienestar de los pueblos y modificaban las leyes que impedían lograr este ideal. Por ello coincide con esta etapa una serie de revoluciones que exaltaban como dogma los derechos del hombre. En México específicamente, después del imperio de Iturbide, se iniciaron una serie de cuartelazos que caracterizarían casi todo el siglo XIX. Por lo tanto, el romanticismo, que era una manifestación del espíritu revolucionario, encajó perfectamente en la vida nacional de aquella época.¹⁰²

La división que se vivía en aquel tiempo abarcó todos los aspectos: así el político, como el religioso, social y cultural. Jiménez Rueda dice que “nunca la sociedad mexicana ha estado más dividida que en esta época en que se plantean problemas fundamentales para la vida del pueblo”,¹⁰³ porque los cambios

¹⁰⁰ José Luis Martínez, *Unidad y diversidad...*, p. 56. En cuanto al romanticismo, este movimiento comprendía una intensa subjetividad, la búsqueda de la originalidad, la fe en el genio nacional, la huida de la ciudad y el retorno al campo, la exploración de un mundo visionario de sueños, la ruptura con las normas morales y formales, la exaltación de la espontaneidad y el entusiasmo por la libertad. En Latinoamérica, las ideas que se impusieron de un modo más rápido fueron las de la originalidad y el genio nacional. Cf. *Idem.*, p. 95.

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 96.

¹⁰² *Ibid.*, p. 99.

¹⁰³ *Ibid.*, p. 101.

políticos, así como los enfrentamientos de las distintas corrientes de pensamiento que más adelante llevarían a la polarización entre liberales y conservadores, se vieron reflejados en la producción literaria. Ahora bien, el romanticismo no se apoderó totalmente de todas las obras elaboradas entonces, ya que un grupo de escritores mantuvo la tradición clásica, generalmente los que habían realizado sus estudios en los seminarios y leían a los poetas de los siglos de oro españoles.¹⁰⁴

La novela empezó a cobrar auge como un modo de reflejar las costumbres de la época, especialmente la histórica, que era considerada por muchos escritores como el instrumento ideal para inculcar un sentido de orgullo nacional, y así, establecer normas y crear tradiciones. Como es lógico, la independencia ofreció a los habitantes de la nueva nación un motivo de búsqueda de identidad.

Cabe recordar que durante la época colonial casi no se produjeron obras narrativas de imaginación, y las venidas del extranjero eran escasas. No hay ninguna huella de que se haya escrito y publicado una novela. Jiménez Rueda atribuye esto a lo difícil que era la publicación de libros profanos en una sociedad devota. El material de impresión era muy costoso para arriesgarse a publicar obras que iban a llegar a muy pocos lectores, además de conocer los peligros de la censura.¹⁰⁵

Según opinan diversos estudiosos, el verdadero iniciador de este género en Latinoamérica¹⁰⁶ fue el mexicano José Joaquín

¹⁰⁴ Tal es el caso de José Justo Gómez de la Cortina y José Joaquín Pesado, por citar algunos.

¹⁰⁵ Jiménez Rueda, *op. cit.*, p. 108.

¹⁰⁶ Hay quien considera que los inicios novelísticos de México fueron con Bernardo de Balbuena y su novela *El siglo de oro en las selvas de Erifile* (1607), obra de corte pastoril que intercala el verso y la prosa. Por otra parte, José Luis Martínez y Ralph Warner sostienen que hay dos pronovelas: *Los sirgueros de la virgen sin original pecado*, obra de Francisco Bramón, publicada en 1620; y *La portentosa vida de la muerte*, escrita por fray Joaquín Bolaños (1792). Sin embargo, ambas obras son escritas con fines catequizantes como tantos que se publicaron durante la época colonial. Cf. Óscar Mata. *La novela corta mexicana en el siglo XIX*,

Fernández de Lizardi, que en 1816 comenzó a publicar en folletos por entregas *El Periquillo Sarniento*, de la que salieron tres tomos. El cuarto, y último, no vio la luz por la censura, ya que las ideas que contenía la obra no fueron bien vistas por el gobierno colonial.¹⁰⁷ Ésta es una novela picaresca¹⁰⁸ según los modelos españoles, pero al mismo tiempo, una vasta descripción de la sociedad de su tiempo, es decir, una galería costumbrista.¹⁰⁹

No es casual que esta primera novela mexicana coincidiera con la aspiración de la independencia política. Los habitantes de México ya podían encontrar tipos que pensaban, actuaban y reaccionaban de forma distinta a los europeos, y apareció entonces el primer personaje con características nacionales que hizo acto de presencia en una obra de ficción. No era el taimado español ni el indio, sino el mestizo que quería decir lo que era y lo que pensaba. La novela de Fernández de Lizardi en sí es una obra picaresca, sin embargo, la influencia del romanticismo se deja sentir por su anhelo de libertad, su aspiración nacionalista y su afán de pintar una sociedad diferente de la peninsular.¹¹⁰

El tipo de narración que inició en Hispanoamérica Fernández de Lizardi, no tuvo continuadores de valía hasta la aparición de *El pistol del diablo*, de Manuel Payno. Sin embargo, el deseo de muchos escritores de la época de incursionar en el género que nos ocupa se puso de manifiesto en los relatos breves, inspirados en los ideales románticos, que, a su vez, influyeron en la novela

México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Programa Editorial, 1999. pp. 25-26.

¹⁰⁷ Jefferson Rea Spell. "Prólogo", en José Joaquín Fernández de Lizardi. *El Periquillo Sarniento*, 24ª. ed., México, Porrúa, 1999. p. V.

¹⁰⁸ La picaresca, género español, trataba tradicionalmente de las aventuras de personajes de condición modesta que llevan una vida parasitaria respecto a la sociedad. Por lo común la novela picaresca es una historia de degradación y arrepentimiento. Cf. Franco, *op. cit.*, p. 46.

¹⁰⁹ La denominación de "costumbrismo" suele reservarse a las derivaciones latinoamericanas —que comenzaron a aparecer hacia 1840— de los "cuadros de costumbres" que popularizó en España Ramón Mesonero Romanos una década antes, aunque el costumbrismo, modalidad del realismo español, se cultivaba profusamente en España, ya como género, desde principios del siglo XVII. Cf. Martínez, *op. cit.*, p. 37.

¹¹⁰ *Idem.*

histórica y la de costumbres. La primera se inspiraba en la época colonial o en la lucha por la independencia. Por lo que concierne a la segunda, el “color local” que tanto anhelaron los representantes del romanticismo influyó en ese tipo de narraciones cuyos autores buscaron la inspiración, lógicamente, en el campo.¹¹¹

El “cuadro de costumbres” se ajustó muy bien a la descripción literaria de las entidades latinoamericanas más evolucionadas, a mediados del siglo XIX, en las que se habían fijado usos cotidianos y tipos populares. Los costumbristas describían una sociedad en transición, en la que, aunque subsistían moldes y usos coloniales en las clases altas, dejaban ver los conflictos y desigualdades que se habían hecho patentes a raíz de la independencia.¹¹²

Pero si volvemos a los románticos, éstos tenían un acendrado sentimiento de moralidad pública, que provenía de su republicanismo. Como ejemplo podemos mencionar a Ignacio Rodríguez Galván, de quien Altamirano dice: en sus dramas es “como esos pintores que no hacen más que disfrazar en sus cuadros históricos, con trajes antiguos, retratos contemporáneos.”¹¹³ Y este recurso podría atribuirse a esta corriente literaria en general. La novela histórica, en particular, recreaba escenarios coloniales a los que trasladó tipos y personajes que más parecen contemporáneos de sus autores. Por lo mismo, estas obras constituyen preciosos y ricos materiales para comprender ese periodo de sedimentación de la cultura nacional.¹¹⁴

A lo largo de todo el siglo XIX tanto los grupos conservadores como los liberales veían la literatura como un medio noble y eficaz

¹¹¹ *Ibid.*, p. 111-112.

¹¹² *Idem.*

¹¹³ Vid. Ignacio M. Altamirano, “Ignacio Rodríguez Galván (Apuntes biográficos)”, en Ignacio Rodríguez Galván, *Poesía...*, México, Librería La Ilustración, 1855, pp. 5-9, *apud* María del Carmen Ruiz Castañeda, “Estudio preliminar” a *El Recreo de las Familias*, ed. facsimilar y estudio preliminar de María del Carmen Ruiz Castañeda, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995. p. XXXI.

¹¹⁴ Ruedas de la Serna, *op. cit.*, p. 11.

de instruir a la sociedad; debían inspirarse en la historia patria, recrear los elementos del paisaje nacional y los tipos de la sociedad mexicana, además de cuidar la autenticidad de los sentimientos expresados y la corrección del lenguaje y el estilo.¹¹⁵

Ahora bien, existe la duda acerca del nacimiento de las letras mexicanas como tales. Para algunos, como Tadeo Ortiz de Ayala, sus orígenes se remontan a la poesía prehispánica.¹¹⁶ El Conde de la Cortina, en cambio, decía en 1843 que la juventud sería la “fundadora de nuestra literatura”¹¹⁷, lo que indica que para él, ésta todavía no existía y apenas estaba en formación.

El antiespañolismo a que se ha hecho referencia, queda de manifiesto en las críticas que se hacían a la época colonial y a los españoles, que no habían sido sino “tiranos orgullosos” y los mexicanos unos “esclavos envilecidos”. Por este motivo, bajo el gobierno colonial, los novohispanos “eran como extranjeros y estaban como desterrados en su propio país”. Así, y según los criterios de Luis de la Rosa, las letras nacionales comenzaron a escribirse realmente a partir de la guerra de independencia, cuando “se concibió la esperanza de tener una patria”.¹¹⁸

Por su parte, Guillermo Prieto decía que en la época colonial no hubo verdadera literatura porque la sociedad era sólo una “fracción degradada” de la española y al carecer de libertad política e intelectual, no podía haber creación literaria.¹¹⁹ La base

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 16.

¹¹⁶ Tadeo Ortiz de Ayala. “De los beneficios del cultivo de las ciencias y las artes”, en **México considerado como nación independiente y libre o sean algunas indicaciones sobre los deberes más esenciales de los mexicanos**, Burdeos, 1832, en *La misión...*, *op. cit.*, p. 40.

¹¹⁷ José Justo Gómez de la Cortina. “Sobre la colección de las mejores producciones científicas y literarias de nuestros poetas y de nuestros prosistas modernos, proyectada por Ignacio Cumplido”, en “El Zurriago”, **El Siglo Diez y Nueve**, 2ª. Época, II, trim. I (27 mayo 1843), en *La misión...*, *op. cit.*, p. 56.

¹¹⁸ Luis de la Rosa, “Utilidad de la literatura en México”, en **Ateneo Mexicano**, México, Imprenta de Vicente G. Torres, 1844, vol. I, p. 210, en *ibid.*, pp. 98-99.

¹¹⁹ Guillermo Prieto. “Algunos desordenados apuntes que pueden considerarse cuando se escriba la historia de la bella literatura mexicana”, en **El Museo Mexicano o miscelánea pintoresca de amenidades curiosas e instructivas**, t. IV (1844). pp. 354-360, en *La misión...* *op. cit.*, pp. 111-112.

de las letras nacionales se daría, según Prieto, hasta el establecimiento de la Academia de Letrán en 1836.¹²⁰

Francisco Zarco señalaba que la expresión literaria nacional todavía no existía como tal, y que tendría la oportunidad de surgir en el Liceo Hidalgo¹²¹, ya que antes de eso no podía hablarse de ella sin caer en “arranques de patriotismo” que causaban que los literatos se creyeran dignos de “grande estimación” y dejaran de trabajar y estudiar.¹²² Para Zarco no había existido literatura mexicana durante la Colonia y visto el progreso alcanzado, México había avanzado rápidamente en su cultivo, aunque faltaba mucho camino por recorrer y el Liceo sería un sitio apropiado para su desenvolvimiento.¹²³

Ahora bien, puede decirse que este desarrollo se vio interrumpido durante la guerra de independencia y los años inmediatamente posteriores a ésta, ya que un ambiente lleno de conflictos no era el más apropiado para la creación.¹²⁴ Al respecto, Guillermo Prieto afirma que

ni por los antecedentes, ni por las circunstancias en que México se hallaba en 1821, era época oportuna para la creación de una literatura nacional, porque la literatura de un pueblo no puede ser obra de un hombre, ni de determinado número de años, y en las sociedades modernas [...] para que una literatura adquiriera un tipo especial, es forzoso que las producciones de otros países se modifiquen, se aclimaten, y por una sucesión de trabajos, se transformen y conviertan en literatura característica de un pueblo.¹²⁵

¹²⁰ *Ibid.*, p. 123.

¹²¹ Francisco Zarco. “Discurso sobre el objeto de la literatura”, en *La Ilustración Mexicana*, México, 1851, t.I, pp. 161-168, en *La misión...*, p. 173.

¹²² Francisco Zarco. “Estado de la literatura en México”, en *La Ilustración Mexicana*, publicada por Ignacio Cumplido, t. III, México, 1852, pp. 5-8; en *La misión...*, 175.

¹²³ *Ibid.*, p. 179.

¹²⁴ Celia Miranda Cárabes. “Estudio preliminar”, en *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1985. p. 16.

¹²⁵ Prieto, *op. cit.*, p. 119.

De esta manera, por la difícil situación que se vivía en México, hubo un vacío entre las primeras producciones novelísticas de Fernández de Lizardi, que además de *El Periquillo...*, escribió *Noches tristes y día alegre* (1818-1819), *La Quijotita y su prima* (1819) y *Vida y hechos del famoso caballero Don Catrín de la Fachenda*,¹²⁶ y las posteriores novelas cortas que comenzaron a aparecer a partir de 1836, sobre todo en periódicos y revistas literarias.

Fue precisamente en 1836 cuando “cuatro individuos —Juan y José María Lacunza, Manuel Tossiat Ferrer y Guillermo Prieto— sin más auxilio que el de dios (sic), sin otro estímulo que procurar esa nueva era de una literatura del país”¹²⁷, fundaron la Academia de Letrán. Proyecto exitoso que duró hasta la década de los cincuentas y en el que convergieron talentos como Ignacio Rodríguez Galván, Fernando Calderón, José María Lafragua, Eulalio Ortega, Joaquín Navarro, Manuel Payno y Andrés Quintana Roo, quien fue designado presidente por su prestigio político y literario.¹²⁸ *El Año Nuevo. Presente Amistoso* fue el órgano de publicidad de las obras producidas por los escritores de dicha Academia, que según afirma José Zorrilla, mantuvo correspondencias en varios estados del país, lo que habla de su gran importancia como medio para difundir las letras de la época.¹²⁹

El propósito inicial de la Academia, que era encauzar y divulgar la obra de sus miembros, se enriqueció después con la idea de formular un programa de emancipación y de democratización de los estudios literarios. María del Carmen Ruiz Castañeda afirma que una consecuencia de esto fue propiciar el encuentro de dos promociones poéticas: la vieja guardia de formación académica y la juventud de tendencia romántica, hasta

¹²⁶ Jefferson Rea Spell. “Prólogo”, en José Joaquín Fernández de Lizardi, *Don Catrín de la Fachenda*, 11ª. ed., México, Porrúa. 1998. pp. vii-xix.

¹²⁷ Prieto, *op. cit.*, p. 123.

¹²⁸ Jorge Ruedas de la Serna. “La novela corta de la Academia de Letrán”, en Celia Miranda Cárabes, *op. cit.*, p. 59.

¹²⁹ José Zorrilla. *La flor de los recuerdos: ofrenda que hace a los pueblos hispanoamericanos*, México, Imprenta del Correo de España, 1855-1859. p. 423.

desembocar en la llamada escuela ecléctica mexicana,¹³⁰ lo que nos habla de un ambiente literario variado y rico en todos aspectos.

No hay datos muy precisos acerca de la duración que tuvo la Academia de Letrán, pero se sabe que las reuniones seguían celebrándose hasta 1856, aunque con suspensiones. Se cree que sus actividades se debilitaron hacia 1847, por la guerra contra los Estados Unidos.¹³¹

A imitación de esa asociación surgieron otras como el Liceo Hidalgo que se fundó en 1849 y tenía el propósito de continuar con la labor que había llevado a cabo la Academia de Letrán en beneficio de la cultura en México. Su influencia se extendió, con algunas interrupciones, hasta el último tercio del siglo XIX.¹³² La *Ilustración Mexicana* fue su órgano informativo; el Liceo contó entre sus primeros miembros con Francisco Granados Maldonado, Félix María Escalante, Francisco González Bocanegra, Francisco Zarco y Marcos Arróniz.¹³³ De esta asociación "patriótica y franca en que la inteligencia es el vínculo de unión y de amistad entre la juventud ansiosa de ser útil al país", saldría, según Zarco, una expresión propia de la que los mexicanos podrían enorgullecerse.¹³⁴

Ahora bien, en este panorama tienen una importancia fundamental las llamadas revistas literarias que llenan casi todo el siglo XIX.¹³⁵ De éstas, se puede decir que significaron la oportunidad para muchos nóveles escritores de darse a conocer y contar con un medio de difusión de sus incipientes obras. Además de los temas propios de la literatura, estas publicaciones incluían

¹³⁰ Ruiz Castañeda, *op. cit.*, p. xv.

¹³¹ Ruedas de la Serna. "La novela corta...", pp. 60-61.

¹³² Alicia Perales Ojeda. *Asociaciones literarias mexicanas. Siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Imprenta Universitaria, Centro de Estudios Literarios, 1957. p. 89.

¹³³ Miranda Cárabes, *op. cit.*, p. 39.

¹³⁴ Francisco Zarco, "Discurso sobre el objeto...", p. 173.

¹³⁵ *El Iris* fue la primera de dichas revistas. La fundó y dirigió el cubano José María de Heredia en 1826. Más adelante publicó *La Miscelánea* (1829) y la revista *Minerva* de Toluca.

en sus páginas muchos otros artículos de interés, lo que las llevó a tener gran aceptación entre el público lector. Su material consistía en poesías, biografías de personalidades políticas, artículos de carácter histórico o científico y en ocasiones litografías de figurines de París o Madrid. En un principio se traducían artículos extranjeros que fueron sustituidos progresivamente por biografías y ensayos sobre temas nacionales.¹³⁶

El Año Nuevo, ya mencionado anteriormente, contó con muchos escritores importantes que dejaron escritas entre sus páginas varias novelas cortas, entre las que destacan *Netzula*, de José María Lacunza; *El Criollo*, de José Ramón Pacheco; *La hija del Oidor*, *La procesión* y *Manolito el Pisaverde*, de Ignacio Rodríguez Galván; *María*, de Manuel Payno; *El Inquisidor de México* y *El amor frustrado*, de José Joaquín Pesado.¹³⁷ Esta publicación es especialmente importante porque fue la que inauguró el primer romanticismo mexicano, y la primera dedicada totalmente a la literatura.¹³⁸

Para hacernos una idea del panorama editorial de ese género de revistas, mencionaremos los proyectos más importantes de la capital y del resto de la República. Publicaciones impresas en la Ciudad de México fueron *El Mosaico Mexicano*, revista ilustrada que presentaba muchas reproducciones de artículos extranjeros, publicada de 1837 a 1842 y editada por Isidro Rafael Gondra; *Calendario de las Señoritas Mexicanas*, revista ilustrada dedicada a las damas mexicanas, de 1838 a 1841, y 1843, editada por Mariano Galván¹³⁹; *El Recreo de las Familias* (1838), cuyo editor

¹³⁶ Martínez, *La expresión...*, p. 380. El sistema de distribución de las revistas literarias era muy común en la época: suscripciones renovables a un número determinado de entregas periódicas, usualmente dotadas de foliatura progresiva y encuadrenables en volúmenes homogéneos que, por su formato y marquetación, diferían poco de los libros comunes. Cfr. Ruiz Castañeda, "Estudio preliminar" en *El Recreo...*, p. xxxix.

¹³⁷ Miranda Cárabes, *op. cit.*, pp. 43-44.

¹³⁸ Ruiz Castañeda, "Estudio preliminar", en *El Recreo*, p. xxi.

¹³⁹ Los esfuerzos por hacer de los *Calendarios* la lectura preferida por las damas resultaron infructuosos. El editor se quejaba insistentemente de la indiferencia femenina y de la escasez de suscripciones. Cfr. *ibid.*, p. xxvi.

fue Ignacio Rodríguez Galván; *El Museo Popular*, periódico de ciencias, literatura y artes, publicado en 1840, impreso por J. Ojeda; *El Museo Mexicano*. Miscelánea pintoresca de amenidades curiosas e instructivas de publicación semanal, que se publicó de 1843 a 1845 y sucesor de *El Mosaico*, editado por Ignacio Cumplido, en el que colaboraron varios de los miembros de la Academia de Letrán; *El Liceo Mexicano*, revista ilustrada con bellas litografías, editada por José Mariano Lara en 1844; *El Ateneo Mexicano*, también de ese año, órgano de la agrupación literaria del mismo nombre, editada por Vicente García Torres; *Revista Científica y Literaria de México* (1845-1846), publicación ilustrada con litografías, a cargo de los antiguos redactores del *Museo*; *Presente Amistoso Dedicado a las Señoritas Mexicanas*, del que se publicaron tres volúmenes en 1847, 1851 y 1852, editada por Cumplido; *El Álbum Mexicano*, revista semanal editada por Cumplido en 1849; *La Semana de las Señoritas Mexicanas* (1850-1853), revista dedicada a la mujer mexicana, editada por Juan R. Navarro, y *La Ilustración Mexicana*, revista editada por Ignacio Cumplido de 1851 a 1855, órgano de difusión del Liceo Hidalgo dirigido por Francisco Zarco.¹⁴⁰

En cuanto a las revistas editadas en el interior de la república, podemos mencionar el *Registro Yucateco*, revista quincenal de Yucatán, publicada de 1845 a 1847 y en 1849, fundada por Justo Sierra O'Reilly ; *El Mosaico* publicada en Mérida (1849-1850), órgano de la Academia de Ciencias y Literatura de aquella capital, y *El Ensayo Literario*, de Guadalajara (1850-1852), órgano de la Falange del Estudio de la capital jalisciense.¹⁴¹

Los Calendarios, Años Nuevos, Almanagues y Presentes Amistosos fueron muchos más que los arriba mencionados, pero para nuestros intereses éstos son los más importantes, ya que en ellos se publicaron algunas de las novelas románticas, de las que nos ocuparemos en párrafos posteriores. Los editores competían

¹⁴⁰ Miranda Cárabes, *op. cit.*, pp. 44-50.

¹⁴¹ José Luis Martínez. "México en busca de su expresión", en *Historia General de México...*, pp. 725-726.

entre sí para ofrecer la publicación más amena o graciosa, o la mejor impresa. Estas revistas tenían una periodicidad variable.¹⁴²

El ideal instructivo y patriótico que caracterizó la producción literaria de la primera mitad del siglo XIX, queda de manifiesto por principio en los títulos con que las bautizaron. Los adjetivos “nacional” y “mexicano” comienzan a acompañarlas; asimismo, en los prólogos aparece el afán pedagógico tan recurrente entre los editores de esas publicaciones, en los que se dice que la educación “es la base sobre que debe apoyarse la paz y el bienestar de la nación”.¹⁴³

El anhelo de nacionalizar la literatura se refleja de manera patente en la introducción de *El Mosaico Mexicano*, en la que se habla de los jóvenes que van a “celebrar con sus versos las glorias de su país”. Los redactores también explicaban los temas predominantes de la revista: las ciencias, las artes, los sucesos históricos, los discursos literarios sobre cuestiones célebres, las biografías de mexicanos ilustrados y “todo género de amenidades”.¹⁴⁴

El afán de estas publicaciones era hacer llegar a un público más amplio una “instrucción variada y de grande utilidad, sin tener que sufrir el fastidio y trabajos consiguientes a un estudio

¹⁴² Martínez. *La expresión...*, p. 380-381.

¹⁴³ “Introducción”, en *Revista Científica y Literaria de México*, publicada por los antiguos redactores del “Museo Mexicano”. [Editores: Manuel Payno y Guillermo Prieto], Imprenta de la “Revista Científica” a cargo de Manuel Gallo, México, t. 1, 1845. En cuanto a la mujer, “esa hermosa y encantadora mitad del género humano” podría leer las novelas publicadas en las revistas con total confianza, ya que los editores siempre respetarían “la moral y la decencia”. Los redactores de *El Museo Popular*, por su parte, dedicaban los ejemplares a los hombres “deseosos de que se propaguen los conocimientos útiles, de que campee la razón sin obstáculos, finalmente de que se funde nuestra felicidad pública por la mano robusta de la sabiduría”. *El Museo Popular*. Periódico de ciencias, literatura y artes. Impreso por J. Ojeda, Escalerillas núm. 2, México, 1840.

¹⁴⁴ “Advertencia preliminar”, en *El Mosaico Mexicano ó Colección de amenidades curiosas é instructivas*. [Editor: Isidro Rafael Gondra] Director: Victoriano Roa. Impreso por Ignacio Cumplido, calle de los Rebeldes núm. 2, México, t. 2, 1837.

serio y prolongado.”¹⁴⁵ Así, el *Liceo Mexicano* quería llegar a un público que no había podido dedicarse al “cultivo de su entendimiento”, y que al leerla tendría información sobre las biografías de hombres célebres, “sobre todo mexicanos”, y trabajos sobre historia de México.¹⁴⁶

Las revistas literarias, como podemos apreciar, fueron un medio para difundir la literatura y pretendían llegar a un público más amplio que el que compraba libros, ya que eran de costo más bajo debido a que eran por entregas y, de ese modo, de más fácil acceso. Por las dificultades que implicaba ofrecer a los lectores las obras de los escritores incipientes, fue más sencillo para éstos darse a conocer por medio de las ediciones periódicas, y también en la prensa, medio de difusión que jugó un papel determinante en la vida cultural del México decimonónico.

Ahora bien, en cuanto a las novelas, que en sus inicios —exceptuando las obras de Fernández de Lizardi— fueron narraciones cortas, tuvieron gran auge sobre todo entre 1835 y 1850, y aparecieron alrededor de noventa en los periódicos y revistas literarias más importantes.¹⁴⁷

Las novelas cortas —o “novelitas”, como eran llamadas por sus contemporáneos— fueron cultivadas con agrado por los escritores de México y recibidas con simpatía por el público. El contenido de éstas, de carácter histórico, costumbrista, del vivir cotidiano, y de énfasis sentimental, así como, ocasionalmente, de tema indígena, son una fuente documental para el conocimiento de la evolución literaria mexicana a partir de su independencia.¹⁴⁸ No es gratuito que las primeras obras de ficción escritas en el país hayan tenido como tema el pasado, ya que esto denota el interés por exaltar un pretérito glorioso y, de esta manera, dar sustento al presente.

¹⁴⁵ “Introducción”, en *El Liceo Mexicano*, Imprenta de José Mariano Lara, calle de la Palma núm. 4, México, t. I, 1844.

¹⁴⁶ *Idem*.

¹⁴⁷ Mata, *op. cit.*, p. 30.

¹⁴⁸ Miranda Cárabes, *op. cit.*, p. 51.

Aunque la producción literaria de la primera mitad del siglo XIX no sea especialmente abundante, su variedad es importante, ya que todos los autores poseen cualidades distintivas. La experimentación puso los fundamentos para el ulterior cultivo del género.¹⁴⁹

La nación trataba de encontrar su camino, lo mismo que su novelística. De esta manera, según John Brushwood,

la novela de la primera mitad del siglo XIX no es sólo un buen reflejo de la nación, sino que es la conciencia que está tratando de señalar el camino al sentido común y a la visión de la independencia.¹⁵⁰

El estudio de estas primeras obras mexicanas de ficción, como hemos visto, nos lleva a entender mejor la época en que fueron escritas, y además, nos proporciona un medio muy importante para conocer las costumbres, la ideología, y la mentalidad de aquella época —según sus autores— tan rica en acontecimientos que cambiaron la fisonomía del país y marcaron nuestra historia.

Si bien en las primeras décadas del siglo XIX no se dio una gran novela, o destacó un gran escritor, sí se formó una generación que más adelante daría lustre a las letras nacionales. Así también, se sentaron las bases de una literatura nacionalista cuyo ideal de ilustrar al pueblo y llegar a capas más amplias de la población nos habla de los afanes por encontrar los lazos de unión que eran tan importantes en esos momentos.

México, país de múltiples almas y distintos rostros, que aún busca su camino, se ve reflejado en su literatura, tanto como en sus documentos históricos. De ahí que el análisis de algunas de las "novelitas" escritas en esa etapa incipiente de las letras nacionales nos den indicios del pensamiento y las costumbres de la época que se estudia.

¹⁴⁹ Brushwood, *op. cit.*, p. 169.

¹⁵⁰ *Ibid.*, p. 170.

IV. LOS AUTORES DE LAS NOVELAS CORTAS

La misión del escritor, y especialmente la del poeta, es eminentemente civilizadora: y ellos son los que deben decir y hacer comprender a los pueblos, en vez de excitar los malos instintos de la perversidad humana, que Dios ha dado a los hombres la palabra para explicarse y la razón para comprenderse, y no los dientes y las uñas como a los brutos para devorarse.

José Zorrilla.¹⁵¹

En el México postindependiente existían muchos problemas, a los que ya nos hemos referido. Sin embargo, al mismo tiempo que el país se enfrascaba en luchas por el poder político, se desarrollaba una vida cultural muy rica y se creaba paulatinamente la literatura nacional.

Los responsables del cambio cultural que se dio en México en el siglo XIX fueron los miembros de las “minorías rectoras”, como las llama Luis González¹⁵², mismas que estaban formadas por intelectuales quienes también fungieron en la administración pública nacional. Las generaciones que conformaron estos primeros escritores comienzan con Fernández de Lizardi, nacido en el último cuarto del siglo XVIII, y se enlazan con aquellos que nacieron en los albores del siglo XIX y hasta los años veinte de la misma centuria. Como podemos ver, estos literatos ocupan un periodo muy importante de la historia de México, lleno de cambios y novedades. Hay, como se puede apreciar, un salto generacional entre el primer escritor mencionado y los que le suceden, y esto se debe a que, como ya hemos indicado antes, después de las

¹⁵¹ Zorrilla, *op. cit.*, p. 529.

¹⁵² Luis González y González. *La ronda de las generaciones*, México, Secretaría de Educación Pública, 1984. p. 5.

novelas del *Pensador mexicano*, pasaron algunos años para que el género se cultivara nuevamente.

Los escritores tema de nuestra investigación son: José María Lacunza, Manuel Payno y Guillermo Prieto nacidos en la ciudad de México; José Ramón Pacheco, nativo de Guadalajara, al igual que Fernando Calderón; José Joaquín Pesado, poblano; Ignacio Rodríguez Galván, hidalguense; Juan N. Navarro y Ramón Isaac Alcaraz oriundos de Michoacán. De Domingo Revilla y Francisco Campero no hay datos sobre su lugar de origen, aunque se sabe que hicieron su carrera literaria en la ciudad de México.

La mayoría de los autores mencionados pertenecieron a alguna asociación literaria o científica, además de colaborar para distintos periódicos. Casi todos realizaron estudios superiores, con la excepción de Payno y Rodríguez Galván, y ocuparon puestos públicos en distintos gobiernos, ya fueran de tendencias conservadoras o liberales. Esta actividad política les valió a los escritores la crítica de Zorrilla, quien decía que en México no había escritores “de fe y de independencia que hacen su profesión de las letras”, sino únicamente hombres “de talento literario positivo, pero que aplicándole a la política, ganan por él merecida consideración y acomodada posición social”.¹⁵³

Algunos de nuestros autores no escribieron más de una novela corta, como es el caso de José Ramón Pacheco y José María Lacunza, con sus obras *El criollo* y *Netzula*, respectivamente, pero, al igual que los otros autores que nos ocupan, compusieron poesía y diversos ensayos a lo largo de su vida.

La mayoría de los escritores mencionados pertenecieron a los hombres de letras que en el siglo XIX ejercieron la actividad literaria en todas sus facetas y desde todas las trincheras: la poesía, la novela, el cuento, el teatro, la crónica y el ensayo periodístico, los textos de viajes, las memorias y la historia. La literatura era vista por estos autores como un servicio a la nación:

¹⁵³ Zorrilla, *op. cit.*, p. 431.

un vehículo para modificar las costumbres, los hábitos mentales y los valores de los mexicanos.¹⁵⁴

Como ya se mencionó anteriormente, después de Fernández de Lizardi no se escribieron novelas sino hasta la aparición de las revistas literarias que contenían este tipo de narraciones. Un ejemplo de ello es el *Año nuevo. Presente amistoso*, que salió durante los años de 1837 a 1840. De éstos, el primer volumen contenía varias novelas escritas por los miembros de la Academia de Letrán, que así inauguraban las primeras letras nacionales. De los ejemplares de la revista mencionada, los de 1838 y 1839 abrigaban, según Guillermo Prieto “composiciones realmente notables por su belleza y corrección.”¹⁵⁵

En sus *Memorias de mis tiempos*, Guillermo Prieto describe físicamente a algunos de nuestros escritores, lo que nos ayuda a imaginar cómo eran ellos. De Manuel Payno dice que era listo, travieso, buen jinete y rendido con las damas. La inventiva era su fuerte: “transformaba un traje, sugería un peinado, y se creaba recursos, porque los de su buen padre eran escasos para vestir elegantemente y codearse con la alta sociedad.”¹⁵⁶ Físicamente, Payno era de color apiñonado, de cabello negro y sedoso, esmerado en el vestir, pulcro y de plática sabrosa y entretenida. Tenía un talento para contar historias que “preludiaba al narrador inimitable”.¹⁵⁷

El mismo Prieto, al referirse a José María Lacunza dice que su inteligencia era admirable, conocía perfectamente el latín, hablaba francés y traducía muy bien el inglés. “pasaba horas enteras boca arriba en su catre, leyendo o estudiando, sin acordarse de probar bocado, y era para él contento y halago que se le consultase sobre cualquier materia y darle ocasión de

¹⁵⁴ Eugenia Roldán Vera. “Conciencia histórica y enseñanza; un análisis de los primeros libros de texto de historia nacional. 1852-1894”, tesis de licenciatura, Colegio de Historia, UNAM, 1995. p.39.

¹⁵⁵ Guillermo Prieto, *Memorias...*, *op. cit.*, p. 337.

¹⁵⁶ *Ibid.*, p. 71.

¹⁵⁷ *Ibid.*, p. 135.

participar de sus luces a sus amigos y compañeros.”¹⁵⁸ Físicamente, Lacunza era de “frente levantada, hermosos ojos negros, grueso y patilludo, cuello apenas saliente de su ancho pecho y robustos hombros, actitud reflexiva, hablar sonoro... su traje descuidado pero sin poderse tildar de soso ni de sucio.”¹⁵⁹ Por su parte, José Zorrilla afirma de Lacunza que era “abogado de recto juicio, de sólida instrucción y jurisconsulto de gran reputación”.¹⁶⁰

Prieto describe a Ignacio Rodríguez Galván como un hombre cuyo aspecto era “de indio puro, alto, de ancho busto y piernas delgadas no muy rectas, cabello negro y lacio que caía sobre una frente no levantada pero llena y saliente; tosca nariz, pómulos carnudos, boca grande y unos ojos un tanto parecidos a los de los chinos.” Era retraído y por su aspecto y pelaje parecía un criado. Las discusiones literarias que se daban en la librería de Mariano Galván, en donde Ignacio trabajaba de dependiente, lo hicieron aficionarse a la lectura, por lo que “no leía sino que devoraba los libros”.¹⁶¹

Para José Zorrilla, Rodríguez Galván fue “el adalid más audaz y el más ardiente mantenedor de los principios de la escuela llamada romántica”, pero su vida fue “un tejido espeso de las miserias, las pesadumbres y los desengaños, que anudan unos con otros los días amargos del hombre estudioso.”¹⁶²

José Joaquín Pesado, otro de nuestros literatos era, según el autor de *Memorias de mis tiempos*, un apuesto caballero de “ojos azules, cabello levantado sobre una hermosa frente, nariz afilada, un tanto curva, boca preciosa con dentadura blanquísima, y porte ligero, franco y simpático.” Por su bastísima cultura y su admiración a los clásicos, Pesado era “esclavo de la forma”.¹⁶³ Prieto dice del poeta que se sentaba a escribir en un bufete limpio

¹⁵⁸ *Ibid.*, pp. 128-129.

¹⁵⁹ *Ibid.*, p. 160.

¹⁶⁰ Zorrilla, *op. cit.*, p. 423.

¹⁶¹ Prieto, *Memorias...*, *op. cit.*, p. 129.

¹⁶² Zorrilla, *op. cit.*, p. 449.

¹⁶³ Prieto, *Memorias...*, p. 179.

y ordenado, con gran compostura y limpieza y sus manuscritos podían pasar de sus manos a la imprenta sin ninguna corrección.¹⁶⁴ Según Zorrilla, su reputación literaria comenzó en 1837, cuando fue electo diputado por Veracruz, de cuyo estado fue gobernador más adelante. “Pertenece a la escuela clásica, pues aunque por los años de 37 a 42 se dejó arrastrar por el influjo de la revolución literaria [...] introducida por el llamado romanticismo, jamás cayó en los bárbaros desvaríos de aquella escuela”.¹⁶⁵

Una de las tertulias favoritas de *Fidel*¹⁶⁶ era la de José Ramón Pacheco, “notable estudiante, nuestro Ministro en Francia, y cuya traviesa y chispeante conversación atraía en su torno una brillante sociedad.” Prieto dice que era “de estatura regular, airoso de cuerpo, cabello rubio y ojos chispeantes de malicia y de chiste. Vestía correctísimo y sus modales eran de apuesta cortesía”.¹⁶⁷

Juan N. Navarro, según Prieto, era un “estudiante de medicina, de talento privilegiado, con una cara casi de bajo relieve de templo egipcio”.¹⁶⁸

José Zorrilla describe a Fernando Calderón como un hombre de buen carácter y cuyas virtudes sociales “le hicieron universalmente querido”. Sin embargo, en cuanto a sus méritos literarios, Calderón “no tuvo quien dirigiera sus estudios, ni quien fijara su gusto en su juventud [...] y su gusto vacilante no tuvo tiempo de fijarse”,¹⁶⁹ por lo que sus obras muchas veces eran imitaciones de obras clásicas conocidas.

¹⁶⁴ *Ibid.*, p. 182.

¹⁶⁵ Zorrilla, *op. cit.*, p. 463.

¹⁶⁶ *Fidel* era uno de los seudónimos de Guillermo Prieto y con éste firmó, entre otras cosas, sus conocidos “Cuadros de costumbres”. Cfr. María del Carmen Ruiz Castañeda y Sergio Márquez Acevedo, ***Diccionario de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México***, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2000, pp. 652-653.

¹⁶⁷ Prieto, *Memorias...*, t. II, p. 3.

¹⁶⁸ *Ibid.*, tomo II, p. 169.

¹⁶⁹ Zorrilla, *op. cit.*, p. 452.

De Guillermo Prieto, Zorrilla decía que era el poeta mexicano de más inspiración “inculto, incorrecto, desaliñado: a veces sublime, a veces rastrero [...] sin paciencia para llevar a cabo obras de largo aliento [...] siembra en todas sus composiciones bellezas de primer orden, entre faltas de lenguaje, de versificación y de ortografía.”¹⁷⁰ Según el español, Prieto era notablemente nervioso, extremadamente sensible al grado de derramar lágrimas de emoción. Su talento y popularidad lo llevaron a conquistar puestos públicos y adherido al partido liberal, tuvo que pasar por todas las vicisitudes políticas del país.

Zorrilla también habla del trabajo literario de Ramon Isaac Alcaraz, “joven de íntima y melancólica inspiración, autor del *Fuego fatuo*, composición en la cual rebosa la más acendrada ternura filial y destella la más brillante imaginación”,¹⁷¹ aunque desgraciadamente, en opinión de Zorrilla, dejó romperse las cuerdas de su lira, al estruendo de los cañones y al frío de las vigiliass del campamento.¹⁷²

De los autores de las novelas cortas, no se encontraron datos más precisos acerca de Domingo Revilla y de Francisco Campero.

Las novelas cortas que analizaremos en este trabajo son diez, que a nuestro juicio son un buen ejemplo de esa primera etapa de las letras nacionales.¹⁷³ Éstas son: *Manolito el pisaverde* (1838), de Ignacio Rodríguez Galván; *Netzula* (1837), de José María Lacunza; *Aventura de un veterano* (1843), de Manuel Payno; *Manuelita* (1843), de Guillermo Prieto; *El criollo* (1838), de José Ramón Pacheco; *El inquisidor de México* (1838), de José Joaquín Pesado; *Margarita* (1844), de Juan N. Navarro; *Una pasión* (1844), de Domingo Revilla; *La condesa de Peña Aranda* (1844), de Ramón

¹⁷⁰ *Ibid.*, p. 513.

¹⁷¹ Zorrilla, *op. cit.*, p. 420.

¹⁷² *Ibid.*, p. 423.

¹⁷³ En la selección de estas obras y su clasificación como novelas cortas, sigo los cánones de las características que ofrecen en sus obras Celia Miranda Cárabes y Oscar Mata que las califican como tales, y explican los motivos para ello. Ver Cárabes, “Estudio preliminar” en *La novela corta...*, pp. 7-51 y Mata, “Hacia la definición de la novela corta”, en *La novela corta...*, pp. 11-22.

Isaac Alcaraz, y *Mi paisano* (1838), de Fernando Calderón o Francisco Campero.¹⁷⁴

¹⁷⁴ Como *Mi paisano* apareció en *El Recreo de las Familias* con la firma F. C., no se tiene la certeza de quién es el autor de la obra. Celia Miranda Cárabes la atribuye a Francisco Campero, (ver *La novela corta en el primer romanticismo mexicano...*) pero en María del Carmen Ruiz Castañeda, *Diccionario...*, se atribuye también la posible autoría de este relato a Fernando Calderón. (Ver p. 145) En adelante, al referirme al autor de esta novela corta pongo las iniciales: F.C.

V. DE LO QUE DICEN LAS NOVELAS CORTAS SOBRE “LO MEXICANO”

*De amena literatura
sembraremos flores varias:
risible caricatura
remedará la locura
de gentes estrafalarias:
De costumbres nacionales
daremos traslado fiel:
severos, mas imparciales,
criticaremos sin hiel
y elogiaremos leales...¹⁷⁵*

Como ya se ha mencionado antes, las novelas cortas que se analizarán más adelante se pueden inscribir dentro del movimiento romántico que comenzó a cobrar auge en México durante las primeras décadas del siglo XIX. Parte importante del romanticismo fue la exaltación del nacionalismo, ya que el ser humano como tal pertenecía a una sociedad con ciertos valores y tradiciones, y con características comunes que lo hacían formar parte de una misma patria.

El nacionalismo o la identidad nacional implica una búsqueda de significados comunes que identifiquen a todos los grupos sociales contenidos en el interior de un espacio sociocultural llamado nación.¹⁷⁶ Dichos grupos se constituyen en hegemónicos a medida que conforman un proyecto económico,

¹⁷⁵ Redactores de *El Apuntador. Semanario de Teatros, Costumbres, Literatura y Variedades*. (Editores José María Lafragua y Casimiro Collado). Imprenta de Vicente García Torres. Calle del Espíritu Santo núm. 2, México, 1841. T. 1.

¹⁷⁶ Isaiah Berlin. *Las raíces del romanticismo*, (Edición de Henri Hardy), Madrid, Taurus, 2000. p.126. Ernest Gellner, por su parte, sostiene que dos hombres son de una misma nación si comparten la misma cultura, es decir, un mismo sistema de ideas y signos, de pautas de conducta y comunicación. Además, nos dice Gellner, dos hombres son de la misma nación si se reconocen como pertenecientes a la misma. Cfr. Ernest Gellner. *Naciones y nacionalismo*, México, Alianza Editorial, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991. p. 20.

político e ideológico suficientemente amplio para incorporar al conjunto de los habitantes de un país a su proyecto común.¹⁷⁷

De esta manera, la búsqueda de “lo nacional”, entendido como “lo mexicano”, se llevó a cabo a partir de la consumación de la independencia, cuando un proyecto político trató de encontrar la identificación de los habitantes de la nación con elementos que fueran afines a todos.

La literatura no podía ser ajena a ese anhelo de expresión nacional, como ya se ha mencionado antes, por lo que los nóveles escritores plasmaron en sus obras su idea de lo que era más representativo de su patria, y por lo tanto, lo que servía como medio de identificación de sus valores y características propias.

El análisis de las novelas cortas nos ha llevado a encontrar varios temas que nos hablan de las ideas que se tenían entonces sobre lo que era característico de México y su reflejo en la literatura. En todos los autores se puede ver ese deseo de plasmar costumbres, paisajes y características propias. En este tenor, pudimos encontrar cinco temas representativos de las ideas de la época, que aparecen recurrentemente en los relatos. Dichos temas son: el paisaje, la imagen femenina, las alusiones a la situación política y social imperante en México, el rescate del pasado histórico y la moralidad del tiempo estudiado, entendida como los valores más importantes que sobresalen en las obras examinadas, ya sean de tipo religioso, político o social.

Como ya se mencionó antes, los textos a tratar son diez, escritos entre 1836 y 1846 y que muestran fehacientemente esa búsqueda de una expresión propia. La voluntad de construir, de aprender, se plasma en la naciente producción de esos años, que responde al ideal de la Academia de Letrán, de promover la creación y difusión de las letras nacionales y que continúa más adelante con el Ateneo Mexicano y el Liceo Hidalgo,

¹⁷⁷ Elsa Muñiz García. “Identidad y cultura en México”. en *Identidades y nacionalismos: una perspectiva interdisciplinaria*, Lilia Granillo (coord.), México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, 1993. p. 24.

organizaciones que están presentes en la vida decimonónica en México.

En este anhelo de creación nacional, los autores de las novelas cortas publicadas en las revistas de la época tienen una importancia fundamental, ya que si no hubiera sido por esos precursores, seguramente no se habría dado después el desarrollo de nuestras letras que culminaría con las grandes obras de ficción escritas en la segunda mitad del siglo XIX, y en las cuales siempre se intenta fincar el nacimiento de la literatura propiamente mexicana.

Alguien tenía que empezar a practicar el género novelístico, y es significativo que a la par que el país trataba de encontrar su camino, el desenvolvimiento literario era paralelo a esta búsqueda de una identidad y elementos comunes que reflejaran a la nueva nación.

En las novelas cortas que nos ocupan podemos encontrar esas características que nos hablan de un México en formación, e identificar los rasgos nacionales según las ideas de la época, además de confirmar nuestra idea de que la literatura es un fiel reflejo de la sociedad.

PAISAJE

El paisaje juega un papel muy importante en las obras románticas, en las que, generalmente, es un elemento de ornato que da marco al relato y ubica a los personajes en un entorno determinado. Según Georges Duby, éste se ha convertido en nuestros días en un objeto de estudio, y en consecuencia, en un documento que es importante fijar. Actualmente es considerado como un valor, un elemento de un patrimonio legado por nuestros antepasados y que debemos cuidar.¹⁷⁸

¹⁷⁸ Georges Duby. "Algunas notas para una historia de la sensibilidad al paisaje", en *Obras selectas de Georges Duby*. (Presentación y compilación de Beatriz Rojas), México, Fondo de Cultura Económica, 1999. p. 452.

De igual manera, en los textos del siglo XIX, la descripción paisajística jugó un papel importante dentro de la producción literaria de la época. Un escritor contemporáneo a nuestros autores, Luis de la Rosa, escribió muchos relatos en los que destacaba distintos aspectos del paisaje mexicano. En su *Miscelánea de escritos descriptivos*, destacó su importancia, ya que podía inspirar el deseo de “conocer y describir las bellezas que la naturaleza presenta en nuestro país, sus escenas campestres tan animadas y brillantes, y las perspectivas variadas y magníficas que ofrece bajo diferentes climas el aspecto físico de México.”¹⁷⁹ De la Rosa destacaba, además, que sus fuentes de inspiración habían sido los poetas y literatos de su país, cuyos escritos le inspiraron las imágenes y pensamientos que se podían encontrar en sus relatos. En este sentido, estas descripciones forman parte de un descubrimiento paulatino de algo que se conoce naturalmente, pero que empieza a tomarse en cuenta como una característica distintiva de lo mexicano al reconocer la belleza de un entorno físico cuyo cielo azul, o verdes campos, o altas montañas, únicamente le dicen algo a quienes saben reconocerlo como suyo.

Las narraciones cortas que nos ocupan, presentan distintos ambientes y diversas descripciones del entorno físico de los protagonistas. Es de notar que casi todos describen paisajes que podríamos calificar como “mexicanos” por sus características. Si bien cada autor hace uso de su creatividad para describir o ambientar sus relatos, es evidente que se inspiran en lo que ven y conocen. De esta manera, tenemos una galería muy rica y variada.

En *Aventura de un veterano*, Manuel Payno nos describe un ambiente pueblerino y rural. La acción transcurre en su mayoría en pequeños poblados ubicados en Michoacán y Guanajuato. En este relato, el paisaje juega un papel importante, ya que da marco

¹⁷⁹ Luis de la Rosa Oteiza. “Miscelánea de escritos descriptivos”, en *Obras. Periodismo y obra literaria...*, p. 419.

a la novela y podemos imaginarnos perfectamente los lugares que el autor describe:

Era una noche del mes de diciembre de 18... el viento azotaba las ramas secas de los árboles del monte, y el brillo de las estrellas, y la transparencia de la atmósfera anunciaban que estaba próxima a caer una de las heladas frecuentes de México, en la estación del invierno.¹⁸⁰

El autor describe las facetas de una noche decembrina que presagia una helada invernal. La alusión al clima de México, a la transparencia, al fulgor estelar, nos presenta características específicas, de cuya descripción el autor quiere dejar plasmado un entorno típicamente mexicano. Por otra parte, las descripciones de paisajes matutinos también están presentes en la narración que nos ocupa; los autores como Payno sitúan sus escenas en sitios perfectamente identificables que dan al lector un vínculo con su realidad nacional. Guanajuato y San Luis de la Paz son referencias exactas que ubican al lector en un camino (re)conocido:

A los dos meses de estos sucesos y una mañana espléndida y diáfana, en que no empañaba el cielo ni una sola nube y el sol enviaba a la tierra un agradable calor, se divisaba por una cuesta elevada que se halla entre los caminos de Guanajuato y San Luis de la Paz, una partida de hasta cincuenta soldados con sus lanzas con banderolas negras y sus sombreros jaranos...¹⁸¹

Ahora bien, no sólo Manuel Payno recurre a la descripción de paisajes nacionales en su narración; esta característica la encontramos también en *El inquisidor de México*, de José Joaquín Pesado, quien describe con gran belleza una escena pueblerina en Jacomulco, cerca de Jalapa, lugar en donde ubica a sus personajes:

¹⁸⁰ Manuel Payno. "Aventura de un veterano", en *El Museo Mexicano, o miscelánea pintoresca de amenidades curiosas e instructivas*. (Editores: Manuel Payno y Guillermo Prieto). Impreso por Ignacio Cumplido, calle de los Rebeldes núm. 2, México, 1843. T. II p. 481.

¹⁸¹ *Ibid.*, p. 490.

El aspecto que presentaba el pueblo y el río que los baña, era verdaderamente pintoresco. Veíanse por una parte los jacales o chozas de indios, graciosamente contruidos bajo cedros, ceibas, y otros árboles elevadisimos. Sus patios, cubiertos de una fresca y apacible sombra, cercados de carrizos, barridos con esmero, y regados a trechos de flores, convidaban al descanso. Aquí y allí se movían en varias direcciones las hamacas, que colgadas de los gruesos troncos, ofrecían recreo a los niños, entretenimiento a los mozos, solaz a los viejos, y tal vez ocasión a los amantes para tomarse algunas licencias inocentes. Las márgenes del río estaban llenas de enramadas, colgadas de frutas, de aves, de peces, y de otras muchas cosas tan gratas a la vista como deliciosas al paladar[...] En un mismo recinto se miraba el humilde petate, donde una familia pobre comía sus rústicos manjares, y la mesa elegante, cubierta de limpísimos manteles, y adornada de ricas vajillas, donde el flotista y el comerciante olvidados momentáneamente de sus negocios se entregaban sin reserva a los placeres del campo.¹⁸²

Jacomulco no está inventado ni imaginado; está plasmado en las letras de nuestro autor, que nos brinda toda una descripción capaz de llevar al lector frente al pueblo recreado, y caminar por sus calles, y reconocer cada uno de los puntos que para Pesado resultaron significativos. Un pueblo perdido viene a cobrar relevancia en el panorama nacional y un autor mexicano lo reconoce como un motivo de inspiración.

José Joaquín Pesado agrega a esta descripción una detallada relación del ambiente socialmente heterogéneo que se observaba en el lugar de que habla en su narración:

La diversidad de concurrentes daba todavía mayor animación al cuadro; y entre la variedad de trajes y figuras, eran de ver los indios de ambos sexos, cuyas formas bien compartidas, tez bronceada, y cabellos lacios y negros, resaltaban notablemente con sus blancos vestidos de algodón. Y para que ningún matiz faltase a esta reunión de castas y figuras, se hacían notar no pocos esclavos, negros como azabache, galanamente vestidos,

¹⁸² José Joaquín Pesado. "El inquisidor de México", en *El Año Nuevo*. Presente Amistoso. [Editor: Ignacio Rodríguez Galván]. En la Librería de Galván a cargo de Mariano Arévalo, calle de Cadena núm. 2, México, 1838. p. 99.

y con collares de plata, en que, según la costumbre de aquel tiempo, estaban grabados el precio del esclavo, y el nombre de su dueño.¹⁸³

Es necesario aclarar que esta novela corta se sitúa en el siglo XVII; de ahí la mención a los esclavos. De cualquier manera, la variedad racial que nos describe el autor se puede observar aún en nuestro país, y la descripción pueblerina podía servir tanto para el XVII como para el XIX, en donde la vida y el paisaje no se habían alterado mayormente.

En cuanto al rescate de los ambientes citadinos, se menciona especialmente a la ciudad de México, aunque también se habla de Nueva Galicia (Guadalajara) y de Aguascalientes. Fernando Calderón o Francisco Campero en *Mi paisano* nos describe vivamente cómo lucía el portal de Mercaderes de la ciudad de México en la época que trata su narración, en este caso, la misma del autor:

Muchas alacenas unidas a los pilares de los arcos, llenas de juguetes de todas clases, como muñecos, atambores, máscaras y morriones de cartón, guitarras, carretones y coches pequeños, etc. etc. etc. Enfrente algunas otras alacenas cerradas, y sobre las cuales se ven cuadros, imitaciones en cera de la estatua de Carlos IV, y de algunas piedras antiguas; en otras partes comedias, romances y canciones; muchos gaceteros chillones en las esquinas y multitud de gente paseando.¹⁸⁴

Si bien la cita anterior no es propiamente una descripción de un paisaje, ambienta la novela y nos describe cómo lucía el portal de Mercaderes, un centro de comercio muy importante en la ciudad de México durante el siglo XIX. En este caso, podemos decir que el entorno es citadino, y la descripción de este tipo de escenas nos ubican en el escenario que el autor nos quiere describir, incluyendo la imagen de uno de los costados de la Plaza Mayor.

¹⁸³ *Ibid.*, p. 100.

¹⁸⁴ F. C. "Mi paisano", en *El Recreo de las Familias*, México, Librería de Galván, 1838. p. 372.

Calderón o Campero también recrea ambientes campiranos de la propia capital al describir el Paseo de la Viga:

Había mucha gente en el paseo: unos en coche, otros a caballo, otros a pie. Gran número de puestos de fruta, de dulces y otros comestibles. Y era por cierto un bellissimo espectáculo la vista de los carruajes por un lado y por otro las canoas: la música, los gritos y los cantares de los que iban en éstas; las muecas, los saludos y la majestuosa prosopopeya de los de aquellos; las quejas de un pisaverde, a quien tiró el caballo cuando le hacía dar brincos delante de una deidad; la rivalidad de los cocheros sobre quién hace correr más a sus mulas; las carreras de los de a pie por libertarse de ellas; las que la echan de jinetes ostentando tamañas reatas, que parece que van a arrojar lazadas a los árboles, los coches o las canoas; las carreras de caballos a lo lejos; los sauces, los álamos, los campos inmediatos; el maravilloso Chapultepec al poniente; al sur Ajusco; y al levante Ixtaccihuatl y Popocatepetl cubiertos de nieve; y, en fin, el tumulto, la confusión, el estruendo, todo, todo contribuye a que el hombre vaya enajenado; de suerte que no pude menos de exclamar con la expresión hiperbólica de un amigo mío: Si Mahoma hubiera colocado en México el Paraíso, yo sería mahometano...¹⁸⁵

Nuestro escritor conjuga múltiples elementos, personajes y mercancías, voces y transportes, árboles y montañas, todos representativos de su realidad, pero sobre todo tema de inspiración. El autor exalta el paisaje mexicano y destaca lo que tiene de bello, al grado de compararlo con el Paraíso; pero, además, describe vividamente lo que debió ser el paseo que describe con la hermosa vista que podía contemplarse desde ahí. Esta concepción de la naturaleza mexicana como un lugar idílico se puede encontrar en muchos de nuestros escritores decimonónicos. De la misma manera, Domingo Revilla revive así el paisaje mexicano:

El 24 de diciembre de 1839 se anunciaba en México una aurora refulgente, acaso como en ninguna otra ciudad: el cielo diáfano, y la atmósfera más pura, permitían distinguir los

¹⁸⁵*Ibid.*, p. 382.

esposos montes que circundan a la gran Tenochtitlan:¹⁸⁶ las nevadas cimas del Popocatépetl y del Iztaccihuatl, aparecían coronadas de púrpura. La naturaleza con su pompa majestuosa, entonces himnos sublimes en celebrad del nacimiento del Hombre Dios. ¡Día eternamente grato al género humano! De todos los templos se percibía al sonido del alba; sonido de oración y de placer.¹⁸⁷

Un paisaje ubicado en Tenochtitlán, no en la ciudad de México, revela el interés de nuestro autor por contar, de alguna manera, la grandeza de un pasado indígena ya ido, reflejo de un nacionalismo que se completaba con los nombres de las grandes cimas mexicanas, también de origen indígena. Un entorno físico que daba gloria al Dios-Hombre, y qué mejor que un paisaje mexicano para alabarlo.

El autor de *Una pasión* enmarca su novelita con varias descripciones de la naturaleza que rodeaba la ciudad de México, digna de recuperarse en esta descripción que permite rescatar la belleza del paisaje nacional en caminos usualmente transitables y que quizá no habían sido motivo de reflexión. Así, Revilla nos refiere:

Era una hermosa mañana de primavera, a la hora en que las brillantes gotas del rocío, aun no se evaporaban por los ardientes rayos del sol, se distinguía entre varios jóvenes alegres que se dirigían a San Agustín de las Cuevas uno cuya palidez anunciaba toda la exaltación de su alma, y cuanto en ella sufría: una profunda melancolía estaba impresa en sus facciones, que revelaban el predominio del infortunio. El aire embalsamado que se respiraba, y la vista de la naturaleza que desplegaba sus ricos tapices, en los campos matizados de esmeralda y oro, con los trigales y demás sembrados, hacían risueña toda la campiña en el tránsito. El cuadro se animaba más con el gorjeo de los pajarillos, y al aspecto del gigantesco Ajusco, cuyas laderas verdes y frondosas, y las de toda la cordillera, se dibujaban en un fondo de un azul oscuro que extasiaba la imaginación.¹⁸⁸

¹⁸⁶ El subrayado es mío. [N.A.].

¹⁸⁷ Domingo Revilla. "Una pasión", en *El Museo Mexicano...*, t.IV, p. 325.

¹⁸⁸ *Ibid.*, p. 331.

El Ajusco, el camino a San Agustín como un paseo tradicional, el color del cielo, de un azul intenso, que según las descripciones era característico del valle de México, y el aspecto de la campiña, son tan sólo algunos de los elementos que Revilla rescata en su inspiración.

Ahora bien, en la narración de Ignacio Rodríguez Galván, también se ofrecen descripciones de paisajes campiranos, esta vez de San Ángel, aunque en este caso, más que un interés nacionalista, el autor manifiesta una influencia romántica, ya que el paisaje es, más que un reflejo de su entorno, un motivo de reflexión acerca de la vuelta al campo como un lugar idílico, en donde se encuentran todos los beneficios de estar cerca de la naturaleza:

Era de verse la bandada de gente que se dirigía a un paseo a orillas de San Ángel y cuyo nombre es el Cabrío. Unos hombres iban montados en asnos y otros a pie, llevando señoras y conversando cada cual con su pareja; y es de suponer que no hablarían de las penas del infierno sino acaso de amor, que era lo más análogo a las circunstancias. En el campo es donde los cortesanos tratan de acercarse al pueblo o más bien a la niñez. El opulento se fastidia de sus ceremonias simétricas o de sus conversaciones afectadas; se fastidia de los perfumes y de los brillantes, de la oscuridad lúgubre de los salones y del movimiento monótono del coche. Desea variar de alfombra, de tapices, de cabalgadura, de modales y hasta de palabras: en el campo vuelve a la primera edad, baja desde su elevado puesto hasta el de la humilde pobreza, salta en la hierba con más gusto que en una alfombra; cambia su coche por un carro, su brioso caballo por un asno pacienzudo, su insolente lacayo por un indio joven y humilde, a quien tiene la bondad de dirigir de cuando en cuando una chanza, aunque siempre con aire de protección...¹⁸⁹

Como podemos ver, el rico, por la benéfica influencia del campo, está dispuesto a descender de nivel y hablar con el indígena, comúnmente despreciado. Esta visión de Rodríguez

¹⁸⁹ Ignacio Rodríguez Galván. "Manolito el pisaverde", en *El Año Nuevo ...*, t.II, 1838, p. 180.

Galván nos parece artificial y en ningún momento refleja la sociedad de su tiempo, sino que describe una idea romántica acerca de la naturaleza y del comportamiento de los hombres.¹⁹⁰

Para terminar con este tema, en tres de las novelas cortas el ambiente es únicamente un adorno del relato, y no se especifica en qué lugar determinado ocurren los acontecimientos narrados o, aunque mencionan el sitio, no lo describen físicamente. Tal es el caso de *Netzula*, de José María Lacunza; *La condesa de Peña Aranda*, de Ramón Isaac Alcaraz y *Margarita*, de Juan N. Navarro.

En *Netzula*, la acción transcurre todo el tiempo en algún lugar del Anáhuac, principalmente en el campo, pero no se dice en dónde. Por ejemplo:

La noche estaba serena; la luna brillaba en toda su luz, y la hija del guerrero caminaba tímida y silenciosa a visitar al héroe: parecía un fantasma que vaga por el campo de la noche: vestida de blanco y suelto el cabello se estremecía de oír el ruido de la hierba que movía con sus pasos, y la sombra de los árboles que se agitaban pausadamente con la brisa, la hacía temblar.¹⁹¹

Cuando leemos esta descripción, podemos ubicarnos en cualquier parte del México antiguo. El autor no nos remite a ningún sitio claramente identificable como los mencionados antes. Es posible pensar que en este caso lo que se pretende es revivir un ambiente de campo, espacios abiertos, pero no recrear un lugar determinado. Lacunza ubicó su *Netzula* en la época prehispánica por el deseo expreso de los miembros de la Academia de Letrán de mexicanizar la literatura, aunque esto no quiere decir que haya logrado fehacientemente describir el paisaje del entorno anterior a la conquista, ni la atmósfera que prevalecía en esa época. Sin embargo, el tema mismo de su obra representa una

¹⁹⁰ Por otra parte, hay dos novelas cortas en las que se describen paisajes citadinos, en este caso Nueva Galicia en *El criollo* y Aguascalientes en *Manuelita*, de José Ramón Pacheco y Guillermo Prieto, respectivamente. En ambas, la descripción de paisajes es meramente accidental, y no constituyen un marco significativo para las narraciones.

¹⁹¹ José María Lacunza. "Netzula", en *El Año Nuevo...*, t. I., 1937, p. 16.

incorporación plena del pasado prehispánico como motivo de identificación en un ámbito representativo de lo nacional.

En conclusión, de los diez autores estudiados, siete describen entornos nacionales, ya que todos ubican sus narraciones en la República Mexicana, ya sea en la ciudad de México o en el interior. Además, el escenario campirano o ciudadano es un elemento importante en la mayoría de ellas y el deseo de recrear lo nacional se nota en todas las novelas cortas, ya sea con la descripción del ambiente físico del que siempre se hace una apología, o con el rescate de elementos típicos, como la venta de dulces o artesanías, que representan, de alguna manera, una tradición propia heredada de antiguas culturas y que se constituye como algo "nuestro".

El paisaje no deja de ser un adorno de la narración, un accesorio que permite imaginar los acontecimientos que nos describen los autores en un lugar determinado, pero es importante destacar que en la mayoría de las novelas cortas mencionadas, estas descripciones nos remiten a ámbitos nacionales, con características que nos hablan de lo propio, lo mexicano, y que nos llevan a pensar que para la época que fueron escritas, era importante destacar los elementos que hacían a México distinto del resto de los países. Además, los relatos se ubican en distintos lugares de la geografía nacional, lo que también es significativo, ya que es precisamente en la primera mitad del siglo XIX cuando se trata de unificar el país y se buscan elementos comunes entre los habitantes del enorme territorio que entonces constituía a la República Mexicana.

Si bien, como se mencionó antes, el paisaje es accesorio, no deja de tener una importancia fundamental cuando buscamos el reflejo del entorno nacional en las páginas de las narraciones que nos ocupan.

Quizá se dieron otras formas de expresar lo nacional, pero en todas estas novelas está presente el querer identificarse con lo que los rodea y reconocerlo como lo más bello, lo más diáfano, lo

mejor, el círculo mismo que describen los autores, que pertenece a ellos y que es su México.

SITUACIÓN POLÍTICA Y ASPECTOS SOCIALES EN MÉXICO

Aunque las novelas cortas que nos ocupan están situadas en distintas épocas de la historia de México, en la mayoría de ellas los autores se refieren al ambiente político que los rodea al momento de escribir sus relatos. Como es de suponer, casi todos son bastante críticos de su realidad y las dificultades en el ámbito público que se vivían en la época se dejan ver a través de las páginas de sus narraciones, y era lógico que los autores permearan esta parte de su realidad, cuando lo más significativo que se vivió después de la independencia fue precisamente la fuerza que cobró la cuestión pública.

Por otra parte, también se encuentran menciones y juicios poco favorables acerca del estado imperante en la época, es decir, se destacan ciertas características de la sociedad mexicana de la primera mitad del siglo XIX, cuestión natural si se toma en consideración que los escritores están imbuidos de su propia condición y no pueden desprenderse totalmente de ella al plasmar en tinta y papel la trama que van a desarrollar.

En *Mi paisano* el protagonista es un joven que acaba de regresar de París y a quien todo lo que ve en su patria le parece mal en comparación con lo que ha visto en Europa. El autor se dice que los lectores seguramente estarán pensando:

Este hombre sigue la rutina de todos los de este tiempo: hablar siempre de países extraños, parece que tienen a mengua el mentar siquiera a su nación; como si no hubiera que decir de México, como si nuestras costumbres, nuestra naturaleza y nuestro cielo no fueran dignos de sus plumas, como si...¹⁹²

¹⁹² F. C., *op. cit.*, p. 372.

El autor de la novelita, ya sea Fernando Calderón o Francisco Campero, hace alusión a la costumbre de la época de exaltar lo extranjero frente a lo nacional, y lo presenta con un tono de reprobación, ya que México era digno de ponerse a la altura de cualquier Estado civilizado. Como es evidente, la intención de mexicanizar la literatura, como querían los integrantes de la Academia de Letrán, se encuentra presente en este y otros relatos. Este esfuerzo nacionalista, “si por nacionalismo entendemos la supeditación de la voluntad colectiva, y por ende la individual, a un ente superior llamado patria”¹⁹³, se deja ver a través de las páginas de algunas de las novelas cortas.

De una ida al teatro, diversión común de la época, por supuesto para las clases acomodadas, el autor de *Mi paisano* dice:

El teatro principal es una gran tertulia, a donde se va por tono y no por gozar del espectáculo; por consiguiente la etiqueta exige entrar lo más tarde que se pueda, y ojalá se quedaran en sus casas, para no molestar con su habladero a los pobres que van allí para disfrutar de la música, o para gozar del maravilloso encanto de un buen drama. Una parte de los asistentes comienza por indagar la vida y milagros de la parte pacífica; luego que levantan el telón, se siguen con los cómicos, conforme van saliendo a las tablas, y concluyen por despedazarse a sí mismos.¹⁹⁴

El autor del relato mencionado también es mordaz en cuanto a la condena que hace a la gente que va al teatro únicamente por quedar bien, sin ningún interés en la obra en cuestión. Esta queja de los escritores se presenta también en Florencio Ma. Del Castillo, que aunque publica sus novelas en fechas posteriores a las tratadas en el presente trabajo —en este caso en 1849— coincide con el señalamiento anterior al decir:

¹⁹³ Aurelio de los Reyes, *Manuel Payno: el aprendizaje del oficio de escritor*, ponencia presentada en el coloquio “Empresa y cultura en tinta y papel”, coordinado por Laura Suárez de la Torre, en vías de publicación. p. 3.

¹⁹⁴ F. C., *op. cit.*, p. 412.

ESTA TESIS NO SALE DE LA BIBLIOTECA

79

Jamás ha tenido el público de México un gusto decidido por la literatura dramática: de un carácter frívolo, inconstante, sin duda porque nuestro pueblo, como dicen los "políticos" está todavía en mantillas[...] Sin embargo la clase alta protege indirectamente al teatro, mas tan solo por lujo; pues es para ella igual que las piezas que se presentan sean buenas o pésimas, lo que generalmente no sabe distinguir.¹⁹⁵

Como se puede apreciar, hay un reproche implícito hacia un público que, según nuestros escritores, no entiende las obras presentadas, ya que debe madurar tanto como la literatura, que está en vías de creación. Es interesante resaltar cómo se critica a la sociedad en situaciones por demás comunes, pero que reflejan la intención del autor de mostrar una realidad que duele y un compromiso de señalar errores para mejorar.

En otra novelita, en este caso la de Rodríguez Galván, el protagonista Manolito descubre a Teodora que su esposo ya estaba casado con otra, pero le dice que no tiene caso que descubra el secreto ya que

si hubiera justicia en México, don Jacinto iría a un presidio. ¿Y qué conseguía usted con esto? Que en el teatro, en los paseos, en las tertulias, en un balcón, en cualquiera parte sería usted señalada, y al verla todo el mundo gritaría: "Esa es la mujer del presidiario." Pero en México no castigarán a ese hombre, y usted tendría que separarse de él por la buena opinión ante el público, y sin embargo, el honor de usted quedaría mancillado; sería usted el asunto de las conversaciones y el objeto de los tiros de la maledicencia. Aunque soy joven, tengo alguna experiencia, señora, y sé que en la edad en que vivimos se ensalza el crimen y se desprecia la virtud.¹⁹⁶

La sociedad de la época, según los personajes de Rodríguez Galván, se regía por la maledicencia, sin siquiera tratar de ver la realidad. Además, el relato se aprovecha para lanzar un duro

¹⁹⁵ Florencio Ma. del Castillo. "Amor y desgracia", en *Obras de don Florencio M. Del Castillo. Novelas cortas*, México, Imprenta de V. Agüeros, editor, Cerca de Santo Domingo núm. 4, 1902. p. 37.

¹⁹⁶ Rodríguez Galván, *op. cit.*, p. 191.

reproche a la impartición de justicia en México, en donde no se castigaba al culpable y a cambio se fomentaba el delito.

Si seguimos el mismo orden de ideas, en *Margarita* la protagonista desobedece las órdenes de su padre de casarse con don Carlos, y se fuga con Pablo, el cual tiene asegurada su fortuna porque consigue un empleo en la aduana de Mazatlán. Sin embargo, pierde el trabajo por exceso de ambición, y se hace la siguiente reflexión:

Todo se ha perdido, decía, ningún recurso me queda aquí para subsistir, es indispensable volver a México; allí con empeños... mas ¿por qué ha caído sobre mí esta desgracia, cuando otros de peor conducta que yo se mantienen en sus empleos y jamás son castigados? Mas ¡qué dudo! ¡imprudente! Haberme desavenido con ese comerciante rico, debía perderme; me cegó la codicia. ¡Si me hubiese contentado con el dinero que me ofrecía por el contrabando!... y lo peor es que nada tengo, porque el maldito juego...¹⁹⁷

La corrupción se nos presenta como un hecho cotidiano en la vida decimonónica, y resulta que, según Navarro, hay muchos que aunque actúen mal, conservan su empleo y roban cuanto quieren. En este caso, lo importante es resaltar la crítica que el autor hace a una sociedad corrupta y deshonesta, ya que Pablo, finalmente, pierde todo por el vicio del juego y por querer pasarse de listo, nunca por haber caído en manos de la justicia.

En cuanto a las alusiones a la situación política, encontramos varias menciones de los constantes levantamientos que caracterizaban la época, y en muchos casos se nota el hastío por los problemas causados por las divisiones internas que se vivían entonces.

En *Mi paisano* se nos describe la actividad de un conspirador que disponía un plan de ataque:

Entre tanto un conspirador que estaba en su cuarto disponiendo su plan de ataque (y precisamente escribía

¹⁹⁷ Juan N. Navarro, "Margarita", en *El Liceo Mexicano...*, t. II, p. 184.

entusiasmadísimo estas filantrópicas palabras: “Se incendiará la ciudad y se pasarán a cuchillo todos sus habitantes, sin exceptuar a las mujeres, a los ancianos ni a los niños; y en medio de la confusión, del estrépito y del tumulto, cada uno saqueará lo que pueda; que la verdadera libertad consiste en robar al prójimo para vivir con opulencia y holganza”) oye nuestros clamores, suelta la pluma, escucha con atención unos momentos y sale como relámpago, preparando su carabina y gritando: ¡Fuego!, ¡Fuego! ¡Fuego!. Esta voz se repite hasta llegar a la calle, en donde porción de gente se agolpa en la puerta y levanta el grito alarmante de ¡Fuego! ¡Fuego!. En la iglesia de San Agustín y de la Profesa tocan a fuego, y poco después se presentan porción de soldados con muchos hombres que traían bombas, barretas, palas, azadones, y demás utensilios. (Entre paréntesis diré que en México pocas veces acuden con la misma puntualidad.)¹⁹⁸

El autor de esta novela corta describe lo anterior con un tono jocoso y divertido, y parece que se burla de las insurrecciones constantes, así como de los soldados que nunca responden a los llamados de auxilio con la celeridad que sería de desear, y cómo no encontrar en los levantamientos un motivo de inspiración, si éstos estaban tan presentes en la vida de los mexicanos. En el mismo tono, Guillermo Prieto describe así el cuarto del narrador de su novela, escrita en primera persona:

Hasta doce sillas, que por lo enteleridas podrían creerse viudas de militares; hasta un par de cuadros, que por lo discordantes se podrían tomar por la representación del Gobierno y del Congreso que cayó; una mesa tan mal parada como la hacienda pública; una librería como la del canónigo del Gil Blas, y multitud de papeles borradores, obleas, puros, tarjetas y billetes, en la anarquía más completa...¹⁹⁹

El autor no sólo hace una mofa del gobierno y del congreso, sino que también se burla de las viudas de los militares y del estado de la hacienda. En un corto párrafo logra describir lo que para él era el sistema político mexicano de entonces: anarquía y caos.

¹⁹⁸ F.C., *op. cit.*, p. 381

¹⁹⁹ Prieto, “Manuelita”, p. 2.

Con acento más serio, pero también crítico, José Ramón Pacheco compara la situación imperante en la Nueva España a principios de siglo con lo que sucedía en la época que el autor escribe su novelita:

Todavía a principios de este siglo, y antes de que una revolución de ideas hiciese una revolución social, confundiendo todas las clases y el mérito con la inepticia, hacía la injusticia por medio del sistema colonial lo que en épocas posteriores ha hecho por medio de los partidos políticos. Así como en ellos es una mancha tener esta o aquella fe para no encontrar cuartel en el partido reinante, y esto solo explica la exclusión del mérito y la repetida e inconcebible exaltación de las nulidades, así entonces era una positiva desgracia para los mexicanos ser hijos de su hermoso suelo.²⁰⁰

En la cita anterior podemos ver que Pacheco está muy descontento con el resultado de la "revolución social" que no había rendido los frutos que se esperaban en la época que nuestro autor escribe. La ineptitud de los que ocupaban puestos públicos y la exclusión de los elementos valiosos por motivos de diferencias ideológicas constituían un problema grave en la cuarta década del siglo XIX, según el autor de *El criollo*, y aunque su relato se ubica a principios de siglo, no puede evitar hacer una comparación entre el pasado y el presente, de lo que resulta que las cosas seguían igual que antes y nada cambió.

En *Una pasión*, el protagonista, Diego, a quien su amada no le hace ningún caso ni quiere saber nada de él, decide unirse a una revuelta por despecho, ya que no tiene esperanzas de que su amor sea correspondido. Nuevamente se encuentra un personaje dispuesto a participar en un levantamiento no por convicción, sino como respuesta a una circunstancia personal amorosa y no política, lo que refleja a una gran mayoría de mexicanos que como él, se unían a los pronunciamientos, muchas veces sin saber bien

²⁰⁰ José Ramón Pacheco, "El criollo", en *El Año Nuevo...*, t. II, 1838, p. 210.

a bien lo que perseguían realmente.²⁰¹ Además, hay una abierta crítica a los partidos y a la situación política imperante:

Una mañana, el criado de Diego le anunció con la mayor sorpresa que había un pronunciamiento, y que el Palacio y otros puntos estaban ocupados por los sublevados. Amigo entusiasta de la verdadera libertad, odiaba los partidos, que todo lo proclaman a la vez para el engrandecimiento de algunos, y para encubrir sus miras ambiciosas, prostituyendo en su lucha la causa más sagrada del mundo: esto le hacía no ver con buen aspecto la revolución...²⁰²

El autor describe el levantamiento de 1840 ocurrido en la ciudad de México²⁰³, y dice:

El fuego era terrible; una lluvia de balas cubría las calles de la Monterilla, que permanecían iluminadas por mucho tiempo con el fogonazo de los fusiles y el de las piezas de la trinchera. Se presentaba la escena más espantosa, y entre los gritos de desesperación de los combatientes, y los clamores de los heridos, se oía el estruendo de las armas que despedían la muerte por todas partes: reinaban el espanto y la desolación, y los que habitaban las casas, cuyas calles eran el teatro de la guerra y carnicería, estaban en el mayor tormento.²⁰⁴

Revilla describe las escenas que seguramente él vivió, lo que nos permite entender su hartazgo frente a los conflictos de partidos que mantenían en constante zozobra a los habitantes de México. Lo importante en este caso es destacar que aunque se

²⁰¹ Esto nos lleva a recordar el motín del Parián, ocurrido en 1828, cuando la turba saqueó los comercios de españoles sin orden ni concierto. Al ver el saqueo, se unieron gran cantidad de "léperos" que no tenían conciencia del fin político que se quería conseguir. Ver Silvia M. Arrom. "Popular Politics in México City: the Parián Riot, 1828", en *Hispanic American Historical Review*, vol. 68, núm. 2, may 1988. pp. 245-268

²⁰² Revilla, *op. cit.*, p. 334.

²⁰³ El 15 de julio de 1840 hubo un pronunciamiento en la capital del país, acaudillado por Urrea y Gómez Farías, a favor del sistema federal. Los sublevados sorprendieron al general Bustamante en el palacio de Gobierno. El presidente escapó de sus enemigos e instaló el gobierno en el convento de San Agustín. Los federalistas se fortificaron en el palacio, sede del gobierno, durante quince días, hasta que se rindieron. Cfr. Francisco de Paula Arrangoiz. *México desde 1808 hasta 1867*, 5ª. ed., México, Porrúa, 1994. p. 376.

²⁰⁴ Revilla, *op. cit.*, p. 336.

trata de una novela romántica, su autor ambienta el relato con acontecimientos que sí ocurrieron, y describe claramente lo que sucede en su propia época. El autor se preocupó por anotar en su narración los hechos ocurridos en ese levantamiento, basándose en la noticia de lo ocurrido aparecida en el *Boletín Oficial* del gobierno, lo que ofrece al lector información verídica que al estudioso de la historia le puede servir como un documento.

Podemos concluir con este tema haciendo un recuento de lo que encontramos en las novelas en cuanto al estado del gobierno y de la sociedad de la época, según lo que dicen sus autores. En primer lugar, destaca el rechazo a todo lo que tenga que ver con partidos políticos y su actuación: se les relaciona con la ineptitud y se les culpa de los problemas del país. Por otra parte, los levantamientos, tan comunes en la época, también son motivo de crítica para los autores de algunas novelas. De igual manera, se menciona la corrupción imperante, la mala impartición de justicia y el atraso de los mexicanos en cuanto a la cultura y el arte, resultado de la propia situación política del país, cuyos dirigentes estaban más preocupados por crear conflictos que por ofrecer soluciones.

Como se puede ver, las novelas cortas resultan una fuente de información de distintos episodios de la situación política nacional, y es de destacar el interés de sus autores por rescatar el México de su momento. Más que inspirarse románticamente en su pasado, reflejaron su ambiente político y a través de un elemento literario ejercieron una crítica que traspasó su mero entorno, pues en el teatro o mediante la difusión de sus obras tuvieron un alcance mayor que el que hubieran logrado a título personal.

En esta galería podemos ver que los autores, a pesar de escribir relatos románticos en donde el tema principal es el amor frustrado de los protagonistas, no pueden, o no quieren, evadirse de la realidad de su tiempo y la reflejan abiertamente, lo que en este caso nos sirve para confirmar la hipótesis de que la literatura puede convertirse en un valioso documento histórico.

RECREACIÓN DEL PASADO HISTÓRICO

Se puede decir que toda novela habla del pasado, porque describe hechos que ya ocurrieron porque su autor se inspira en cuestiones vividas, y aunque pueda plantearlas en un futuro, se necesita un distanciamiento prolongado entre la época de quien escribe y la que forma el ambiente de su obra para que pueda considerarse como una novela histórica.²⁰⁵ Esto supone una tarea ardua para el creador, que debe llevar a cabo una labor de investigación y reconstruir el pretérito aun cuando se tengan pocos indicios de lo ocurrido en tiempos lejanos.

De las diez novelas cortas analizadas en el presente trabajo, cinco pueden considerarse novelas históricas, porque recrean el pasado remoto²⁰⁶. En el caso de *Netzula*, la acción ocurre en los días previos a la conquista española; *El inquisidor de México* está ubicada en el siglo XVII, y *Aventura de un veterano*, *La condesa de Peña Aranda* y *El criollo* se ubican en los primeros años del siglo XIX, es decir, las postrimerías del régimen colonial.

Con el primer relato de ficción mencionad, *Netzula*, su autor intenta revivir el México anterior a la conquista, y aunque no lo logra, e incluso su relato podría ubicarse en cualquier periodo—ya que la ubicación temporal no está bien representada— es destacable que el glorioso pasado indígena, en contraposición a la barbarie española, sea el marco de la narración. Esta novela puede considerarse como precursora porque fue la primera creación literaria mexicana de tema histórico, de personajes indígenas y de tratamiento romántico, lo que le da un valor

²⁰⁵ Alejandro González Acosta. *El enigma de Jicotencal. Estudio de dos novelas sobre el héroe de Tlaxcala*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto Tlaxcalteca de Cultura, Gobierno del Estado de Tlaxcala, 1997. p. 22.

²⁰⁶ Según afirma John Brushwood, no es sorprendente que las primeras obras de ficción, consumada la independencia, se interesaran en el pasado de México. El foco de atención no estuvo en ningún punto del pasado en particular, pues México "carecía de una Edad Media a la que pudieran retroceder los novelistas, como hicieron los europeos". Los temas más socorridos son los de la Inquisición, el indio idealizado en contraste con el conquistador y la defensa del criollo. Cfr. Brushwood, *op. cit.*, pp. 154-155.

importante entre las novelas cortas que se escribieron en el siglo XIX.²⁰⁷

Lacunza describe en su obra un mundo indígena idílico, lleno de valores como el honor, al amor a la patria, la lucha por conservar lo propio y la injusticia de los conquistadores que destruyen el entorno que existía antes de su llegada. Así empieza la novela:

Eran los últimos días de Moctezuma: el imperio volaba a su ruina, y la espada de los españoles hacía estremecer el trono del monarca; donde quiera se escuchaban sus victorias, y los hijos de América doblaban el cuello a la cadena de los conquistadores.²⁰⁸

En este relato encontramos muchos elementos que nos hablan del afán decimonónico de buscar en los hechos remotos sucesos de gloria en los cuales basar una historia propia, que no tuviera nada que ver con el tiempo de dominación del que habían logrado emanciparse. De ahí que en *Netzula* los españoles sean los villanos, que van a despojar a los héroes de América de su patria:

El extranjero se presentó sobre las montañas: los fuertes de América estaban sobre el valle firmes, inmóviles, apoyados sobre sus ramas, como la encina, cuyas ramas se asientan en su ancho tronco; el sol estaba en sus armas; los hijos del océano se adelantan hacia nosotros, y un torrente de fuego va delante de ellos; el humo los envuelve, y el sol se oculta en un velo de nubes y sangre: el campo es todo un lago rojo, un sepulcro de héroes.²⁰⁹

²⁰⁷ Ángel Muñoz Fernández. *Los muchachos de Letrán. José María Lacunza. Estudio y recopilación*, México, Factoría Ediciones, 1997. p. 95. Existe otra narración histórica de tema indígena, *Jicoténcal*, publicada en 1826 en Filadelfia, y de posible autoría de José María Heredia, lo que trata de probar Alejandro González Acosta, *op. cit.* De cualquier manera, esto no le quita a *Netzula* su carácter precursor, ya que es la primera narración de tema indígena escrita y publicada en México, y hecha por un mexicano.

²⁰⁸ Lacunza, *op. cit.*, p. 15.

²⁰⁹ *Ibid.*, p. 22.

En esta narración, el autor no menciona un lugar específico en donde ocurren los sucesos, sino que habla de "América" o "el Anáhuac", como la patria conquistada, y le da al mundo indígena una uniformidad que no tenía en realidad. Sin embargo, cabe destacar esta imagen de América como un lugar de identificación común de sus habitantes, idea que prevalece en los primeros luchadores por la independencia en los países de las antiguas posesiones españolas. En el caso específico de México, los fundadores de la independencia definieron el país en formación como una vieja entidad, Anáhuac, y el acta de independencia se refiere a que se recobró el ejercicio de la soberanía usurpada. El hecho es que la nación como una realidad fue algo que los caudillos independentistas sabían que estaba en el futuro.²¹⁰ Vemos que Lacunza retoma esta idea en su novela, y da la imagen del mundo indígena como una totalidad que existía como tal desde antes de la llegada de los peninsulares.

Por otra parte, los españoles no poseen una identidad determinada, es decir, no tienen nombre ni se les describe físicamente, únicamente son los conquistadores. Netzula cae en sus manos y se siente perdida:

Ha salido ya de la montaña, y repentinamente se encuentra rodeada por cuatro soldados cuya lengua es ignorada de ella: no puede dudarlo, ha caído en manos de los españoles: conoce todo el horror de su desgracia, y se resigna al sufrimiento: todo lo ha perdido para siempre: sus padres, su patria y aun su amante.²¹¹

La novela de Lacunza, sin ser una recreación histórica rigurosa, presenta en sus páginas la visión de su época acerca del significado de la conquista y es retrato fiel de la búsqueda de los mexicanos de un pasado remoto que le diera sustento a su presente. Era necesario, para tener una patria propia y un sentido de pertenencia a ella, que hubiera un pretérito glorioso del cual enorgullecerse. Cabe destacar que, más adelante, cuando el autor estuvo al frente de la recién creada cátedra de Historia en la

²¹⁰ Anna, *op. cit.*, p. 7.

²¹¹ Lacunza, *op. cit.*, p. 48.

Academia de San Juan de Letrán, en 1843, publicó un discurso histórico en el que no mencionó en ningún momento al mundo prehispánico como un tema de estudio que debía seguirse en México. Al respecto, Ortega y Medina dice que la actitud de Lacunza revela un europeísmo entusiasta que desdeña lo propio, y aunque es y se sabe nacido en el país, se siente más mexicano por sus raíces europeas que por las indígenas.²¹² No obstante, es evidente que en los años que escribió su novelita, estaba muy influenciado por las ideas de nacionalizar la literatura, de ahí que el tema elegido haya sido un romance entre dos indígenas, frustrado por la conquista española.

En el caso de *El inquisidor de México*, de José Joaquín Pesado²¹³, el tema, como su título lo indica, es el auto de fe seguido por el tribunal de la Inquisición contra dos jóvenes enamorados, acusados de judaizantes. Esta narración, junto con otras de igual extensión, o menos formales, es la precursora de las novelas sobre el mismo tema que tendrían como representantes más importantes a Justo Sierra O'Reilly con *La hija del judío* y a Vicente Riva Palacio con varias de sus obras.²¹⁴

La historia se ubica en el año de 1648 y su autor logra recrear muy bien el ambiente colonial, tanto en Jacomulco como en la ciudad de México, en donde se lleva a cabo dicho auto de fe. Además, Pesado nos presenta la figura del inquisidor Domingo Ruiz de Guevara, quien

persiguió infatigablemente a los pocos herejes, moriscos y judíos que pudo haber a las manos en estas tierras, y su rigor era tal que pasaba en proverbio. Siempre tenía en la mano la espada de Elías y nunca el bálsamo del samaritano. Es verdad que su rigor procedía de su misma rectitud; pero nadie pondrá

²¹² Juan A. Ortega y Medina. "La primera polémica mexicana acerca de la historia" en *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, 2ª. ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1992. pp. 76-77.

²¹³ Otras obras de José Joaquín Pesado son: *El amor frustrado y Poesías originales y traducidas*. Cfr. Ruiz Castañeda, *Diccionario de sinónimos...*, p. 635.

²¹⁴ J. Lloyd Read. *The mexican historical novel. 1826-1910*, Nueva York, Instituto de las Españas en los Estados Unidos, 1939. p. 73.

en duda que esta misma rectitud llevada al exceso, causa tantos males como los vicios.²¹⁵

Este personaje es el más importante dentro de la novela, y el autor lo presenta como un hombre celoso de su deber, honesto y rígido, quien se transforma al final por la fuerza del amor filial, ya que la judaizante condenada a la hoguera resulta ser su hija, a quien habían arrebatado de su lado cuando era muy pequeña. El padre rescata a Sara de las llamas de la hoguera, y su desesperación es tal, que se arroja a las brasas “para desatar él mismo a su hija o perecer con ella”.²¹⁶

El trasfondo de esta narración es una crítica al tribunal de la Inquisición, causante de males y desgracias, así como injusticias sin fin. El prometido de Sara, Jacobo Ribeiro, habla así:

porque en un país, donde existe un tribunal, que avasalla las conciencias, y se engrandece con las riquezas de los que llama sus enemigos, es imposible que éstos vivan seguros. Sobran espías y delatores...²¹⁷

Es a partir de la culminación de la independencia que el antiespañolismo se manifiesta plenamente en México, ya que todo lo que tenga que ver con la Madre Patria suena a tiranía y atraso. De ahí que surjan obras que se dedican a criticar los males prevalecientes en el régimen colonial, uno de ellos, y tal vez el más denostado, el tribunal de la Inquisición. De este modo, la narración de Pesado se inserta en ese camino, aunque es justo decir que trata de dar un rostro humano a la acción del inquisidor, y de entender los motivos que lo llevan a actuar como lo hace, es decir, aunque critica a la institución, se pone en el lugar de quienes tenían que hacer ese ingrato trabajo:

El deseo de cumplir con nuestros deberes y desagrar a Dios, extirpando la infidelidad y la herejía de los dominios de nuestro invicto y católico monarca el rey de España (aquí inclinaron todos la cabeza) nos hace apresurar el curso de las

²¹⁵ Pesado, *op. cit.*, p. 102.

²¹⁶ *Ibid.*, p. 135.

²¹⁷ *Ibid.*, p. 100.

causas que tenemos pendientes, a fin de celebrar dentro de poco un auto solemne de fe... pidamos la luz de lo alto, y llenos de celo, apliquemos el cauterio y la cuchilla a la llaga inveterada de la herética pravedad, y del ciego y obstinado judaísmo. Desaparezca el pueblo indócil israelita de la faz de la tierra...²¹⁸

El tema escogido por Pesado, así como la manera de desarrollarlo, nos hablan del interés por recrear el pasado y tratar de que éste sea accesible al gran público.

Este afán de que la literatura se nacionalizara y llegara a la gente, no tuvo el éxito que nuestros primeros escritores esperaban, ya que de la independencia a la cuarta década del siglo sabían leer uno de cada diez mexicanos.²¹⁹ Sin embargo, los esfuerzos de los escritores, especialmente estos primeros que publicaron sus obras en el órgano informativo de la Academia de Letrán —entre los cuales está José Joaquín Pesado— son dignos de encomio por su empeño en la difusión de la literatura nacional y por su interés de encontrar en el pasado colonial motivos de inspiración; de ofrecer una imagen, aunque negativa, de la historia que se estaba escribiendo. Por otra parte, cabe destacar que el autor, a pesar de ser un católico convencido que algunos años más tarde sería editor de un periódico cuyo fin era defender a la religión, no deja de ver lo malo que trajo consigo el multicitado tribunal. El espíritu crítico —sin asomo de complacencia— que caracterizó a estos creadores es evidente.

Otra de nuestras novelitas históricas es *El criollo*, de José Ramón Pacheco. Como su nombre lo indica, el protagonista es un hijo de españoles nacido en tierras americanas que sufre la discriminación por esta condición. El relato está ambientado en Nueva Galicia, a principios del siglo XIX, y el meollo del asunto es la oposición de la madre de Rosa, bella joven de quien Eugenio

²¹⁸ *Ibid.*, p. 103.

²¹⁹ Rafael Pérez Gay. "Avanzaba el siglo por su vida", en *Del fístol a la linterna. Homenaje a José Tomás de Cuéllar y Manuel Payno en el centenario de su muerte*, Margo Glantz (coord.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Dirección General de Publicaciones, 1997. p. 181 (Al Siglo XIX. Ida y Regreso).

está enamorado, a que su hija contraiga matrimonio con alguien que no sea peninsular. Según Pacheco, en la época colonial:

Anatema político y excomunión social era la suerte de la más sólida virtud y del saber más profundo si tenían la fatalidad de recaer en un hijo de español. En todas las capitales del país y hasta en los últimos cortijos, bastaba haber venido del otro lado de los mares para ser mejor que el criollo más distinguido.²²⁰

El autor deja constantes testimonios a lo largo de su obra del clima de persecución que existía contra los criollos, según él despreciados y degradados durante la época colonial, por lo que constituye una denuncia de estos abusos y responde al clima de rechazo a lo hispano que ya se ha mencionado antes. Por otra parte, también existía, según Pacheco, un profundo desconocimiento del mundo, a excepción de lo concerniente a la metrópoli:

En aquellos tiempos se puede decir que en América se ignoraba la existencia del resto del mundo. Sin ninguna comunicación con el extranjero, se creía que fuera de México no había más país en la tierra que la España; y siendo aun la correspondencia con ésta muy irregular, era una cosa extraordinaria la llegada de alguna noticia de la metrópoli [...] No obstante que ya en la madre patria se batían por todas partes contra el vencedor de la Europa, incendiada toda en guerras, nada alteraba en la Nueva España, y mucho menos en la Nueva Galicia, aquella sepulcral tranquilidad todavía a fines de 1810.²²¹

En la cita anterior encontramos nuevamente el reproche a una sociedad atrasada, sin relación con el exterior y sumida en una tranquilidad muy parecida a la muerte. Sin embargo, el protagonista había adquirido conocimientos superiores a los de su siglo "en el secreto estudio de las obras anatémizadas por el Santo Oficio, porque trataban de los derechos y de la historia de los pueblos".²²² La mención al papel de la Inquisición sobre la

²²⁰ Pacheco, *op. cit.*, p. 230.

²²¹ *Ibid.*, p. 247.

²²² *Ibid.*, p. 211.

censura de ciertas obras es otra faceta en la que se sustenta el rechazo a todo lo que representara lo español en tierras americanas.

La relación de Rosa y Eugenio es imposible, y finalmente ella muere en sus brazos, lo que lleva al criollo a unirse a la lucha insurgente, y a morir fusilado:

Una tarde, en la primera de las ejecuciones que se hicieron en el costado sur de la alameda (bautismo de sangre que recibió Guadalajara de las manos del general don Félix María Calleja), venía Eugenio, más bien arrastrado que conducido, teniendo una pierna hecha pedazos. Vuelto de espaldas para ser fusilado como traidor, quedaba de frente a la pared del jardín de la familia de Rosa [...] Todavía existen en el muro las huellas de las (balas) que atravesaron su cabeza. Aquella noche fue espantosa en Guadalajara; mas aquella noche y otras que se le parecieron en el discurso de once años, terminaron para el Criollo con la aurora que brilló en Iguala el 24 de febrero de 1821.²²³

Pacheco culmina su obra nada menos que con la incorporación de su protagonista a las filas insurgentes, y su sacrificio no será en vano, ya que a partir de la promulgación de la independencia, según asegura el autor, se terminarían los problemas de los criollos.

En esta novela se encuentran dos ideas que dominaban el período: el régimen colonial fue malo e injusto, y con la vida independiente, la situación cambió. Sin embargo, y pese al optimismo imperante, para la época en que Pacheco escribe su novela, ya se ha podido dar cuenta que no necesariamente un cambio de régimen ha traído el progreso deseado. De cualquier manera, resalta la idea del atraso colonial que el autor quiere dejar plasmada en su obra.

Manuel Payno, autor de *Aventura de un veterano*, también incursiona en las novelitas de tema histórico, y su obra se ubica a principios de siglo. El protagonista, Pedro Celestino Castaños, es

²²³ *Ibid.*, p. 248.

un veterano de la guerra de independencia que ha estado bajo las órdenes de Morelos y dice de sí mismo: "soy un capitán insurgente, y mal que bien, mando una partida de valientes, que no dejan de dar qué hacer a las tropas del rey".²²⁴ El autor, como se puede ver, hace de su protagonista un leal soldado que lucha por conseguir la libertad de su patria.

En esta obra de Payno puede verse ya el deseo de rescatar a los héroes nacionales, lo que más adelante sería la "historia de bronce" como la llama Luis González. No deja de ser significativo que, en este caso, al tratarse un tema romántico, también el héroe tenga un papel especial:

En los tiempos en que se ha colocado esta narración, es decir, cuando el gran Morelos favorecido por la fortuna, había vuelto a levantar el estandarte de la libertad, era muy frecuente que así mexicanos como españoles, perseguidos simultáneamente por sus enemigos, abandonaran sus casas y parte de sus intereses. Resultaba de esto que muchas de las ricas posesiones del campo quedaban yermas y solitarias, y a la merced de las primeras tropas que querían instalarse en ellas. También en esta época había no sólo ejércitos que reunidos combatían por sus opiniones, sino guerrilleros que reunían más o menos número de hombres, y hacían la guerra por su cuenta, y cometían todo género de robos y maldades, desacreditando y entorpeciendo el progreso de la causa que defendían.²²⁵

Como podemos apreciar, en la cita anterior hay varios elementos que nos hablan de las ideas de la época acerca de lo que fue la guerra de independencia, que significaba también la liberación; además, vemos la concepción de los ejércitos insurgentes que combatían "por sus opiniones", en contraposición a los guerrilleros que lo único que querían era sacar ventaja del desorden imperante y con esto, desprestigiar la lucha armada, que el autor describe como una pelea "por la libertad de México."²²⁶

²²⁴ Payno, *op. cit.*, p. 481.

²²⁵ *Ibid.*, p. 485.

²²⁶ *Ibid.*, p. 486.

Payno, redactor de *El Museo Mexicano*, participa del propósito de esta publicación y trata de mostrar, a través de diversos escritos, una nación desconocida hasta entonces. Este anhelo lo plasma en su novelita de tema histórico y nacionalista: un veterano de la guerra de independencia, que lucha por lograr la liberación de su patria.

La última novela corta de tema histórico que nos ocupa es *La condesa de Peña Aranda*, de Ramón Isaac Alcaraz; en ella, nuevamente nos encontramos con una obra situada a principios del siglo XIX, en 1807. La crítica al régimen colonial también está presente en esta narración, al igual que en las anteriores. De la sociedad colonial Alcaraz dice:

México era la corte de una colonia: corte mezquina, reo burlesco de las cortes de los reyes, con su semi-rey y con su farsa de nobleza. Ésta, hija de las riquezas y no de las hazañas de cien antepasados honrados y belicosos, era quizá la más ignorante y al mismo tiempo la más fatua de todas las clases de nuestra sociedad de entonces, porque muy del caso será advertir aquí que un mayorazgo, un título, el primogénito de un conde o de un marqués, con las inmensas riquezas que a la muerte del padre le quedaban, se creía dispensado de saber aun las cosas más triviales, indispensables para el trato familiar y pasaba sus días en francachelas y desórdenes, en medio de los cuales proyectaba una fundación religiosa, o hacía una pingüe donación a algún convento con el piísimo objeto de ganarse por este medio el cielo. ¡Sacrilega mezcla de impiedad, de religión y de orgullo! que confundidos formaban la careta que para aparecer en la sociedad nos legaron nuestros abuelos, aquellos que agitados por un delirio de muchos años quisieron que de en medio de la sangre de millares de víctimas brotara una religión pura y sin mancha. Éste era en efecto el carácter distintivo de nuestra sociedad; era ésta una matrona de dos caras, de las que en una se veían las huellas profundas de la más desenfrenada prostitución, y en otra la máscara, no de la virtud, sino de la más simulada hipocresía.²²⁷

²²⁷ Alcaraz, *op. cit.*, p. 237.

Como podemos ver, la opinión que tenía Alcaraz sobre la sociedad colonial no era muy halagüeña, y también él calificaba a los habitantes de la Nueva España como gente ignorante y fatua. Nuevamente se plasma en las páginas de esta obra el antiespañolismo imperante en la época, y se nos habla de lo mucho que los mexicanos ganaron con la libertad política a raíz de la independencia. Parece que el autor quiere que sus lectores se den cuenta de que las cosas están mejor que en la época virreinal, ya que dice:

Tiempos funestos que deben convencer a los que entre nosotros suspiran por ellos todavía, de lo mucho que hemos ganado con nuestra república, con nuestra libertad, que aunque vacilantes ahora por las ambiciones particulares, jamás llegarán a caer, porque tarde o temprano el patriotismo levantará sus brazos para sostenerlas.²²⁸

El optimismo nacionalista y la visión de las bondades del sistema republicano aun prevalecían en la mente de nuestros escritores, y aunque no negaban que había problemas, éstos eran menores en comparación con lo que se había ganado al obtener la libertad. De esto, la obra de Alcaraz es un ejemplo fehaciente.

Podemos decir que en nuestros creadores había razones de peso para tratar temas históricos en sus novelas, entre ellas la búsqueda de una identidad nacional; el rescate de los valores de antaño, como eran la lucha heroica por la independencia, así como el glorioso pasado indígena, y la reproducción del ambiente colonial, con sus fallas e injusticias, para demostrar que el presente era mejor que los trescientos años transcurridos bajo el yugo español.

Los primeros novelistas de que se habla no tuvieron ningún tipo de instrucción en cuanto al oficio literario, ya que no existía la carrera de letras, y todos aprendían a escribir únicamente con la práctica, y aun así se aventuraron a tratar temas históricos que respondían a la necesidad de rescatar las glorias idas a partir de elementos muy convencionales. En ellos se dio el oficio de

²²⁸ *Ibid.*, p. 238.

historiar pero sin el rigor de un especialista que busca en documentos de antaño la verdad de la que forma parte. Alejandro González Acosta afirma que era una exigencia del presente para los escritores decimonónicos recuperar la memoria autóctona como una necesidad de “nutrir espiritualmente las nuevas naciones y fomentar el orgullo de tener patria propia”. Además, durante siglos la historia se había adulterado a consecuencia del dominio español, por lo que el objetivo primordial era clarificar la verdad de los hechos pasados mediante lo que debió ser, sin perder de vista que se trataba de obras de ficción.²²⁹

En conclusión, las novelas históricas cumplieron una función más allá de la pretensión de entretener. Hubo un trasfondo educativo en su elaboración y difusión, y la ilusión de que, por tratarse de novelitas y no de tratados históricos profundos, éstos llegaran a un público más amplio. No sabemos si tuvieron el éxito esperado, pero el hecho es que son un legado literario de suma importancia y que, a juicio de Ruedas de la Serna, ha sido equivocadamente olvidado.²³⁰

²²⁹ González Acosta, *op. cit.*, p. 79.

²³⁰ Ruedas de la Serna, “La novela corta...”, p. 71.

LA MORAL PÚBLICA Y PRIVADA EN LAS NOVELAS CORTAS

No es fácil definir elementos abstractos como la moral, o el sistema de valores que se desprende de ésta. Sin embargo, todos los seres humanos, en tanto que miembros de una comunidad, nos regimos por ciertas normas de conducta, actitudes y relaciones que forman el conjunto de la moralidad, ya sea pública o privada.

Por otra parte, explicar la moral tampoco es una tarea exenta de dificultades, ya que lo que se considera “bueno” en alguna cultura, puede no serlo en otra. De cualquier manera, puede definirse como “una dimensión específica de la acción humana, que se manifiesta en pautas de comportamiento, en formas de vida [...] no puede identificarse en hechos aislados, ni en decisiones particulares, sino en sistemas habituales de relación”.²³¹

La moral pública, según la tradición liberal, se concentra en las garantías individuales y en la tolerancia, por lo que el respeto al individuo, en su carácter íntimo, es su fundamento. De ahí que ambas estén intrínsecamente relacionadas. En cuanto a la privada, se trata del comportamiento del individuo frente a sus valores personales, a su conciencia y la necesidad de actuar según un orden que casi siempre está regido por normas religiosas.

En el ámbito de la moral pública, en este caso la actuación del ciudadano frente a sus deberes como tal, las novelas cortas reflejan esos valores predominantes en la mentalidad de la primera mitad del siglo XIX.

En cuanto a lo concerniente a la conducta cívica, el concepto de patria como una entidad que había que defender del enemigo,

²³¹ Fernando Escalante Gonzalbo. *Ciudadanos imaginarios. Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vivo triunfante en la República Mexicana: tratado de moral pública*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, 1992. p. 32.

está presente en varias de las narraciones que nos ocupan. En *Netzula*, por ejemplo, lo que mueve a los personajes es el afán de conservar su “país” de nacimiento, aun con la ofrenda de su propia vida si es necesario. En un diálogo entre *Netzula* y su amado Oxfeler, se dice:

‘La patria me llama, no me detendré, linda virgen, tu memoria me seguirá a todas partes...’ ‘guerrero, la patria es tu primer deber, no la prives por una pasión del auxilio que debe esperar de ti en los días de su conflicto: vuelve al ejército y consuela con la gloria tu dolor’²³²

Es interesante destacar el concepto de una tierra natal ubicada en el pasado prehispánico como un símbolo de poseer, desde un tiempo remoto, un lugar propio, depositario del patriotismo, que fue destruido por la conquista, y que gracias a la literatura, en este caso, se puede rescatar y glorificar.

En la novelita de Payno, también está presente este valor como algo fundamental de la época, tanto que el autor nos describe así al villano Rascón Fernández:

En este caso se hallaban los capitanes Pedro Celestino Castaños y Rascón Fernández, con la diferencia de que el primero tenía a sus órdenes doscientos rancheros, antiguos servidores suyos, que defendían leal y valientemente la causa de la independencia, mientras el segundo, aunque mexicano, había abjurado sus opiniones, y la defensa de su patria, y reuniendo una colección de hombres criminales y prostituidos, recorría los pueblos y haciendas de la tierra adentro, cometiendo en nombre del rey, los más inauditos excesos y crueldades.²³³

En la cita anterior resalta la aclaración del autor sobre el hecho de que el jefe de la banda de ladrones traicionó la causa de la independencia, es decir, la lucha por la nación, a pesar de ser mexicano. Pareciera que son valores que se contraponen: no puede haber mexicanos que traicionen a su patria. Nuevamente

²³² Lacunza, *op. cit.*, p. 49

²³³ Payno, *op. cit.*, p. 483

aparece este concepto como un valor imperante en la época, lo que no es extraño si consideramos que el patriotismo era necesario como factor de cohesión en una sociedad que necesitaba lazos de unión e ideales comunes. Además, se puede ver que a los ojos de Payno ya existía la idea del mexicano como alguien perteneciente a un lugar común que nada tenía que ver con lo español.

En *Una pasión*, el autor critica las luchas civiles que se daban constantemente en la época que nos ocupa, y las califica de innecesarias frente a la oportunidad de sacrificarse por su país:

Marchaba la columna y el joven iba con cierta satisfacción melancólica: parecía uno de tantos valientes que entran al peligro, y mueren en nuestras guerras civiles sin aplauso, sin gloria, sacrificando estérilmente su valor, que haría grande a la patria en una guerra exterior.²³⁴

Casi puede decirse que Revilla no veía con malos ojos un conflicto armado con otra nación para probar el patriotismo de los mexicanos, algo que, por cierto, sería un hecho en 1846. No era necesario enfrascarse en guerras intestinas, y lo mejor sería unirse para defender la tierra natal de la presencia de un enemigo común.

Este concepto de la patria, término que se equipara con la nación, surge en las postrimerías de la colonia y responde al sentimiento de que México es otra cosa diferente a España, una nueva entidad con características determinadas. En el momento inmediatamente anterior a la independencia existe por primera vez una conciencia acabada de la propia realidad, del pasado común, de los problemas nacionales,²³⁵ y como podemos ver, esta concepción se refuerza a partir de la consumación de la independencia, y se manifiesta también en los escritos de tipo literario, tanto como en las narraciones históricas.

²³⁴ Revilla, *op. cit.*, p. 335

²³⁵ Rafael Moreno. "Creación de la nacionalidad mexicana" en *Cultura, ideas y mentalidades. Lecturas de historia mexicana*, Hernández Chávez Alicia y Manuel Miño Grijalva (coord.), México, El Colegio de México, 1992. p. 102

Ahora bien, en otro orden de ideas, el “arte” de gobernar se relaciona con abusos y corrupción desde la época que nos ocupa. Según José Ramón Pacheco, “el giro de las ideas y de los intereses del mundo, eso que se llama política, no es más que la vil historia de la especie humana.”²³⁶ Ante esta afirmación, cabe destacar que la vida pública no estaba incluida en la moral, sino en la inmoralidad, reflejada en los constantes levantamientos y problemas que prevalecían entonces. Había tanto hastio sobre estos hechos, que en *Mi paisano* su autor escribe que el único interés de los conspiradores era saquear lo que se pudiera, ya que “la verdadera libertad consiste en robar al prójimo para vivir con opulencia y holganza”²³⁷

El abuso del poder en los puestos de gobierno también se plasma en las novelas estudiadas. En el caso de *Margarita*, el malvado Pablo que la seduce y la maltrata, es además un hombre corrupto y sin escrúpulos. Cuando consigue un empleo en la aduana de Mazatlán, un amigo lo felicita de esta manera:

Bravísimo, chico, bravísimo, te doy mil parabienes por tan glorioso triunfo. ¡Ah! Tú sí que puedes decir con verdad que ¡aseguraste tu fortuna! ¡Un empleo en la aduana marítima de Mazatlán!²³⁸

Por otra parte, las injusticias y la defensa del crimen son recreadas por Rodríguez Galván en *Manolito el pisaverde*. No olvidemos que María, a quien su marido deja por otra, no tiene ninguna esperanza de que se haga justicia, ya que, dice “en la época que vivimos se ensalza el crimen y se desprecia la virtud”.²³⁹

En cuanto a la moral pública, podemos concluir que el patriotismo es un valor muy importante en la época

²³⁶ Pacheco, *op. cit.*, p. 244.

²³⁷ F. C., *op. cit.*, p. 381.

²³⁸ Navarro, *op. cit.*, p. 184.

²³⁹ Rodríguez Galván, *op. cit.*, p. 191.

decimonónica, al igual que la conservación del orden común en contraposición a la anarquía que se vive constantemente por los levantamientos armados de la época. De igual manera, el cumplimiento del deber por parte de los funcionarios públicos y la misión del político como un servidor del pueblo, destacan como valores frente a la corrupción y el abuso de poder.

En el ámbito de la moral privada, las novelas cortas nos presentan un panorama más amplio, y los valores que se pueden rescatar a través de sus páginas nos remiten especialmente a los deberes de tipo religioso, lo que refleja una sociedad profundamente católica en este caso.

En la novela de Lacunza vemos que el autor se hace eco de las costumbres de su tiempo traslada al ámbito de su narración, a pesar de que ésta ocurre en la época de la conquista. Así, cuando Netzula decide renunciar al amor porque el elegido de su corazón no es el hombre que le han destinado como esposo, según cree ella, decide "ceñirse la banda de las sacerdotisas del sol, y vivir separada del universo, (ya que) en los pensamientos tristes nos fijamos en la religión, ella es el consuelo de las calamidades del dolor en la vida."²⁴⁰

La misma idea se encuentra en *El criollo*, ya que la protagonista se refugia en un convento, aunque por órdenes de su madre, cuando no puede amar a Eugenio:

Creyendo que la reclusión fuese un medio eficaz para formar el corazón de su hija a su modo, la hizo entrar a Santa María de Gracia, en clase de colegiala, diciendo en confianza a una hermana suya y a otras amigas monjas de aquel convento, el motivo de aquella determinación, y recomendándoles la amonestasen con frecuencia, y la inclinasen más bien a tomar el velo, si no la podían reducir a dar con gusto su mano al sujeto que la destinaba.²⁴¹

²⁴⁰ Lacunza, *op. cit.*, p. 41.

²⁴¹ Pacheco, *op. cit.*, p. 232.

En ambos casos se ve en la religión un refugio ante los infortunios y las penas de amor, además de ser un consuelo del afligido. De igual manera la ve Rodríguez Galván:

¡Felices los que dentro de su pecho tienen elevado un trono a Dios de todo lo que existe! En Él encuentran refugio, como el niño en los brazos de la que le dio el ser, como el mendigo en la casa de su bienhechor, como el peregrino que atraviesa el desierto sin norte ni consuelo, en una tienda hospitalaria que le defiende de los ardorosos rayos del sol, y donde una mano piadosa humedece sus labios secos y moribundos.²⁴²

Además de ser un refugio y un consuelo, la religión también cumple la función de redimir al que ha pecado, como es el caso de *Margarita*:

Tres años de arrastrar una vida de remordimientos, habían bastado para arrancarle aquella belleza incomparable de una alma inocente y sin mancha, que anima las facciones de un rostro juvenil. ¡Desventurada! ¡todo se conjuró para perderte! Mas cobra ánimo, empapa con tus lágrimas los pies de Jesucristo, como la pecadora del Evangelio, y tu alma tornará a despedir la suave fragancia de la virtud, y ceñirá otra vez tus sienes la resplandeciente aureola de la pureza.²⁴³

La redención también está presente en la *Aventura de un veterano*, en donde el capitán Castaños, cuando está a punto de ejecutar al bandido Rascón Fernández, lo insta a suplicar la misericordia por sus pecados:

Os he dado tiempo, y os he suplicado mucho, Rascón, que arregléis vuestras cuentas con Dios, y procuréis salvar vuestra alma.

-Os he dicho que Dios me ha abandonado, capitán, y que no puede alcanzarme su perdón.

-Os engañáis, Rascón: Dios perdona los más grandes crímenes, y los hombres no podemos hacerlo²⁴⁴

²⁴² Rodríguez Galván, *op. cit.*, p. 189.

²⁴³ Navarro, *op. cit.*, p. 185.

²⁴⁴ Payno, *op. cit.*, p. 492.

De igual manera, en *El criollo* hay un reo a quien el sacerdote anima a pedir perdón por sus malas acciones. Éste no es otro que Eugenio, quien acusado de la muerte de Rosa espera su sentencia en la cárcel. El confesor de su amada le decía:

Hijo mío, [...] en esta hora terrible le queda al desgraciado el gran consuelo de la religión. Si los hombres no tienen piedad al aplicar la justicia, un Dios amoroso perdona la flaqueza humana, y paga con una dicha eterna, con una dicha inefable, un solo acto de arrepentimiento.²⁴⁵

En *El inquisidor de México*, el autor tiene buen cuidado de no confundir la religión “de verdad y de amor” con la actuación del Santo Oficio. De esta manera, don Domingo Ruiz de Guevara, el inquisidor, que trata de salvar a su hija y de convertirla al catolicismo —ya que había sido educada como judía— queda inconsolable cuando ésta muere:

Llorábala de día y de noche sin encontrar alivio, hasta que resignado con los decretos de la Providencia, lo buscó en la religión. Entonces conoció cuánto distaba ésta del ciego fanatismo. Renunció al cruel oficio de inquisidor, dedicándose en los días que le quedaron de vida a la enseñanza de los niños, al socorro de los pobres, al cuidado de los enfermos y al consuelo de los desgraciados.²⁴⁶

En *Manuelita* encontramos la idea de que el ser católico es una buena carta de presentación. La madre de la protagonista, agradecida por las atenciones que el extranjero Kildar ha tenido con ella, decide darle a su hija en matrimonio, contra la voluntad de ésta, porque considera que él es bueno por profesar la religión a que nos referimos. Desgraciadamente, éste no resulta tan buen tipo como se esperaba y Manuelita lo engaña con su antiguo enamorado, con quien no pudo casarse por falta de dinero. Sin embargo, los remordimientos no la dejan vivir y recurre a la religión únicamente como un autoengaño —según describe el

²⁴⁵ Pacheco, *op. cit.*, p. 247.

²⁴⁶ Pesado, *op. cit.*, p. 137.

autor— ya que de todas maneras vive una relación adúltera con otro hombre.²⁴⁷

En esta sociedad profundamente religiosa, según lo que nos dicen las novelas, el 24 de diciembre era un día de gran dicha. Así lo describe Domingo Revilla:

México presenta en este día un espectáculo de regocijo universal, cuyas dulces sensaciones no se pueden expresar, sin haberlas antes experimentado con detenida contemplación... El más brillante concurso se hallaba en la iglesia: cuanto posee México de notable estaba allí reunido. Las melodiosas voces de los jóvenes de ambos sexos, unidas a las de los instrumentos, resonaban en las bóvedas del templo. Aquellos cánticos sagrados arrobaban a los asistentes, en quienes se retrataba un júbilo santo, mezclado de entusiasmo y de piedad.²⁴⁸

La vida religiosa era muy intensa, según se puede apreciar a través de las novelas, y en la religión se encontraba el consuelo para los males, el perdón de los pecados y la esperada redención. El catolicismo tenía un dominio sólido en el país y, según afirma Escalante Gonzalbo, ni siquiera entre los más anticlericales del grupo liberal hubo una genuina disidencia religiosa.²⁴⁹

La religión, por otra parte, no es lo mismo que la Iglesia como institución, y ésta no aparece mencionada en las novelas. Es claro que si bien la religión representó un lazo de unión efectivo entre los mexicanos, esto no iba siempre aparejado con la aceptación de los ímpetus políticos del clero. En algunos relatos de extranjeros esto queda claro²⁵⁰, y es significativo que de las diez novelas analizadas, en ninguna se hace una crítica abierta a la corporación eclesiástica. Sí hay menciones al Santo Oficio y sus crueldades, pero no a la organización católica como tal.

²⁴⁷ Prieto, *op. cit.*, p. 3.

²⁴⁸ Revilla, *op. cit.*, p. 325.

²⁴⁹ Escalante, *op. cit.*, p. 142.

²⁵⁰ José Enrique Covarrubias. *Visión extranjera de México, 1840-1867. El estudio de las costumbres y de la situación social*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, 1998. p. 169.

Otro aspecto importante de la moral privada que aparece en las novelas cortas es la virtud. Así, el protagonista de *Aventura de un veterano* está dispuesto a perdonar al bandido Rascón Fernández por el asesinato de su esposa, pero nunca por la deshonra de su hija.²⁵¹ Del mismo modo, en *El criollo*, los amantes Rosa y Eugenio se detienen a tiempo cuando están a punto de “precipitarse al abismo” por el peligro a que se ve expuesta su integridad.²⁵²

Rodríguez Galván también habla de este valor como esencial y necesario para alcanzar la felicidad:

¡Cuán necios son los que piensan encontrar la felicidad fuera de la paz y del sosiego; fuera del círculo de la virtud, estrecho y áspero en verdad, pero donde la conciencia está tranquila, donde no se ve ni se sueña más que contento y placer, ángeles deliciosos que giran en torno del hombre y que parecen remontarle hasta el firmamento! Preguntad a un niño si es feliz: os dirá que sí, porque los remordimientos no atormentan su alma; y aunque es verdad que tiene algunos disgustos, éstos son inseparables del hombre, porque en la tierra no hay felicidad completa, no hay paz, no hay tranquilidad que no sea interrumpida a cada momento.²⁵³

En cuanto a la moral privada, podemos sacar varias conclusiones. En primer lugar, la religión tenía un papel preponderante en la vida de México en el siglo XIX, y la devoción era el valor más importante en la época, ya que abarcaba todos los ámbitos de la vida nacional.

Los habitantes de México se regían por los preceptos del catolicismo, o al menos, pretendían hacerlo, y si no cumplían con sus deberes morales, estaban ciertos de que recibirían un castigo por su proceder. Desde el escritor calificado como más liberal, como es el caso de Guillermo Prieto, hasta el que casi era considerado como conservador a ultranza, José Joaquín Pesado,

²⁵¹ Payno, *op. cit.*, p. 492.

²⁵² Pacheco, *op. cit.*, p. 245.

²⁵³ Rodríguez Galván, *op. cit.*, p. 198.

todos vieron en la religión un refugio ante las desventuras, un consuelo y una ayuda para llevar una vida recta.

La virtud, tomada como castidad femenina en algunos casos, y también como la propensión a actuar rectamente, también se menciona como un valor muy importante en la época, en la cual quien carecía de virtud era señalado y relegado por sus malas acciones.

IMAGEN FEMENINA

En las novelas románticas, el papel femenino es fundamental, ya que casi todas estas narraciones hablan de amores contrariados, y sus protagonistas son mujeres. Según Jean Franco, las novelas románticas del siglo XIX tienen una acentuada preferencia por las protagonistas femeninas del mal llamado sexo débil.²⁵⁴ Baste como muestra de esto el hecho de que de las diez novelas cortas estudiadas en el presente trabajo, cuatro de ellas llevan por título nombres femeniles: *Manuelita*, *Margarita*, *Netzula* y *La condesa de Peña Aranda*, y el resto, aunque sus títulos no lo indiquen, tienen por tema principal el amor y las dificultades para llevar a cabo los romances que pretenden los protagonistas. De ahí que el tema de la mujer en las novelas sea muy rico, y se nos presenta una importante galería de sus características físicas, así como de sus modos de actuar y de pensar según los autores de las narraciones.

La protagonista es un elemento más de la novela y en la imagen que se recoge en las páginas de nuestras narraciones podemos ver que se reflejan una serie de ideales sobre su belleza y comportamiento que nos hablan del interés de los autores por ofrecer un modelo mexicano femenino, como los escritores de nuestras novelas cortas querían que fuera. De cualquier manera, este ideal representa la visión que estos escritores tuvieron sobre

²⁵⁴ Franco, *op. cit.*, p. 105.

cómo debían comportarse las mujeres ante la sociedad de su época.

Para empezar, el ideal de belleza decimonónico queda de manifiesto de varias maneras. En *Aventura de un veterano*, de Payno, el capitán Castaños, protagonista del relato, encuentra a una joven fondera “rolliza y fresca... de pecho blanco y turgente...y un pequeñito pie”.²⁵⁵

En *Mi paisano*, el autor describe así a una joven de la cual se enamora el protagonista:

¿Do hallar en climas helados
sus ojos negros graciosos
que son fuego,
ora me miren airados,
ora roben cariñosos mi sosiego?
¿Do la negra cabellera
que al ébano se aventaja?
¿Y el pie leve,
que al triscar por la pradera,
ni las tiernas flores aja,
ni aun las mueve?...²⁵⁶

En *Una pasión*, Domingo Revilla describe así a Matilde, la protagonista:

...cuando ve hacia un lado y percibe entre otras, una hermosa joven: la luz de un cirio inmediato resplandecía en su semblante, que no disputa a la nieve su color; pero las rosas parecerán marchitadas al lado de sus mejillas, y los ojos de la gacela quedarían eclipsados al brillo de los suyos, sombreados por una pestaña negra que da un realce angelical a sus delicadas facciones. Su cuerpo y formas están llenas de gentileza; sus maneras tienen el aire de la modestia y de la gracia; en fin, es una de aquellas vírgenes, tipo singular de mi patria.²⁵⁷

²⁵⁵ Payno, “Aventura...”, p. 481.

²⁵⁶ F. C., *op. cit.*, p. 374.

²⁵⁷ Revilla, *op. cit.*, p. 326.

Como podemos apreciar en la cita anterior, el autor pretende describir a las mujeres de su patria, en general, como si todas fueran de un mismo tipo, gentiles, modestas y virginales. No enfatiza las diferencias y nos las presenta en bloque, sin individualizarlas de ninguna manera. Del mismo modo, Ignacio Rodríguez Galván, al describir un baile en *Manolito el pisaverde* dice: “Como brillan las estrellas en el cielo, brillaban las joyas en los angelicales rostros de las jóvenes mexicanas...”²⁵⁸ El autor -al igual que Revilla en *Una pasión*- habla de las mexicanas en general con la intención de uniformar a todas las mujeres bajo el mismo aspecto, en este caso, la faz angélica.

En *La condesa de Peña Aranda*, se describe así a la protagonista:

Mas la que entre todas ellas se llevaba las miradas de cuantos pisaban el umbral de la sala, la que a todas las ofuscaba, como la luz de la luna ofusca el brillo débil de los otros astros, era la reina de la fiesta, María, la hermosa condesa que a todas las aventajaba, si no en belleza, en gracia. Sentada en una de las extremidades de la sala, con toda la hermosura de su rostro y la viveza de sus ojos negros, con su blanco ropaje de finísima seda, con su velo transparente, que ocultaba apenas las formas hechiceras de su seno, con su negro cabello esparcido por la espalda...²⁵⁹

Además, también dice que encantaba a todos con su “cuerpo airoso, su rostro peregrino, su negro pelo suelto, su pie delicado y pequeño...”²⁶⁰

Guillermo Prieto, por su parte, describe así a Manuelita, la protagonista de su novela:

¡Cuán bella era! Su frente apacible como la de los ángeles que pintan contemplando a Jesucristo recién nacido, sus ojos rasgados con esa pestaña riza en su extremo, cuya sombra cae en la mejilla como la del sauce sobre el cristal de la corriente, nariz afilada, labios delgados, su sonrisa forzada dejaba ver su

²⁵⁸ Rodríguez Galván, *op. cit.*, p. 164.

²⁵⁹ Alcaraz, *op. cit.*, p. 239.

²⁶⁰ *Ibid.*, p. 240.

dentadura nítida, pareja... noté que la banda en que se apoyaba su pie estaba al desatarse; apéeme del caballo con garbosa galantería, y fui a componer el mete-pie; al ejecutarlo mi mano imprudente oprimió con el extremo de los dedos aquel pie tan leve, tan mórbido...²⁶¹

En cuanto al aspecto externo de las protagonistas, podemos concluir que todas tienen en común, como ideal de belleza, las extremidades inferiores pequeñas y delicadas, lo que no es extraño si pensamos que en esa época, en la que se usaban vestidos largos, el pie, que era lo único que podía verse del cuerpo femenino, era muy sensual y atributo físico muy importante en las jóvenes.

De igual manera, el cabello negro y los ojos oscuros que tienen casi todas las mujeres descritas en las novelas analizadas, nos indican que existe el deseo de resaltar un tipo de belleza nacional que se identifique con los rasgos mestizos o indígenas. Ninguna de las protagonistas tiene características físicas europeas, como serían el pelo rubio y los ojos claros. Como vemos, existe un ideal de belleza nacional que se quiere plasmar en las narraciones que nos ocupan.

En cuanto a las cualidades o defectos de las mujeres, así como el comportamiento que deben mostrar en todo momento y lo que se espera de ellas, encontramos que la virginidad es un valor muy importante. Netzula, por ejemplo, es una vestal inocente, hermosa, cuyo único ideal es la obediencia a los padres y el cumplimiento de sus deberes como hija y esposa. Por su parte, el capitán Castaños, protagonista de *Aventura de un veterano*, se preocupa cuando su hija es robada y existe la posibilidad que haya sido "deshonrada". Sin embargo, queda tranquilo cuando le dicen que "aun está pura como salió del vientre de su madre"²⁶²

En *El criollo*, Rosa, de quien está enamorado el protagonista, Eugenio, posee "una figura celestial, un corazón amante, un

²⁶¹ *Ibid.*, p. 2.

²⁶² Payno. "Aventura...", *op. cit.*, p. 491.

talento extraordinario junto con un alma pura..."²⁶³, y cuando los amantes se encuentran solos en la alameda de Nueva Galicia y están a punto de sucumbir ante la "fascinación del amor":

Rosa se estremece repentinamente como si todas sus ilusiones se hubiesen disipado, como si la hubiese asaltado un recuerdo, como si se hubiesen agolpado a un tiempo a su imaginación la pesadumbre de su madre, el escándalo del público, la deshonra de su familia, la enormidad de su falta, sus temores religiosos y cuanto podía hacer de una joven de sus circunstancias y en aquellos tiempos, la criatura más infame y la más desgraciada: una transición tan repentina entre dos existencias tan contrarias.²⁶⁴

El amor, por otra parte, es un punto medular de los relatos románticos, y no faltan las opiniones de los autores en cuanto al papel femenino frente a este sentimiento, ya que, según Guillermo Prieto, "la mujer tiene, como las flores, un día de vida, el del amor..."²⁶⁵ En *El inquisidor de México*, se dice de la protagonista:

Sara era también bastante instruida, y se mantuvo firme en los principios que le habían enseñado desde niña, ayudada por otra parte del amor y de la devoción; elementos que, combinados con un corazón sensible y apasionado, cual es por lo común el de las mujeres, son bastantes para hacerlas acometer las más arriesgadas empresas, o sufrir con resignación todo género de males, y aun la misma muerte.²⁶⁶

Como vemos, la sensibilidad y la resignación ante el sufrimiento son elementos atribuidos a las féminas. Además, el papel que éstas jugaban en el matrimonio se plasma en las palabras de Sara: "...todo mi afán era llegar a ser tu esposa, servirte, cuidarte, vivir a tu lado, afligirme cuando estuvieras triste, y alegrarme cuando te viera contento..."²⁶⁷, es decir, su vida giraba en torno del hombre y no podía ser feliz si él no lo era. De igual manera, Rodríguez Galván nos presenta a su personaje

²⁶³ Pacheco, *op. cit.*, p. 211.

²⁶⁴ *Ibid.*, p. 247.

²⁶⁵ Prieto, "Manuelita", p. 3.

²⁶⁶ Pesado, *op. cit.*, p. 120.

²⁶⁷ *Ibid.*, p. 100.

María -que se había hecho pasar por un hombre, Manolito- como una señora desesperada ante el abandono de su esposo y la traición, ya que él la deja sola y se casa nuevamente con otra, y María está dispuesta a todo con tal de conservar su amor, de manera que le dice a Jacinto, cuando él intenta matarla: “jamás creeré que le des muerte a la que tanto te amó y te ama todavía, a la que vivía para complacerte, para adorarte..., todo te perdono con tal de que me vuelvas tu amor, con tal de que te arrepientas de tu crimen...”²⁶⁸

En este tenor, para reforzar esta imagen de la mujer abnegada cuyo único afán debía ser tener contento a su esposo, Juan N. Navarro dice de la protagonista de *Margarita*:

Era Margarita una niña tan cándida y sensible, como hermosa, una de esas criaturas privilegiadas que se gozan con la dicha de sus semejantes, y derraman lágrimas con los padecimientos del desgraciado; que alargan sonriendo, un pedazo de pan al mendigo que implora su compasión, y estrechan contra su seno, colman de caricias y alivian en su soledad al niño desventurado que gime huérfano en la tierra; en fin, uno de esos ángeles de caridad que nos manda el cielo de cuando en cuando, para hacernos llevadera nuestra dura peregrinación por este valle de dolores...ella virtuosa, sensible, en una edad en que el interés no es el móvil de nuestras acciones, se figuraba en sus sueños de felicidad un hombre tierno, apasionado, que pagase su amor, con amor solamente, un hombre en fin, que si existe, no pertenecerá por cierto, a la clase elevada de nuestra sociedad. No obstante, había empleado todos los medios posibles para conquistar el corazón de su esposo, y aunque veía burladas sus esperanzas, a fuerza de virtud sobrellevaba con resignación una vida tan amarga.²⁶⁹

La imagen de las mujeres como seres creados para dar amor, también se encuentra en *La condesa de Peña Aranda*, aunque en este caso la protagonista no cumple con su deber, ya que engaña a su marido. De ella, el autor dice:

²⁶⁸ Rodríguez Galván, *op. cit.*, p. 198.

²⁶⁹ Navarro, *op. cit.*, t. II, p. 181.

Oh mujer, obra incomprensible de la creación, conjunto de luz y de tinieblas; tú cuya misión sobre la tierra debía de ser de paz y de caridad, de amor y de consuelo, ¿por qué contra las leyes mismas de la sociedad te conviertes a veces en la manzana de la discordia, a veces ocultas bajo el atractivo de tus encantos un veneno corrosivo, y ora con un desprecio das la vida, ora con una caricia das la muerte sin que nadie alcance a ver en el fondo de tu alma para comprenderte?²⁷⁰

El sexo débil, objeto de deseo muchas veces incomprensible para el hombre, debe ser siempre buena, abnegada y dulce, para hacer feliz a su pareja. Si no lo logra, será calificada como un ser despreciable, que no ha cumplido con su cometido en la vida.

El deber femenino también debe ser llevar a cabo un buen papel como madre. En *El criollo*, José Ramón Pacheco hace que Rosa, de quien el protagonista está enamorado, ingrese a un colegio, por órdenes maternales, en donde deben disuadirla de amar a Eugenio:

Al efecto pasó a su hija al colegio de San Diego, que siendo establecimiento de educación, se hacía muchas veces correccional para las jóvenes que querían casarse, aunque no servía ni de una ni de otra cosa. El primer sufrimiento de Rosa fue encontrarse con una casa que ella creía ser un plantel de madres de familia; pero en la que observó luego que no se enseñaba lo que debiera saber aquella preciosa mitad, cuyo destino en la tierra es hacer la felicidad doméstica y preparar el corazón del hombre desde sus sollozos, para entrar en el mundo a consolar a su vez los de sus semejantes, con un amor del que sólo se puede hallar una fuente inagotable en el corazón de una madre.²⁷¹

Por otra parte, Pacheco también nos presenta la imagen de la madre cuyo único interés es el amor a su hija:

La madre, la señora doña Brígida... era una buena señora en su conducta y en sus sentimientos maternales. No tenía otra existencia que la existencia de su hija: una mirada suya de ternura acompañaba todos los pasos y todas las acciones de

²⁷⁰ Revilla, *op. cit.*, p. 240.

²⁷¹ Pacheco, *op. cit.*, p. 239.

Rosita. No carecía de talento y cuando hablaba de su hija parecía elocuente su lenguaje; pero no había recibido la más ligera tintura de educación: jamás un libro había sido abierto entre sus manos, si no eran los de sus rezos y los en que, mal aprendió a leer. Su vida era toda monótona y mecánica: levantarse tarde, ir con su hija a pasar toda la mañana en la iglesia, comer a la una del día, dormir dos o tres horas de siesta, dar una cuantas puntadas, reunir a toda la familia a la oración de la noche para mascar un rosario de sonsonete...²⁷²

Ahora bien, en este caso, el autor también hace una crítica a la poca instrucción recibida por la madre de Rosa, con lo cual da a entender que esto era común en la época de la que habla, que en el caso de esta novela, se trata de los primeros años del siglo XIX. Ya antes se ha mencionado el estado de atraso en que se encontraba la educación, sobre todo la de las mujeres, lo que coincide con lo dicho por Pacheco en su relato.

Si continuamos con el tema de la maternidad, en *Netzula* tenemos a la madre, Octai, como una anciana cuya única preocupación es la felicidad de su hija:

Octai supo con placer quién era el esposo de su hija y vertió lágrimas al recuerdo de la juventud de Ixtlou; sólo le disgustaba la idea que de tiempo en tiempo se presentaba a su alma, a saber, que Netzula no conocía aun al hombre con quien debía unir su suerte; pero el corazón de la virgen era tan puro como el primer rayo de luz de la mañana, y la madre esperaba que aquel amor la llenaría del todo; que haría la felicidad de su hija.²⁷³

En cuanto a las hijas, éstas debían obedecer siempre a sus padres, ya que éste era su deber, así fuera fuente de infelicidad para ellas. De este modo, Netzula es comprometida a casarse con Oxfeler, guerrero del Anáhuac:

La hija del guerrero continuó en llevar todo lo necesario a los dos ancianos: sola en el universo, su alma no experimentaba otras emociones que las del amor hacia esos objetos de su

²⁷² *Ibid.*, p. 236.

²⁷³ Lacunza, *op. cit.*, p. 20.

ternura... (Cuando le comunican la decisión de su enlace con Oxfeler) Netzula contestó que nada podía ella negar de lo que hubiese de complacer a su padre.²⁷⁴

En tanto Netzula decide obedecer a sus padres, Rosa, de *El criollo*, también prefiere renunciar al amor antes que cometer un acto de rebeldía frente a los deseos de su madre:

Medía muy bien el corazón de Rosa el tamaño del sacrificio de renunciar a un hombre como Eugenio, a un hombre tan superior y que la amaba tan apasionadamente; pero respetaba tanto la voluntad de su madre y la quería con tal ternura, que se habría horrorizado de que le ocurriese la sola idea de entenderse directamente con un joven, ni aun para declararle su resolución y hacerle desistir de sus pretensiones.²⁷⁵

En *Manuelita*, la protagonista se ve obligada a contraer matrimonio con un hombre que le repugna, por el hecho de que él ha ayudado económicamente a su madre enferma. De este modo, tiene que casarse contra su voluntad, porque lo más importante es acatar las súplicas de su madre. En cambio, en *Margarita*, el autor nos presenta el caso de la joven que se niega a obedecer a su padre y, en lugar de contraer matrimonio con un hombre rico que le estaba destinado, se fuga con un amigo de éste, y sufre las consecuencias de su mala acción, ya que su alma es presa de los remordimientos y acaba en el suicidio.

El papel de las féminas dentro de la sociedad mexicana decimonónica, según lo que reflejan las novelas, era de madres abnegadas e hijas obedientes y amantes cuya única preocupación debía ser la felicidad de los hombres, ya que ese es el fin para el que fueron creadas. Ahora bien, esta imagen no es la única que se recoge en los escritos estudiados, ya que también encontramos referencias a la frivolidad, la ligereza y el mal comportamiento en que incurrieron algunas de las protagonistas femeninas, aunque siempre para conseguir el amor, fin último de nuestras narraciones románticas.

²⁷⁴ *Ibid.*, p. 22.

²⁷⁵ Pacheco. *op. cit.*, p. 233.

En conclusión, podemos decir que existe un estereotipo femenino que se refleja en estas primeras novelitas, y es el de la mujer abnegada, buena madre y mejor esposa, e hija obediente, aunque también encontramos a las mujeres adúlteras que pagan su pecado con la muerte, tal es el caso de *Manuelita*, *Margarita* y *La condesa de Peña Aranda*.

En cuanto al aspecto físico, vemos que las heroínas tienen rasgos mestizos: blancas, de pelo negro y ojos negros y rasgados, así como un pie muy pequeño y delicado. Todas nuestras heroínas se alejan del estereotipo europeo, lo que nos indica que hay un deseo por "nacionalizar" el ideal de belleza y exaltar las características externas propias de los mestizos. Sin embargo, no debemos perder de vista que todo esto corresponde a un ideal femenino de los propios autores, también influenciados por los presupuestos románticos de la época, sin que esto signifique que las protagonistas de las novelas fueran realmente un reflejo fiel de su época. No podemos aplicar a todas las mujeres las características que se les atribuyen en las novelas cortas, como lo pretendieron abiertamente los autores al calificar de determinada manera a las mexicanas. De cualquier manera, cabe destacar la intención de nuestros novelistas de presentar en sus obras una visión uniforme de cómo debían ser las representantes del sexo débil, lo que nos habla del deseo de unificarlo todo bajo el sentimiento nacional que surgía entonces.

CONCLUSIONES

La literatura mexicana de las décadas posteriores al triunfo insurgente tuvo un desarrollo paralelo al desenvolvimiento político del país. Si éste iniciaba su camino como nación civilizada, los primeros escritos de ficción que se elaboraron después de la independencia buscaban mexicanizarse y ser un reflejo de la expresión de la patria recién estrenada.

Dentro de este incipiente mundo literario, en el que tuvieron particular importancia las revistas como medio de difusión de las letras nacionales, se comenzaron a dar los primeros brotes narrativos escritos por creadores nacidos en este suelo y que tenían el fin de exaltar sus características como un lugar lleno de riqueza y con un gran futuro.

Los autores de estas obras precursoras, clasificadas como novelas cortas, pretendían entretener y llegar al gran público, y a través de los órganos difusores de la Academia de Letrán en primer lugar, y más adelante en distintos medios impresos, escribieron narraciones con características que reflejaban ciertos aspectos de México y sus habitantes y las proyectaban al público lector.

Esta imagen, representada en las novelas, nos permite concluir que había en la época que fueron escritas, ciertas características comunes a los mexicanos que los unían bajo un mismo sistema de valores y reflejaban las ideas predominantes hasta entonces en cuanto a la visión del pasado histórico, así como la imagen femenina y las características de la sociedad y la vida política decimonónica.

Lo mexicano, entendido como ciertas peculiaridades del nuevo país independiente, se plasmó en las novelas tanto en forma de rasgos físicos, como es la recreación del entorno nacional, así como en la alusión a maneras de pensar, de comportarse y de entender el pasado histórico.

Vemos que para Domingo Revilla, José Joaquín Pesado, Manuel Payno y Francisco Campero o Fernando Calderón, el paisaje tiene gran importancia como marco de sus relatos, y destacan las características de un paisaje mexicano, al mismo tiempo que exaltan sus bondades y describen con gran viveza las escenas campiranas o ciudadanas que permiten ubicar perfectamente a los personajes dentro de un ambiente determinado.

En cuanto a la situación política y social, vemos que existe un rechazo a los partidos políticos y un sentimiento de hartazgo frente a los problemas nacionales que parecen no tener fin en el México de su época. Los primeros momentos de optimismo frente a un futuro promisorio, desembocan en fuertes críticas ante lo que se considera un estado de cosas caótico. La mayoría de los autores, con excepción de Lacunza, Alcaraz y Pesado, hacen alusiones claras a la situación política de la época en que escriben, y denostan severamente a los partidos políticos, los pronunciamientos, las diferencias sociales, la corrupción imperante y, en fin, la imagen de una sociedad en formación que se enfrenta a numerosas dificultades de todo tipo, y aunque esos problemas se presentan como características nacionales, existe en nuestros autores el anhelo de que todo eso mejore y los problemas políticos desaparezcan para dar paso a una era de paz.

La imagen que los mexicanos tenían respecto al pasado histórico, también se encuentra en las novelas analizadas. Se puede ver la búsqueda de elementos de unión, el rescate de un pasado indígena glorioso y la idea de México como una entidad que ya existía desde antes de la conquista. Por otra parte, se plasma un antihispanismo que se refleja en las críticas constantes a la vida colonial, con su carga de injusticia y discriminación hacia todo lo que no fuera español.

En lo que concierne a la recreación del pasado histórico, cinco de las novelas cortas analizadas en este trabajo pueden calificarse como históricas. Tal es el caso de *Netzula*, *El inquisidor de México*, *Aventura de un veterano*, *La condesa de Peña Aranda* y

El criollo. En el caso de la primera, cuyo autor es José María Lacunza, debemos destacar que si bien la obra se ubica en la época prehispánica, la recreación del pasado que hace el escritor denota la ausencia total de un trabajo previo de investigación, ya que los personajes y su entorno podrían ubicarse en cualquier lugar y tiempo. Lacunza comete errores como el decir que los amantes se mandaban cartas para expresar su amor. Aunque la intención del autor de *Netzula* haya sido revivir el mundo prehispánico, refleja en realidad su propia época. En contraste, José Joaquín Pesado hace en *El inquisidor de México* una bella recreación histórica, y su obra representa muy bien lo que debió haber sido el universo colonial en la Nueva España durante el siglo XVII. Su descripción de un proceso inquisitorial denota que hubo una buena investigación detrás de las páginas de su novela. Es curioso pensar que, más adelante, Lacunza tuvo a su cargo la cátedra de historia en la Academia de San Juan de Letrán, mientras que Pesado se dedicó a escribir sobre todo poesía y tuvo a su cargo la edición de *La Cruz*, una revista católica.

En *El criollo*, *Aventura de un veterano* y *La condesa de Peña Aranda*, la acción se ubica en los primeros años del siglo XIX, es decir, en las postrimerías del régimen colonial. En las tres obras destaca el antihispanismo imperante en la época en que sus autores escribieron, y la esperanza de que el nuevo gobierno sería benéfico para México.

En lo que toca a la moral pública, podemos concluir que el patriotismo, la conservación del orden, el cumplimiento del deber por parte de los funcionarios y la misión del político como un servidor del pueblo, destacan como valores frente a la corrupción y el abuso de poder, que parecían caracterizar a la naciente República. En este sentido hay que reconocer el interés de estos escritores por señalar los vicios del país y al mencionarlos, hacer conciencia de los males que podían erradicarse en un futuro promisorio para la nación. En el ámbito de la moral, nuestros autores destacan diversas características de los mexicanos. El patriotismo, valor muy importante en la época, está presente en *Netzula*, *Aventura de un veterano* y *Una pasión*. Por otra parte, las

críticas a la inmoralidad de la política y al abuso del poder se presentan en *El criollo*, *Mi paisano*, *Margarita* y *Manolito el pisaverde*.

En el ámbito de la moral privada, se puede decir que la religión tenía un papel preponderante en la vida de México en el siglo XIX, y su práctica era el valor más importante en la época, ya que abarcaba todos los ámbitos de la vida nacional. No hay que perder de vista que el catolicismo tocaba todos los espacios vitales y no podía dejar de ser un distintivo del país cuya realidad se quería recrear desde distintas ópticas. Es significativo que en todas las novelas analizadas está presente la doctrina de alguna u otra manera.

Los habitantes de la República se regían por los preceptos de la Iglesia romana, o al menos tenían esa intención. La vida de entonces, caracterizada por una sociedad profundamente devota, indica que la religión era, tal vez, el lazo más fuerte de unión que existía entre los mexicanos, un valor que, por cierto, provenía del tan denostado pasado colonial, pero al que no se le vio como fatal herencia sino, por el contrario, como legado valioso que había que reconocer.

El papel femenino dentro de la sociedad mexicana decimonónica, como podemos ver a través de lo que reflejan las novelas, tuvo un papel específico: serían madres abnegadas, hijas obedientes y compañeras amantes cuya única preocupación debía ser la felicidad de su pareja. Por otra parte, la frivolidad, la ligereza y el mal comportamiento tendrían siempre consecuencias nefastas, ya que la perdición era el camino seguro. En las novelas cortas a las que nos hemos referido, las mujeres juegan un papel fundamental como parte medular del relato, ya que todas las narraciones tratan de amores desgraciados y las jóvenes que las encabezan son la imagen de los ideales de la época en cuanto a cómo debían comportarse y lo que se esperaba de ellas.

Cabe destacar que no se ignora que estos escritores son representantes de una élite, y que en sus novelas hablan de

ciertos aspectos de la sociedad, y de determinados ambientes, casi siempre de clase media. No encontramos todavía los cuadros costumbristas, la recreación de la miseria o de la desigualdad que van a caracterizar a las novelas de folletín que comenzarán a circular a partir de 1846.

Ante la evidencia anterior, nos damos cuenta de que el mexicano que reflejan las novelas cortas analizadas, es la imagen de una parte de la sociedad decimonónica, y no podemos generalizar en cuanto a que dichas características puedan aplicarse a todos los estratos sociales; sin embargo, nos ofrecen múltiples aspectos que nos permiten imaginar el México decimonónico.

De cualquier manera, las novelas sí son una representación de la realidad que viven sus autores y nos permiten acercarnos a algunos aspectos de la vida nacional durante los primeros años de independencia. Por otra parte, no debemos perder de vista la gran importancia que tuvo la novela corta, en este caso, como un medio de expresión de escritores mexicanos, cuyo quehacer literario constante fue un modo de representación del mundo real e ideal de estos creadores. A fin de cuentas, estas novelas cortas permiten reconocer ciertos aspectos recurrentes en un momento de conformación de lo nacional, y es muy importante destacar que los literatos se saben diferentes a lo otro, y encuentran en lo propio motivo de inspiración.

En los escritores que nos ocupan resalta el espíritu crítico con el que construyen sus relatos, y en él está implícito el deseo de un cambio en la imagen nacional, es decir, reconocen los problemas existentes en el país y desean que las cosas mejoren por el bien de todos. De ahí la importancia de estas novelitas que buscan, además de entretener, denunciar los aspectos de la realidad mexicana que les parecen inadecuados y que les gustaría cambiar.

El sentimiento de pertenencia, anhelo del ser humano en todos los ámbitos de su vida, se vislumbra en las novelas a través

de la recreación del paisaje, en la visión idílica de una naturaleza rica, llena de colorido, más bella que cualquiera. De este primer atisbo visual se pasa a problemas más de juicio, de análisis de una realidad circundante, cotidiana, "chocante" en ocasiones pero, a fin de cuentas, distintiva de nuestro ser, de nuestro comportamiento.

Los textos, por otra parte, tienen un sentido moralizante en una visión a futuro. Los autores parten de su realidad, saben cómo es, pero también se comprende que no quieran mantener vicios; que busquen que el mañana pueda ser promisorio para una nación, la suya, que haya sabido desterrar los defectos que, a pesar de ser una puerta de identificación, puedan cambiarse por virtudes que ayuden a construir un México mejor, el ideal nacido de la independencia.

Por último, cabe destacar el carácter predecesor de las obras anteriormente citadas, ya que fueron las primeras manifestaciones literarias hechas por mexicanos y que tenían la intención de formar una literatura representativa de lo propio. Si bien siempre se habla de las novelas escritas durante la segunda mitad del siglo XIX como las precursoras de nuestra literatura, podemos ver que antes se escribieron muchas narraciones que pusieron los cimientos para que surgieran los grandes escritores de todos conocidos, como es el caso de Ignacio Manuel Altamirano y Vicente Riva Palacio.

Es conveniente resaltar, para finalizar, el uso de la novela como una fuente documental valiosa para los estudiosos de la historia, ya que en el caso que nos ocupa, encontramos descripciones y características del país y sus habitantes que no se plasman en las obras de historia que se escribieron en la misma época que las narraciones analizadas en este trabajo. De esta manera, los novelistas nos abren un panorama que complementa los escritos de carácter político y nos acercan al ámbito cultural, un área sumamente rica que en los últimos años se ha abierto a los seguidores de Clío. Por otra parte, los textos literarios, nos dice Tzvetan Todorov, deben interpretarse para saber lo que

quieren decir sus autores, además de que cada nuevo intérprete plantea cuestiones distintas al mismo texto y, por lo tanto, obtiene respuestas diferentes.²⁷⁶ Podemos ver que en una misma obra cada investigador encuentra contestaciones sus propias interrogantes, por lo que el campo de estudio se amplía de una manera significativa si echamos mano de todas las fuentes que están a nuestro alcance, incluso las literarias.

No debemos olvidar que el estudio del pasado enriquece y da vida a nuestro presente, y nos explica lo que somos y el por qué de nuestras costumbres y tradiciones. Qué mejor que dicho estudio pueda hacerse a través de las páginas literarias para conocer aspectos más amplios de nuestra realidad histórica.

El presente trabajo, por lo demás, es sólo un comienzo. Quedan muchas vetas por explorar y múltiples vacíos por llenar. La gran cantidad de materiales literarios de que disponemos y la profundización en el estudio de este tipo de fuentes es una tarea que quedará pendiente para posteriores investigaciones.

Para terminar, se puede afirmar que estas novelas ofrecen múltiples interpretaciones desde un punto de vista histórico y revelan toda una época, por lo que su valor testimonial enriquece la misión social y cultural decimonónica.

²⁷⁶ Tzvetan Todorov. *Las morales de la historia*, Barcelona, Paidós, 1993. pp. 146-156

APÉNDICE

BIOGRAFÍAS DE LOS AUTORES DE NOVELAS.²⁷⁷

ALCARAZ, RAMÓN ISAAC (Chucándiro, Mich., 1823- Cd. de México, 1886)

Poeta, dramaturgo y periodista. Cursó estudios en Morelia. Peleó contra la invasión norteamericana. Fue desterrado por Santa Anna. Participó luego como diputado en el Congreso Constituyente de 1856-57. Fue Oficial Mayor de la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública en el gobierno de Benito Juárez. Durante la Intervención Francesa, acompañó a Benito Juárez en su peregrinación por el norte del país. Restablecida la República, fue director de la Academia de San Carlos, del Museo Nacional y del Monte de Piedad. Periodista y pedagogo. Su producción poética fue recogida en dos volúmenes en 1860. De su teatro se conserva el cuadro *La esposa y la querida*, escrito en verso, publicado en *El Liceo Mexicano*, tomo II (1844), así como la novela corta *La condesa de Peña Aranda*, en *El Liceo Mexicano*, tomo I (1844). También escribió, según Altamirano, el drama *Doña Urraca*.

CALDERÓN, FERNANDO (Guadalajara, 1809-Ojocaliente, Zacatecas, 1845)

Poeta lírico y dramático. Terminó su carrera de abogado en la Universidad de Guadalajara. Desde 1825 escribió versos y obras de teatro. Llegó desterrado a la capital en 1837 por haber combatido en Zacatecas contra Santa Anna en la acción de Guadalupe. Se relacionó con los escritores de la Academia de Letrán. Con el apoyo de José María Tornel, entonces Ministro de Guerra, Calderón volvió a Zacatecas y fue secretario del Tribunal

²⁷⁷ La información biográfica está tomada del *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*, (3vols., 5ª. ed, 1986), el *Diccionario de escritores mexicanos* de Aurora Ocampo de Gómez y Ernesto Prado Velásquez (México, UNAM, Centro de Estudios Literarios, 1967), del *Diccionario de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México* de Ma. Del Carmen Ruiz Castañeda y Sergio Márquez Acevedo (México, UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2000) así como de diversas fuentes que aparecen en la bibliografía general.

Supremo de Justicia; coronel de la milicia nacional, magistrado, diputado, jefe de la junta departamental y secretario de gobierno, sucesivamente. Se le considera el iniciador del romanticismo mexicano al lado de Ignacio Rodríguez Galván. Fue más certero en la poesía dramática. Después de sus dramas juveniles, ensaya la tragedia de tipo neoclásico, en verso endecasílabo. Tiene obras con tema histórico extranjero como *Ana Bolena*, *El torneo*, *Hermana o la vuelta del cruzado*. Su mejor obra es la comedia *A ninguna de las tres* —réplica a la de Bretón de los Herreros, *Marcela, o ¿cuál de los tres?*— crítica a la deficiente educación de las mujeres, el afrancesamiento y otros rasgos negativos de la sociedad de su tiempo. La edición más reciente de los *Dramas y poesías* de Calderón es la de la “Colección de Escritores Mexicanos”, Porrúa, 1959.

CAMPERO, FRANCISCO.

Escritor mexicano. Firmó sus obras con las iniciales F. C. Escribió poesías para la *Revista científica y literaria de México* (1845-1846): “A.K.V.”; “El gondolero” y “Horas de tristeza”. Celia Miranda Cárabes atribuye a Campero el relato “Mi paisano”, remitido a Rodríguez Galván para su publicación en *El Recreo de las Familias* (1837-1838), fechado en Durango.

LACUNZA, JOSÉ MARÍA (Cd. de México, 1809- La Habana, 1869)

Poeta y abogado. Huérfano desde muy joven, fue educado por su tía materna. Con su hermano Juan Nepomuceno, realizó estudios secundarios y de jurisprudencia en el Colegio de San Juan de Letrán, lo cual lograron gracias a la beca concedida al brillante José María por el presidente Manuel Gómez Pedraza. Desde muy joven comenzó a publicar sus creaciones literarias en periódicos y revistas. En 1836 fundó junto con su hermano Juan Nepomuceno, Guillermo Prieto y Manuel Tossiat Ferrer, la Academia de Letrán que fue cobijo de los jóvenes literatos y de figuras consagradas del México de la época. Perteneció a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, al Ateneo Mexicano; formó el Liceo Artístico y Literario y perteneció a la Academia Imperial de Ciencias y Literatura. Ya metido de lleno en

la política formó con José María Lafruga, Pedro Ma. Anaya y Luis de la Rosa el gobierno de De la Peña. Su actitud moderada y pacifista lo llevó a firmar en 1848 los Tratados de Guadalupe Hidalgo. En ese mismo año, José Joaquín de Herrera fue electo presidente de México y un año después nombró a Lacunza Secretario de Relaciones Interiores y Exteriores, puesto que ocupó hasta enero de 1851. En 1852 fue presidente del Senado. De 1853 a 1855 regresó a sus actividades culturales en el Ateneo Mexicano y en el Liceo Artístico y Literario, fundado y presidido por él y simultáneamente ejerció con éxito su profesión de abogado. A fines de 1855 fue nombrado ministro de la Suprema Corte de Justicia, de la que llegó a ser presidente. No se sabe nada de él durante la Guerra de Reforma. En 1864 pasó a las filas imperialistas; fue presidente del Consejo de Estado y ocupó la cartera de Hacienda. A la caída del imperio se exilió en Cuba, en donde murió.

NAVARRO, JUAN N. (Morelia, 1823- Nueva York, 1904)

Médico y cónsul. Cursó latinidad y filosofía en Valladolid. En enero de 1847 obtuvo el título de médico en la ciudad de México. Fue un político liberal. Combatió a Santa Anna. Peleó contra los invasores y cayó prisionero en Churubusco. Fue diputado federal. Profesor de clínica externa en la Escuela de Medicina de 1848 a 1862. Desempeñó cargos importantes dentro de la Escuela de Medicina y fue secretario de 1851 a 1854. Formó parte de la Segunda Academia de Medicina fundada en 1851 y en el *Periódico de la Academia*, publicado ese mismo año, hay dos trabajos suyos: "Herida de la subclavia" e "Hipertrofia del corazón". Fue director del Hospital de San Hipólito, dedicado a enfermos mentales y fue uno de los directores de aquel plantel que más se preocupó por mejorar las condiciones en que estaban los enfermos. En 1861 recibió el encargo de elaborar un estudio sobre la manera de establecer en México una casa de maternidad y un hospital infantil. Su propuesta fue aprobada por Benito Juárez, pero nunca se llevó a cabo. Era jefe del cuerpo médico militar cuando cayó prisionero de los franceses en Puebla en mayo de 1863; pudo evadirse y se presentó ante Juárez en San Luis Potosí. Éste lo nombró Cónsul General de México en Nueva York, cargo

que desempeñó desde septiembre de 1863 hasta su muerte. Como poeta es emotivo, cuidadoso de la forma. Colaboró en *El Museo Mexicano* y en otras publicaciones de la época. Aparece en *Parnaso michoacano* o *Antología de poetas michoacanos* que compuso Mariano de Jesús Torres, 1907.

PACHECO, JOSÉ RAMÓN (Guadalajara, 1805- Cd. de México, 1865)

Ministro de Justicia del 27 de agosto al 26 de octubre de 1846 y de Relaciones en el gobierno de Santa Anna desde el 7 de julio hasta el 16 de septiembre de 1847. Desde 1853 hasta 1862, Ministro plenipotenciario ante Napoleón III y en 1862 agente confidencial ante los gobiernos de París y Londres, en cuya última ciudad trata la reanudación de relaciones. Escribió *El Criollo* (1838), novela corta; *Exposición sumaria del sistema frenológico del Dr. Gall* (México, 1835), antecedente del materialismo en México; *Cuestión del día o nuestros males y sus remedios*, (Guadalajara, 1834) y *Descripción de la solemnidad... con que se honraron las cenizas... de Iturbide...*, México, 1849. Fue también crítico teatral en *El recreo de las familias*, y miembro de la Academia de la Lengua, de la Academia de San Juan de Letrán y del Ateneo Mexicano.

PAYNO, MANUEL (Ciudad de México, 1810-San Ángel, 1894)

Escritor y político. Se sabe poco acerca de su educación. Es probable que no haya pasado de la instrucción primaria porque entró muy joven como meritorio en la Aduana de México y años después fue enviado con Guillermo Prieto –de quien fue amigo– y Ramón Iraiza Alcaraz a establecer la Aduana en Matamoros. Llegó a ser contador en la Aduana de Matamoros y en 1840 fue secretario del general Mariano Arista, entonces jefe del Ejército del Norte. Tuvo el grado de teniente coronel, que conservó al pasar al Ministerio de Guerra como jefe de sección. Fue administrador general de las rentas del estando de tabacos. En 1844 fue enviado por Santa Anna a Nueva York y Filadelfia para estudiar el régimen penitenciario. Peleó contra los norteamericanos durante la guerra de 1846-48 y estableció un sistema de comunicaciones secretas entre Veracruz y México. Fue secretario de Hacienda en el gabinete de José Joaquín de Herrera. Durante el último gobierno

de Santa Anna tuvo que salir del país por haber colaborado en la obra *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, en la que Santa Anna no quedaba muy bien parado. Tomó parte en la revolución de Ayutla (1854) y ya con Comonfort en el poder, volvió a ser Ministro de Hacienda, puesto que dejó en 1856 por diferencias con el presidente. En 1857 fue uno de los promotores del golpe de estado contra Comonfort. Durante la Guerra de Reforma se dedicó a labores literarias. Durante la Intervención Francesa fue aprehendido como conspirador y fue enviado a San Juan de Ulúa. Al salir, volvió a México y reconoció a Maximiliano como emperador. Formó parte, unos cuantos días, del Ayuntamiento de la ciudad de México. Al restaurarse la república, fue electo diputado por el Cantón Militar de Tepic, cargo que ocupó las tres siguientes legislaturas. Impartió la cátedra de Historia en la escuela Nacional Preparatoria. Fue electo senador en el gobierno de Manuel M. González. En 1886 fue nombrado cónsul en España. Regresó a México en 1892 y fue electo senador nuevamente. En octubre de 1894 enfermó de pulmonía y murió. Colaboró activamente en *El museo mexicano*, donde escribió cuentos y narraciones de viaje reunidos después bajo el título de *Tardes nubladas* (1871). También colaboró en el *Ateneo mexicano*, *El año nuevo*, *Don Simplicio*, *El Siglo XIX*, *Boletín de la Sociedad de Geografía y estadística*, *El Federalista*, *Revista Científica y Literaria de México*, en donde dio a conocer su novela de folletín *El fístol del diablo* (1844-1846), iniciadora del género en México. También escribió *El hombre de la situación* (1861) y *Los bandidos de Río Frío* (1888-1891). También escribió *Memorias e impresiones de un viaje a Inglaterra y Escocia* (1853); *Memoria sobre la revolución de diciembre de 1857 y enero de 1858* (1860); *Compendio de la historia de México* (1870); y *El libro rojo (1520-1867)*, escrito en colaboración con otros autores (1871). Perteneció a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, al Ateneo Mexicano, a la Sociedad Artístico Industrial, a la Sociedad Literaria La Concordia y fue socio honorario del Instituto de Ciencias y Artes de la ciudad de Oaxaca.

PESADO, JOSÉ JOAQUÍN (San Agustín del Palmar, Puebla, 1801-Cd. de México, 1861)

Poeta y periodista. Se educó en Orizaba. Tomó parte activa en la política: ministro del Interior, Encargado del Despacho en 1838; de Relaciones Exteriores en 1846. Perteneció al partido conservador. Su cultura fue de tradición clásica. Conocía a fondo la lengua española y manejaba la latina, francesa e italiana. Perteneció a la Academia de Letrán y su poesía, que sigue los moldes clásicos, se reunió en un volumen: *Poesías originales y traducidas*, que cuenta con tres ediciones (1839, 1840 y 1886) de las cuales la última es la única completa. Lo más original de Pesado es su poesía descriptiva en la que abundan cuadros de su región, paisajes de Orizaba y Córdoba, escenas de costumbres del campo. Intentó escribir poesía indígena y tiene una colección de poemas llamada *Las aztecas, Poesías tomadas de antiguos cantares mexicanos* (1854). Como periodista dirigió *La cruz* (1855-1858), revista de carácter religioso y cultural fundada "para difundir las doctrinas ortodoxas y vindicarlas de los errores dominantes". En su casa tuvo un salón literario. También escribió *El inquisidor de México* (1838) y *El amor frustrado* (1838). Perteneció a la Academia de la Lengua y al Ateneo Mexicano.

PRIETO, GUILLERMO (Cd. de México, 1818- Ciudad de México, 1897)

Poeta, político liberal, periodista, dramaturgo. Pasó su niñez en el Molino del Rey, donde su padre administraba el molino y la panadería. Al morir éste, la madre perdió sus bienes y el pequeño quedó desamparado. Trabajó como empleado en una tienda de ropa y poco después, bajo la protección de Andrés Quintana Roo obtuvo una plaza en la aduana y pudo inscribirse en el Colegio de San Juan de Letrán para continuar sus estudios. Publicó sus primeras poesías en el calendario que entonces imprimía la Librería de Galván. Comenzó su carrera de periodista como redactor del *Diario Oficial*, en la época de Anastasio Bustamante. Luego ingresó a *El Siglo XIX*, donde se inició como crítico teatral publicando sus famosos "San Lunes", de *Fidel*, seudónimo que utilizó frecuentemente en sus escritos. Colaboró también en *El Monitor Republicano*. Fundó con Ignacio Ramírez el periódico

satírico *Don Simplicio*, en 1845. También fue dramaturgo. Su primera obra, *El alférez*, fue estrenada en 1840; en 1842 escribió *Alonso de Ávila* y más adelante *A mi padre*, *Patria y honra* y *La novia del erario*. Fue diputado del partido liberal en varios periodos, aun en el Constituyente de 1857; senador; ministro de Hacienda con Mariano Arista, Juan Álvarez y Benito Juárez. Sostuvo con fervor el Plan de Ayutla. Guillermo Prieto fue, sobre todo, un poeta popular y el creador de cuadros de costumbres. Perteneció a la escuela romántica y a la Academia de Letrán, de la que fue fundador. En la poesía, sus principales obras son: *La musa callejera* y *El romancero nacional*. En la última ensaya la poesía épica y recibe de Altamirano la investidura de "poeta nacional". En sus obras describe con realismo la ciudad o el campo. Sobre su tono festivo e irónico está su pasión política y su celo por la reivindicación del pueblo. Sigue generalmente los moldes de la poesía española. De la prosa de Prieto se ha recogido una mínima parte. Apenas hay acontecimiento popular que no esté registrado en sus variados aspectos, ni personaje típico que no esté retratado en su heterogénea galería. Los *San Lunes de Fidel* narran con amenidad todos los acontecimientos políticos, sociales y religiosos de su tiempo. Las *Memorias de mis tiempos*, de 1828 a 1853 es una agradable crónica que abarca ampliamente el aspecto literario de la época. Sus impresiones de viajero quedaron consignadas en *Viajes de orden suprema*, 1857 y *Viaje a los Estados Unidos*, 1877-78. Entre su producción no literaria destacan *Indicaciones sobre el origen, vicisitudes y estado que guardan actualmente las rentas generales de la Federación Mexicana*, 1850; *Lecciones elementales de economía política*, 1871 y 1888; *Breve introducción al estudio de la Historia Universal* ; *Lecciones de historia patria*, 1886. Tradujo con C. BROS el argumento de la ópera *Norma* (1850).

REVILLA, DOMINGO.

Escritor mexicano. Hijo del insurgente Manuel Revilla. El año de 1836 figura en las matrículas de pasantes, vol. 403: "Don Domingo Revilla se matriculó para 22 de Derecho Patrio el 22 de enero, juró la obediencia al Señor Bachiller". Se opuso a Santa Anna. Fue colaborador del *El Museo Mexicano*, *El Liceo Mexicano*;

colaboró y fue redactor responsable de un número (ene. 1845) de *El Monitor Republicano*. Firmó muchos de sus artículos con las iniciales D. R. En la *Revista científica y literaria de México* (1845-46) figuran los siguientes trabajos suscritos con esas iniciales: "Delirio"; "Estudios históricos: San Agustín del Palmar en 1813"; "Hacienda de Chapingo"; "La ciudad de Guadalupe Hidalgo"; "Abd-El-Kader"; "Escenas del campo: una corrida de lobos"; "La flor del valle"; "Los dos anillos: imitación del alemán y "Una catástrofe en 1810". También colaboró en el *Diccionario de historia y geografía*, México, 1853-1856

RODRÍGUEZ GALVÁN, IGNACIO (Tizayuca, 1816-La Habana, 1842)

Poeta y dramaturgo. Provenía de una familia modesta que se arruinó durante la guerra de independencia. Al morir su madre, quedó bajo la tutela de su tío, Mariano Galván Rivera, próspero impresor y librero de la ciudad de México. Fue un lector infatigable y aprendió por sí mismo el francés, inglés e italiano. Hacia 1835 se volvió asiduo asistente de las tertulias que presidía Francisco Ortega, en donde éste daba lecciones de literatura y de latín. Publicó en un periódico de Veracruz un drama y unos versos bajo un seudónimo. En 1836 o 1837 ingresó a la Academia de San Juan de Letrán, y desempeñó una gran labor editorial y crítica, como responsable de los primeros órganos de difusión y de propaganda lateranos. Durante cuatro años llevó a cabo la publicación y edición del *Año nuevo. Presente amistoso*, y más adelante de *El recreo de las familias*. Además dirigió el *Calendario de las señoritas mexicanas*, publicación de su tío Mariano Galván Rivera. Colaboró en otras revistas literarias: *El diorama* (1837) de Miguel González; *El museo popular* (1840) de Guillermo Prieto y Camilo Bros; el *Semanario de las señoritas mexicanas* (1840-1842), editado por Isidro Rafael Gondra en la imprenta de García Torres, y el *Repertorio de literatura y variedades* (1841-1842), también de Miguel González. Escribió poesía y drama, además de narraciones como *La hija del oidor*; *Manolito el pisaverde*; *La procesión* y *Tras un mal nos vienen ciento*. Sus obras dramáticas son: *El precito, la capilla* (1837); *Muñoz, visitador de México* (1838), y *El privado del virrey* (1841). En 1841, José María Tornel, Ministro de guerra de Santa Anna, lo colocó en el ministerio a su

cargo y logró que se le encomendara la parte literaria del *Diario del gobierno*. En febrero de 1842 fue nombrado oficial de la Legación Extraordinaria cerca de las Repúblicas del Sur de América e Imperio del Brasil, y partió rumbo a La Habana, en donde murió de vómito negro.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS

Alamán, Lucas. *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su independendia en el año de 1808 hasta la época presente*, México, Imprenta de J.M. Lara, 1852.

Alcaraz, Ramón Isaac. “La condesa de Peña Aranda”, en *El Liceo Mexicano*, Imprenta de J. M. Lara, calle de la Palma núm. 4, México, 1844. t. I, pp. 237-245.

El Apuntador. Semanario de Teatros, Costumbres, Literatura y Variedades. [Editores José María Lafragua y Casimiro Collado]. Imprenta de Vicente García Torres. Calle del Espíritu Santo núm. 2, México, 1841. T. 1.

Arrangoiz, Francisco de Paula. *México desde 1808 hasta 1867*, 5ª. ed., México, Porrúa, 1994. (Sepan cuántos..., núm. 82).

Calderón de la Barca, Madame. *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, 9ª. ed., México, Porrúa, 1990. (Sepan Cuántos, núm. 74).

Calderón, Fernando o Francisco Campero. “Mi paisano”, en *El Recreo de las Familias*, [Editor: Ignacio Rodríguez Galván] Impreso por Mariano Arévalo, Calle de la Cadena núm. 2, Librería de Galván, México, 1838. pp. 371-384, 407-415.

Castillo, Florencio Ma. del. *Obras de don Florencio M. Del Castillo. Novelas cortas*, México, Imprenta de V. Agüeros, editor, Cerca de Santo Domingo núm. 4, 1902.

Fernández de Lizardi, José Joaquín. *El Periquillo Sarniento*, 24ª. ed., México, Porrúa, 1999. (“Sepan Cuántos...”; núm. 1).

Gómez de la Cortina, José Justo. “Sobre la colección de las mejores producciones científicas y literarias de nuestros poetas y de nuestros prosistas modernos, proyectada por Ignacio Cumplido”, en “El Zurriago”, **El Siglo XIX**, 2ª. Época, II, trim. I, (27 de mayo de 1843).

Lacunza, José María. “Netzula”, en **El Año Nuevo**. Presente Amistoso. [Editor: Ignacio Rodríguez Galván]. En la librería de Galván, a cargo de Mariano Arévalo, calle de la Cadena núm. 2, t. I, México, 1837. pp. 15-52.

Mora, José María Luis. **Obras completas. Histórica 1. México y sus revoluciones, 1**. Selección, recopilación y notas de Lilian Briceño Senosiain, Laura Solares Robles y Laura Suárez de la Torre, México, Secretaría de Educación Pública – Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, 1987.

El Mosaico Mexicano ó Colección de amenidades curiosas é instructivas. [Editor: Isidro Rafael Gondra] Director: Victoriano Roa. Impreso por Ignacio Cumplido, calle de los Rebeldes núm. 2, México, t. 2, 1837.

El Museo Popular. Periódico de ciencias, literatura y artes. Impreso por J. Ojeda, Escalerillas núm. 2, México, 1840.

Navarro, Juan N. “Margarita”, en **El Liceo Mexicano...**, 1844. t. II, pp. 181-185

Olavarria, Enrique de. “México Independiente”, en Vicente Riva Palacio, *et. al.*, **México a través de los siglos**, 1ª. reimpr. de la 1ª. ed. de 16 tomos, México, Cumbre, 1985. Tomo XII.

Ortiz de Ayala, Tadeo. “De los beneficios del cultivo de las ciencias y las artes”, en **México considerado como nación independiente y libre o sean algunas indicaciones sobre los deberes más esenciales de los mexicanos**, Burdeos, 1832.

Otero, Mariano. **Ensayo sobre el verdadero estado de la cuestión social y política que se agita en la República Mexicana**, 2ª. ed., Guadalajara, 1952.

Payno, Manuel. "Aventura de un veterano", en **El Museo Mexicano, o miscelánea pintoresca de amenidades curiosas e instructivas. Miscuit utile dulci. Horat.** [Editores: Manuel Payno y Guillermo Prieto]. Impreso y publicado por Ignacio Cumplido, calle de los Rebeldes núm. 2, México, 1843. T. II pp. 481-492.

Pesado, José Joaquín. "El inquisidor de México", en **El Año Nuevo...** t. II, 1838. pp. 99-137.

Prieto, Guillermo. "Algunos desordenados apuntes que pueden considerarse cuando se escriba la historia de la bella literatura mexicana", en **El Museo Mexicano o miscelánea pintoresca de amenidades curiosas e instructivas**, (Editado por Manuel Payno y Guillermo Prieto) Impreso por Ignacio Cumplido, calle de los Rebeldes núm. 2, México, 1844. t. IV pp. 354-360.

_____ "Manuelita", en **El Siglo XIX**, 2ª. época, año II, núm. 338. México, 16 de mayo de 1843. pp. 2-3.

_____ **Memorias de mis tiempos 1828 a 1840**, México, Librería de la viuda de C. Bouret, Cinco de Mayo 14, 1906.

Revilla, Domingo. "Una pasión", en **El Museo Mexicano...** t. IV, pp. 325-337

Revista Científica y Literaria de México, publicada por los antiguos redactores del "Museo Mexicano". [Editores: Manuel Payno y Guillermo Prieto], Imprenta de la "Revista Científica" a cargo de Manuel Gallo, México, 1845, t. I.

Rodríguez Galván, Ignacio. "Manolito el pisaverde", en **El Año Nuevo...**, t. II, pp. 163-199.

Rosa Oteiza, Luis de la. **Obras. Periodismo y obra literaria**, (recopilación, prólogo, introducción y notas de Laura Beatriz Suárez de la Torre), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, 1996.

Rosa, Luis de la. "Utilidad de la literatura en México", en **Ateneo Mexicano**, México, Imprenta de Vicente G. Torres, 1844, vol. I, pp. 205-211.

Sartorius, Carl Christian. **México hacia 1850**, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección de Publicaciones, 1990.

Zarco, Francisco. "Discurso sobre el objeto de la literatura", en **La Ilustración Mexicana**, Publicada por Ignacio Cumplido. [Editor responsable: Francisco Zarco, Imprenta de Ignacio Cumplido, calle de los Rebeldes núm. 2] México, 1851, t.I, pp. 161-168.

_____ "Estado de la literatura en México", en **La Ilustración Mexicana...**, t. III, México, 1852, pp. 5-8.

_____ "Influencia de la prensa", en **Francisco Zarco. Periodismo político y social**, Boris Rosen (Comp.), México, Centro de Investigación Científica Ingeniero Jorge L. Tamayo A.C., 1989.

_____ "Libertad de imprenta", en **Francisco Zarco. Periodismo político y social...**

Zavala, Lorenzo de. **Ensayo histórico de las revoluciones en México desde 1808 hasta 1830**, ed. facsimilar, México, Fondo de Cultura Económica - Instituto Cultural Helénico, 1985.

Zorrilla, José. **La flor de los recuerdos: ofrenda que hace a los pueblos hispanoamericanos don...**, México, Imprenta del Correo de España, 1855-1859.

FUENTES SECUNDARIAS

Anna, Timothy E. **Forging Mexico 1821-1835**, Nebraska, Universidad de Nebraska, Lincoln y Londres, 1998.

Bartra, Roger. **La jaula de la melancolía**, México, Grijalbo, 1996.

Berlin, Isaiah. **Las raíces del romanticismo**, Madrid, Taurus, 2000. (Taurus Pensamiento).

Brushwood, John S. **México en su novela**, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

Carr, Edward H. **¿Qué es la historia?**, México, Planeta, 1992.

Covarrubias, José Enrique. **Visión extranjera de México, 1840-1867. El estudio de las costumbres y de la situación social**, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, 1998. Serie Historia Moderna y Contemporánea / 31).

Chevalier, Francois. "Conservadores y liberales en México", en **Secuencia**, México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, marzo 1985, vol. 1, p. 137.

Del fistol a la linterna. Homenaje a José Tomás de Cuéllar y Manuel Payno en el centenario de su muerte, Margo Glantz (coord.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Dirección General de Publicaciones, 1997. (Al Siglo XIX. Ida y Regreso).

Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México, 5ª. ed. corregida y aumentada con un suplemento, México, Porrúa, 1986. 3 vols.

Escalante Gonzalbo, Fernando. **Ciudadanos imaginarios. Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la República Mexicana: tratado de moral pública**, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, 1992. p. 32.

Escandón, Patricia. “La historia antigua de México en los textos escolares del siglo XIX”, en **Secuencia**, México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, enero-abril 1988, núm. 10.

Florescano, Enrique. **Etnia, Estado y nación**, México, Aguilar, 1998.

_____ y Margarita Menegus. “La época de las reformas borbónicas y el crecimiento económico 1750-1808”, en **Historia general de México. Versión 2000**, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2000.

Franco, Jean. **Historia de la literatura hispanoamericana**, 5ª. ed., Barcelona, Ariel, 1975.

Gellner, Ernest. **Naciones y nacionalismo**, México, Alianza Editorial, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991. (Los Noventa, 53).

Ginzburg, Carlo. “Señales. Raíces de un paradigma indiciario”, en Adolfo Gilly, Subcomandante Marcos, Carlo Ginzburg, **Discusión sobre la historia**, México, Taurus, 1995.

González Acosta, Alejandro. **El enigma de Jicotencal. Estudio de dos novelas sobre el héroe de Tlaxcala**, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto Tlaxcalteca de Cultura, Gobierno del Estado de Tlaxcala, 1997.

González y González, Luis. **La ronda de las generaciones**, México, Secretaría de Educación Pública, 1984.

Hale, Charles A. ***El liberalismo mexicano en la época de Mora***, 9ª.ed., México, Siglo XXI, 1991.

Hale., Charles A. "La guerra con Estados Unidos y la crisis del pensamiento mexicano", en ***Secuencia***, nueva época, México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, enero-abril de 1990.

Henestrosa, Andrés. "Apéndice" en ***Historia de Nueva España, escrita por su esclarecido conquistador Hernán Cortés, aumentada con otros documentos y notas por el Ilustrísimo Señor don Francisco Antonio Lorenzana***, 3a. ed. facsimilar, México, Universidad de Castilla-La Mancha, Miguel Ángel Porrúa, librero-editor, 1992.

Historiografía de la literatura mexicana. Ensayos y comentarios, Jorge Ruedas de la Serna (coord.), Seminario de Crítica Literaria, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, División de Estudios de Posgrado, 1996.

Jiménez Rueda, Julio. ***Letras mexicanas en el siglo XIX***, México, Coordinación de Difusión Cultural, Dirección de Literatura, Universidad Nacional Autónoma de México-Universidad de Colima, 1988. (Crítica Literaria 1).

Martínez, José Luis. ***La expresión nacional***, México, Oasis, 1984.

_____ "México en busca de su expresión", en ***Historia General de México***, 4ª. ed., México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1994.

_____ ***Unidad y diversidad de la literatura hispanoamericana***, México, Joaquín Mortiz, 1979. (Cuadernos de Joaquín Mortiz / 19).

Mata, Óscar. ***La novela corta mexicana en el siglo XIX***, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Programa Editorial, 1999. (Ida y regreso al siglo XIX).

Matute, Álvaro. ***México en el siglo XIX. Antología de fuentes e interpretaciones históricas***, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.

Miranda Cárabes, Celia. ***La novela corta en el primer romanticismo mexicano***, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1985. (Nueva Biblioteca Mexicana; 96).

La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX, Jorge Ruedas de la Serna (coord.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Dirección General de Publicaciones, 1996.

Moreno, Rafael. "Creación de la nacionalidad mexicana" en ***Cultura, ideas y mentalidades. Lecturas de historia mexicana***, Hernández Chávez Alicia y Manuel Miño Grijalva (coord.), México, El Colegio de México, 1992. pp. 85-105.

Muñiz García, Elsa. "Identidad y cultura en México", en ***Identidades y nacionalismos: una perspectiva interdisciplinaria***, Lilia Granillo (coord.), México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, 1993. (Colección Ensayos, 39).

La novela histórica y de folletín. Clásicos de la literatura mexicana, 2ª. ed., México, Promexa, 1991.

Obras selectas de Georges Duby. (Presentación y compilación de Beatriz Rojas), México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

Ortega y Medina, Juan A. **Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia**, 2ª. ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1992. (Serie Documental/8).

O'Gorman, Edmundo. "Fantasmas en la narrativa historiográfica", en **Historia y Grafía**, Universidad Iberoamericana, núm. 5, México, 1995.

_____. "Precedente y sentido de la revolución de Ayutla", en **Secuencia**, nueva época, México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, enero-abril 1990 pp. 62-96.

Paz, Octavio. **El laberinto de la soledad**, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

Perales Ojeda, Alicia. **Asociaciones literarias mexicanas. Siglo XIX**, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, Imprenta Universitaria, 1957.

Ramos, Samuel. **El perfil del hombre y la cultura en México**, México, Espasa-Calpe, 1997.

Read, J. Lloyd. **The mexican historical novel. 1826-1910**, Nueva York, Instituto de las Españas en los Estados Unidos, 1939.

Reed Torres, Luis y María del Carmen Ruiz Castañeda. **El periodismo en México: 500 años de historia**, 3ª. ed., México, Edamex, 1995.

Ruiz Castañeda, María del Carmen y Sergio Márquez Acevedo. **Diccionario de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México**, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2000.

Staples, Anne. "La lectura y los lectores en los primeros años de vida independiente", en **Historia de la lectura en México**, México, El Ermitaño, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1988.

_____ "Panorama educativo al comienzo de la vida independiente", en **Ensayos sobre historia de la educación en México**, Josefina Zoraida Vázquez, *et. al.*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1981.

Thank de Estrada, Dorothy. "La educación en la nueva nación", en **Historia de México Salvat**, México, Salvat, 1978. T. 9.

Todorov, Tzvetan. **Las morales de la historia**, Barcelona, Paidós, 1993. (Paidós Básica, 60)

Trevor-Roper, R. H. "Historia e imaginación", en **Vuelta**, México, Amigos del Arte, A. C., núm. 114, mayo de 1986. pp. 10-17.

Vázquez, Josefina Zoraida. "Dos décadas de desilusiones: en búsqueda de una fórmula adecuada de gobierno (1832-1851)", en **Planes en la Nación Mexicana**, Berta Ulloa/ Joel Hernández Santiago (coord.), México, Senado de la República- El Colegio de México, 1987.

_____ "Los primeros tropiezos", en **Historia General de México. Versión 2000...**

White, Hayden. **El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica**, Barcelona, Paidós, 1992. (Paidós básica, 58).

_____ "El texto historiográfico como artefacto literario", en **Historia y Grafía**, México, Universidad Iberoamericana, núm. 2, 1994. pp. 9-34.

TESIS

Roldán Vera, Eugenia. "Conciencia histórica y enseñanza; un análisis de los primeros libros de texto de historia nacional. 1852-1894", tesis de licenciatura, Colegio de Historia, UNAM, 1995.